

# **TIERRABAJO**

**Por Alejandro Aristimuño**

*Después de mucho andar llegué hasta un punto de mi camino en el que, a simple vista, no podía distinguir dónde terminaba la tierra y comenzaba el agua; ni cuando acababa esta y se levantaba el cielo. Miré hacia el saliente y me encontré con un horizonte difuso. Luego observé a mí alrededor: estaba solo y envuelto en la inmensidad.*

*La costa me parecía infinita. Solo alcanzaba a oír las ráfagas de viento, el rompiente y mi respiración agitada, como un eco lejano. Entonces, evalué la posibilidad de regresar sobre mis pasos, pero me costaba despegar del suelo húmedo mis pies adoloridos de tanto andar.*

*Me di la vuelta, con las zapatillas prácticamente enterradas y el panorama que vi era igual de desolador. Sin embargo, me resultaba, en cierta forma, bello.*

*Básicamente se trataba de un escenario repleto de marrones y grises, con distintos tonos y matices que me rodeaban y se acercaban.*

*Y en ese preciso momento me sentí cerca de él como nunca antes en toda mi vida. ¡Qué paradójico!*

*Seguidamente me invadió la ironía de haber encontrado algo que no buscaba, al menos conscientemente, cuando tantas otras veces no había podido hallar lo que sí perseguía.*

*¡Jajá! Mi carcajada, inevitable a estas alturas, retumbó en el vacío hasta que se cortó abruptamente...*

## I

El piso de cemento estaba frío. Al menos así lo sintió *José* en el roce del mismo con la nuca y la parte posterior de su cabeza calva, la cual había perdido la cálida cobertura de su boina, que había quedado tirada en el suelo junto a él, quien yacía boca arriba, a mitad de su taller mecánico oscuro y silencioso. Era un otoño seco y de bajas temperaturas, pero los últimos días habían regalado una inesperada seguidilla de cielos despejados y pleno sol, cuya luz atravesaba el portón de dos hojas de alambre de acceso al lugar, donde se encontraba solo él.

“Pepe”, como lo llamaban en el pueblo, abrió los ojos y se enfocó en la lámpara que colgaba del techo de chapa, justo a la altura de la mesa y dos sillas junto a la que solía tomar mates y descansar durante su jornada laboral, aunque su trabajo se había estancado abruptamente a raíz de la “cuarentena” dictada por los gobiernos nacional y provincial en sus intentos por frenar el avance de la pandemia por coronavirus.

Con sumo esfuerzo irguió su espalda y quedó sentado en el suelo, con los brazos extendidos hacia atrás y sus palmas sobre el cemento, como dos patas que lo sostenían. Le zumbaban los oídos, por lo que se sentía aturdido. La buena noticia era que seguía vivo, la mala radicaba en que no recordaba cómo había terminado en aquella extraña situación.

Advirtió la lámpara apagada, la pava fría y una de las sillas apartada de la mesa, como si la hubieran colocado especialmente entre el mostrador repleto de herramientas ubicado en el fondo del taller y su camioneta doble cabina estacionada al costado de la fosa.

Debido a la escasez de trabajo, el único vehículo en el lugar era su querida camioneta, con la cual tenía una larga relación, sólo superada por su vínculo con su esposa

*Esperanza* y su hijo *Pablo*. De hecho, José había comprado esa camioneta a fines de los ochenta, tras el nacimiento de Pablito, para así poder viajar más cómodos los tres y, al mismo tiempo, no perder la utilidad que un vehículo de ese tipo le brindaba a sus labores diarias.

Una vez que se sintió más estable, José recogió su brazo izquierdo y miró la hora en su reloj: era casi el mediodía. “¿Qué carajos me pasó?”, se preguntó, confundido. Y con el cuerpo doliente recogió la boina del piso con su mano derecha, se la colocó en la cabeza y luego se puso de pie muy lentamente.

Su taller era su espacio personal. Lo conocía mejor que a sí mismo y salvo los clientes que dejaban o retiraban sus vehículos nadie más entraba allí, ni siquiera su esposa; por lo que no se sorprendió al hallarse completamente solo.

Dio unos pasos hacia la silla y se apoyó en el respaldo, ya que las piernas aún le temblaban un poco. Miró hacia la mesa y sobre la misma halló una lamparita junto a su caja de embalar abierta. Alzó la vista hacia el techo y descubrió que la lámpara no tenía su foco correspondiente. “¿Estoy hecho un viejo tan pelotudo que me caí tratando de cambiar una lamparita de mierda?”, se cuestionó, mientras echaba un vistazo a sus brazos, piernas, abdomen y pecho buscando alguna posible herida que no advertía.

A la vez, su ropa también parecía intacta. Llevaba puestos sus zapatos de seguridad negros, unos pantalones de gabardina azul, una vieja camisa del mismo material, pero color caqui, debajo de la cual vestía una camiseta de algodón blanca, y un suéter de lana que *Esperanza* le había tejido el invierno anterior. Por último, se miró las manos: estaban limpias, sin esa grasa negra habitual que generaban los motores, su especialidad en el vasto mundo de la mecánica.

“¡Qué raro!”, exclamó José y comenzó a caminar despacio hacia el exterior del taller, el cual estaba ubicado en un amplio terreno, unos diez metros detrás de su casa, la misma en la que junto a su esposa se habían convertido en una familia.

Se trataba de una vivienda sencilla, de una planta, con dos habitaciones, un baño, una cocina y un living comedor; todo ello bajo una losa de hormigón y rodeado de paredes de ladrillos huecos, revestidos y pintados.

Y contigua a la misma había un galponcito, como una especie de mini taller, donde funcionaba el lavadero y Esperanza acumulaba, prácticamente de manera compulsiva, viejas pertenencias.

La casa la había construido el mismo José con la ayuda de los pocos pobladores que habitaban *Bleriot* en los primeros años desde el regreso de la democracia al país, cuando todo por allí era un único y enorme descampado, más largo que ancho, que se extendía de norte a sur sobre un terreno bajo, con una gran cantidad de pastizales y escasos árboles.

El pueblo contaba con apenas 150 habitantes, un solo establecimiento educativo con jardín de infantes y escuela primaria; un club; y dos comercios: el almacén de ramos generales y el de venta de indumentaria para trabajar. Lo básico para subsistir en un sitio ubicado unos sesenta kilómetros al norte de *Salinas Blancas*, la novena ciudad más poblada del país, fundada en 1828 junto a una angosta y profunda bahía de aguas tranquilas, y comúnmente llamada “Salinas”.

Bleriot se situaba entre las vías muertas ferrocarril y la ruta nacional, mientras que, hacia el este de la traza asfáltica, a unos veinte kilómetros, se llegaba a la costa marítima, aunque a esa altura no había ninguna vía accesible para llegar a la orilla porque se trataba de una zona virgen e inundable.

El tren no pasaba por el pueblo desde 2001, al igual que en todos los distritos ubicados inmediatamente al sur de la ciudad; por lo que la estación se había convertido en una especie de casa fantasma, olvidada y destruida, pero que aún se mantenía en pie, estoicamente.

Todavía restaba un año para que se desatara la Primera Guerra Mundial cuando el *Blériot XI*, un avión monoplano, monomotor y monoplaça, construido en madera de fresno, cañas de bambú y tubos de acero, y con unos lienzos de tela engomada como revestimiento principal, partió una mañana de verano del aeródromo de Salinas en el marco de una especie de “raid” aéreo hacia la Patagonia.

Dicha aeronave tenía casi ocho metros de largo por dos y medio de alto, pesaba unos trescientos kilos y contaba con un motor de tres cilindros y una potencia de veinticinco caballos de vapor (CV) que le permitía alcanzar una velocidad de sesenta y cinco kilómetros por hora, lo que provocaba, a la vez, que se recalentara.

El Blériot XI había sido bautizado con el apellido de su creador, quien la construyó a principios del Siglo XX en las afueras de París para luego él mismo pilotarla al cruzar el Canal de la Mancha por primera vez, desde Calais a Dover, en solo treinta y seis minutos con cincuenta y cinco segundos.

Tras aquel vuelo histórico, que le valió al piloto un premio de mil libras, el mismo tipo de aeronave se empleó para el primer cruce de los Alpes desde Suiza a Italia, aunque el aterrizaje en este caso fue accidentado y el piloto sufrió lesiones que le provocaron la muerte días más tarde.

Mientras que antes de la Gran Guerra, los militares italianos dispusieron del Blériot XI en sus combates contras los turcos en las provincias de Tripolitania y Cirenaica, las cuales constituyen la Libia actual.

En tanto, en el “raid” al sur de la bahía, el Blériot XI estuvo piloteado por un teniente del Ejército Argentino y fue acompañado por otros dos aviones: uno al mando de un alemán y el otro a cargo de un francés.

Los tres partieron temprano por la mañana y si bien al momento del despegue se trataba de una jornada calurosa y despejada de enero, a mitad del breve recorrido (el plan de vuelo radicaba en llevar a cabo una incursión rápida) las condiciones climáticas empeoraron bruscamente.

A raíz de los fuertes vientos de un inesperado frente de tormenta, los tres pilotos decidieron regresar a la base. El francés y el alemán lo lograron, pero el Blériot del teniente perdió el control y cayó desde unos trescientos metros de altura al sur de la bahía, en medio de una zona rural deshabitada.

Y como consecuencia del accidente, el piloto argentino murió en el acto, convirtiéndose así en el primer militar argentino fallecido en un siniestro aéreo.

Meses más tarde, en agosto del mismo año, se fundó el pueblo de “Blériot” (el nombre oficial se registró sin el acento francés) junto a la zona en la que se había estrellado la aeronave.

Desde entonces, en cada conmemoración de la creación del pueblo se recordaba al piloto argentino caído con un desfile militar, un gran asado y distintas actividades para los vecinos del lugar y sus alrededores.

José caminó desde el taller hasta el interior de su casa y se dirigió a la cocina, donde bebió agua de la canilla en un vaso usado, luego de hacer a un lado los trastos sucios acumulados dentro de la bacha. Aun le dolía la cabeza y gran parte del cuerpo, y se sentía débil y algo mareado, por lo que decidió salir a dar una vuelta para tomar aire fresco y despejarse. “Así no puedo manejar”, se dijo Pepe al optar por ir a pie a dar un

paseo por el “centro” del pueblo. Era lo más seguro y, además, ningún policía o inspector podría multarlo y secuestrarle la camioneta si lo descubrían conduciendo sin permiso para circular en cuarentena. De todos modos, las probabilidades de que esto último sucediera en las calles internas de Bleriot eran casi nulas; a la inversa de lo que sucedía cuando se transitaba por la ruta nacional. Pero el mecánico tenía un vínculo sentimental demasiado especial con su vehículo y jamás se arriesgaría a que este cayera en manos ajenas. De hecho, históricamente, solo él lo condujo porque a su esposa nunca le quiso enseñar a manejar y a su hijo no se lo prestó en ningún momento. Es más, cuando de chico Pablito quiso aprender a conducir, su padre le dio clases con el auto destartado que un cliente había dejado prácticamente abandonado en el taller, para así evitar potenciales daños a su querida “chata”.

Así que José atravesó el living comedor, en el que había ropa tirada en los sillones, botellas vacías sobre la mesa y unas zapatillas con barro junto a la puerta principal, la cual estaba cerrada sin llave; y antes de salir levantó apenas la persiana de plástico del ventanal del frente para que entrase un poco de luz y así tratar de atenuar el aspecto cavernoso que lucía su hogar.

Caminó por las calles de tierra y observó casi nulo movimiento de personas y vehículos en la vía pública, como así también en las pocas casas particulares ubicadas en inmediaciones de la suya.

Estaba ventoso, por lo que se abotonó la camisa hasta el cuello y colocó ambas manos en los bolsillos. La mayor parte del recorrido lo hizo con la cabeza gacha, mirando como sus zapatos de seguridad pateaban las pequeñas piedras del camino y su silueta dibujaba una sombra cada vez más perpendicular al suelo, hasta prácticamente convertirse en un punto negro sobre una superficie irregular de color terracota.

El viento agitaba los pastizales de tallo verde y con unas flores raquílicas amarillentas en la punta. Pepe podía escuchar cómo se mecían y cuando pisó al fin el asfalto alzó la mirada y advirtió un cielo celeste de fondo. A lo lejos vio pasar a un hombre en bicicleta que no advirtió su presencia y continuó su marcha por el frente de la escuela y jardín de infantes, que permanecían cerrados a raíz de la pandemia.

Frente a dicho establecimiento educativo se situaba una plaza con un par de bancos de hormigón situados a la sombra de unos árboles bajos. No había ningún juego para chicos, ni fuente decorativa. Sólo se observaban unas plantas descoloridas en unos canteros del mismo material que los bancos y grandes porciones de césped sin cortar.

José cruzó la plaza en diagonal hacia el sur y al otro lado de la misma se topó con la fachada del club social y deportivo, que también tenía sus puertas cerradas a causa de la propagación del coronavirus.

Pepe no jugaba a las bochas ni a las cartas, como la gran mayoría de los vecinos de su edad que asistían al club, pero sí solía frecuentar el *buffet* que funcionaba como el único “bar” del pueblo.

El mecánico permaneció unos instantes parado de cara a la entrada del club, lamentando su mala suerte porque un trago le hubiera venido bárbaro en ese momento y después de mascullar unos insultos siguió caminando por la vereda, dio vuelta a la esquina y se dirigió hasta el mercado, lo único que estaba autorizado por el municipio a abrir al público porque se trataba de un comercio esencial y de cercanía.

José buscó el tapaboca en uno de los bolsillos de su pantalón, mientras aguardaba a que se retirara del local la última clienta. Además, en la puerta del almacén había un cartel que indicaba que se permitía el ingreso de una persona a la vez, y con el barbijo colocado.

– ¡Pepe! –Exclamó *Roberto*, desde atrás del mostrador del sector de fiambrería ubicado en el fondo, al ver ingresar al siguiente cliente—. ¿Cómo andás? Tantos días sin verte...

–Hola, Rober –respondió el mecánico apenas se alejó de la puerta y dio unos pasos entre las dos góndolas principales del comercio, al tiempo que el almacenero rodeó el mostrador y enfiló hacia la caja registradora, en la parte delantera.

– ¡Qué cara, che! –Roberto lo escudriñó con la mirada al pasar por al lado de él– ¿Te sentís bien? –preguntó una vez que se sentó en una banqueta junto a una mesada que sostenía la caja, en la que acomodó unos billetes que le había pagado el último cliente que se había retirado del local unos minutos antes.

José dio media vuelta y quedó de frente al almacenero que ya había terminado de ordenar el dinero y lo observaba con atención, expectante y con medio rostro cubierto por un extenso barbijo blanco, como los que usaba el personal médico, no uno de tela casera como el que llevaba él.

–Me duele un poco la cabeza y el cuerpo. Estoy como mareado, ¿viste?

–Pero, ¿te pasó algo?

–Nada grave, creo que me caí tratando de cambiar una lamparita.

– ¿Cómo ‘creo’?

–No sé, Rober; no sé –José se molestó con la insistencia del almacenero y buscó en los estantes ubicados al lado de la mesada alguna medicina para la migraña dado que en todo Bleriot no había una sola farmacia, por lo que los únicos remedios sin receta se vendían en ese mercado.

– ¿Y por qué no vas al médico? –sugirió Roberto con un tono de voz suave, como si pidiera disculpas por haberle dado un consejo.

– ¡Ni en pedo! –Reaccionó inmediatamente José–. El consultorio más cercano está en *El Fortín* y con esta cuarentena de mierda no se puede ir a ningún lado sin un permiso, evaluó.

–Bueno, pero si es para ir al médico podés pedir autorización. Te la van a dar... Te la tienen que dar.

–Después veo –Pepe tomó una caja de analgésicos y los depositó junto a la caja–. Ya se me va a pasar.

–Ok, como quieras –Roberto alzó las manos a la altura del pecho con las palmas hacia adelante e inclinó el torso ligeramente hacia atrás–. ¿Algo más?

–Ah, sí –el cliente retrocedió sobre sus pasos y tomó una botella de vino tinto–. Esto también.

– ¿No querés nada para comer?

–Tengo comida en casa.

– ¿Qué preparaste?

–Algo sencillo –mintió José–. Nunca fui muy ducho en la cocina, pero me las rebusco –agregó y sacó su billetera del bolsillo trasero de su pantalón para pagar–. La verdad es que estoy rogando que levanten estas restricciones para que Esperanza pueda volver.

¡Uy! Este tipo se volvió loco o está en pedo. Una de dos, pensó Roberto, quien guardó silencio y solo se limitó a cobrarle.

– ¿Querés una bolsa? –preguntó el almacenero.

–No, gracias. Así está bien –respondió José, quien antes de cargar con la botella y la caja de analgésicos se limpió las manos con alcohol en gel que había en un recipiente plástico junto a la caja–. Después nos vemos.

–Dale, cuidate.

José dio unos pasos hacia la puerta y, antes de abrirla se detuvo, se volvió hacia el almacenero.

–Che, Rober, ¿sabés si *Miguel* abre el buffet a la noche? Aunque sea para la clientela habitual...

–Ni idea. Hace rato que no lo veo.

–Ok.

Roberto esperó a que el mecánico abandonase el mercado y se dijo, esta vez en voz alta: “Pobre Pepe. Debe ser duro estar en su lugar...”

La caminata de regreso de José hasta su casa fue muy similar a la de ida: solitaria, en cámara lenta y con el mismo desolado escenario de fondo. Al ingresar por la puerta trasera de la cocina dejó la botella de vino y los analgésicos sobre la mesa, y se dirigió a cambiarse de ropa a su habitación, donde la cama estaba deshecha. Lo único que lucía impecable era la mesita de luz de su esposa, incluso la fotografía de ambos tomada el día de su casamiento y la del hijo de ambos siendo apenas un bebé en brazos de su madre; mientras que la del hombre estaba cubierta de papeles y restos de comida.

Pepe abrió el placar, que estaba dividido en dos: el sector de Esperanza a la izquierda y que era bastante más amplio que el de la derecha, el cual le pertenecía a él. En el primero cada prenda de la mujer estaba perfectamente colgada en su percha, doblada o guardada en los cajones; en el segundo, todo era una pila de ropa o un bollo.

José notó el hueco en el estante superior del mueble donde su esposa solía colocar su valija, la misma que ella se había llevado a principios de marzo para ir a visitar por unos días a Pablito, quien, por entonces, comenzaba sus vacaciones y dispondría de tiempo libre para dedicárselo a su madre ya que él prácticamente nunca iba al pueblo.

El mecánico negó con la cabeza y se pasó la mano por la frente. Luego respiró hondo y buscó una camiseta limpia (estaba completamente arrugada, pero eso no le importaba), unos calzoncillos y unas medias; y los llevó al baño, donde pensaba darse una ducha con la intención de que el agua surtiera mejor efecto que el aire de la caminata y así poder despejar su mente, aunque sea por un rato.

Una vez allí, se miró al espejo y no aguantó demasiado ver esa versión decaída de sí mismo porque se sentía un anciano decrepito, a pesar de que ni siquiera tenía la edad para jubilarse. Bajó la vista y en la repisa de la base que sostenía aquel rectángulo de vidrio recubierto en su parte posterior con metal observó el frasco de perfume casi vacío de Esperanza. Entonces, retiró la tapa e inhaló el inconfundible aroma de la piel de su mujer.

Al cabo de unos segundos, en vez de abrir la ducha y desvestirse, José regresó a la cocina, donde se tomó un analgésico con un sorbo de agua y luego fue hasta al living comedor para llamar desde el teléfono fijo ubicado junto al televisor, siempre apagado ante la ausencia de su esposa, la principal usuaria de dicho artefacto porque él prefería escuchar la radio.

Marcó el número de la casa de su hijo, en Salinas. Sonó, sonó y sonó, pero nadie lo atendió. Cortó, aguardó unos instantes y volvió a llamar. Esta vez le dio ocupado. Repitió la misma maniobra. “La tercera es la vencida”, murmuró, pero volvió a dar ocupado.

“¡La puta madre!”, exclamó José y apoyó el tubo del teléfono con tanta fuerza que tiró todo el aparato al suelo, de donde lo recogió inmediatamente y lo volvió a colocar en su posición original, en caso de que le devolvieran la llamada ya que él no tenía celular, al igual que su esposa.

José necesitaba desesperadamente hablar con su esposa, no con su hijo, por lo que no intentó comunicarse al móvil de aquel. La última conversación con Esperanza que él recordaba no había sido la mejor: ella le dijo que, más allá de las restricciones para circular que la habían dejado “varada” en la ciudad, no sabía cuándo iba a regresar porque no quería vivir más en Bleriot, alejada de todo, en especial, de su hijo.

“Aquel le debe estar llenando la cabeza. Estoy seguro. ¿Por qué no se busca una buena esposa y forma su propia familia en vez de andar jodiendo a su padre?”, refunfuñó el mecánico dejándose caer sobre el sillón y apoyando los pies sobre la mesita ratona ubicada entre el mismo y el televisor.

“Ya se le va a pasar y en cuanto ella consiga un permiso para viajar va a volver”, se reconfortó, aunque el enojo y la frustración seguían presentes en su estado de ánimo, el cual había recobrado cierta intensidad.

Su cuerpo se revitalizó y sintió hambre; así que se dirigió a la cocina y se preparó un vaso de vino con un trozo de pan y queso. Mientras comía y bebía sintonizó una de sus emisoras AM preferidas, las que solían hacerle compañía en el taller.

En ese momento recordó cuando él se sentaba junto a su tío a escuchar por la radio las carreras de autos, desde las fases clasificatorias hasta la final, lo que le tomaba toda la mañana y el mediodía del domingo. Y así fue cómo se enamoró del sonido de los motores y de la mecánica.

Habitualmente, mientras trabajaba, José no prestaba demasiada atención al contenido de los programas de radio porque solo quería un poco de ruido que le hiciera compañía.

Sin embargo, esta vez, luego de apurar el segundo vaso de vino, le llamó la atención que los periodistas no hablaran solamente de la pandemia, el tema que tenía en

vilo a todo el mundo; sino que hicieran referencias al acto “virtual” del Gobierno Nacional por el Día del Trabajador.

“Pero si falta como un mes para el Primero de Mayo ¿No tienen nada mejor de qué hablar? ¡Qué al pedo que están, por favor!”, rezongó y luego sintonizó otra señal en la que transmitían unos boleros románticos de la época en que había conocido a Esperanza, cuando ambos eran un par de jóvenes y tenían toda la vida por delante.

## II

*Fernando y Lucas* estaban sentados en el piso de la habitación del segundo de ellos, con sus espaldas apoyadas sobre el borde lateral de la cama y mirando hacia la puerta, como si estuviesen esperando a alguien o, más bien, algo. Ambos habían sido compañeros de estudios desde el jardín de infantes, pasando por la escuela primaria y luego por la secundaria; por lo que se conocían prácticamente de toda la vida y mantenían una amistad sumamente cercana, al punto que cuando se encontraban en la casa del otro cada uno se sentía en su propio hogar.

En esa fría noche del 30 de abril, los dos amigos habían cenado junto a la madre, el padrastro y los hermanitos de Lucas, quienes no se caracterizaban por ser una familia que cumplía a rajatabla el aislamiento ni las “burbujas” sanitarias.

Luego de comer, Lucas se sentía con mucho sueño y quería irse a dormir después de una extensa jornada de estudios vía remoto, ya que las clases presenciales en el Instituto Terciario estaban suspendidas a raíz de la cuarentena, al igual que en todos los otros niveles educativos a lo largo y a lo ancho del país; mientras que Fernando seguía inquieto, dispuesto a no regresar aún a su domicilio, ubicado a unas pocas cuadras, en la localidad de *El Fortín*.

*“Agradezco a todos los ciudadanos de esta gran república por la colaboración en este tiempo tan doloroso y que hayan respetado las reglas sanitarias propuestas por el gobierno. Pudimos cumplir con un criterio sanitario que nos permitió cuidar nuestra salud, nuestras vidas y también las de los otros, porque hasta el día de hoy no sabemos quiénes llevan el virus en su cuerpo y no han manifestado la enfermedad. Hemos avanzado mucho y algunos de los objetivos propuestos hemos podido cumplirlos, pero*

*eso no quiere decir que hemos resuelto el tema. Seguimos en medio de una pandemia que afecta al mundo y que en nuestro país no tuvo la capacidad de daño que sí tuvo en otros. El objetivo que les propuse inicialmente fue hacer lento el contagio. En la medida que el contagio se haga lento podemos ganar tiempo para organizar el sistema de salud y que este pueda atender una mayor demanda de casos, y eso fue lo que hicimos. Pero la pandemia también crea problemas económicos. Por eso estamos trabajando en todos los planos. Queremos que la economía recupere su actividad en todas sus áreas tan pronto se pueda. Y así como nos organizamos para tener un plan sanitario, también hemos organizado un plan para enfrentar la crisis económica. Hemos pasado del aislamiento estricto que hizo quedarse en sus casas al noventa por ciento de las personas a un segundo momento, llamado aislamiento administrado, que dejó que determinadas actividades sean permitidas y que una de cada cuatro pueda volver a salir. Ahora empieza una tercera etapa en la que vamos a permitir que la mitad de la población pueda hacerlo también. Pero eso no va a ser posible en todo el territorio por igual, ya que hay determinadas zonas y regiones con una situación sanitaria más grave. Así que les vuelvo a pedir paciencia, tolerancia y que nos acompañen. De esta situación vamos a salir juntos. Todos unidos triunfaremos, dice nuestra querida marcha. Y así será”,* fueron las palabras del Presidente de la Nación que resonaron en la cadena nacional nocturna y que rápidamente se fueron desvaneciendo en un vacío cada vez mayor y sin un final a la vista.

–Estoy cansado, Lucas –reaccionó Fernando tras escuchar el final de aquel discurso presidencial y acomodó entre sus piernas flexionadas su mochila con el escudo azul y amarillo, y repleto de estrellas, de su club de fútbol preferido.

–Yo también –respondió el amigo, más atento a la pantalla de su *smartphone* que al lenguaje corporal de su invitado—. Vamos a acostarnos, entonces.

–No es eso. Estoy cansado de este encierro de mierda. No se puede estudiar, tampoco trabajar, apenas podemos salir de la casa para hacer las compras. Parece una cárcel.

–Yo también estoy podrido de eso. Ya no sé ni qué día es hoy, porque todos los días parecen exactamente iguales. Pero estamos todos en la misma, ¿qué le vamos a hacer?

–Pero yo no me puedo quedar así.

Lucas hizo a un lado su teléfono móvil y miró a su amigo:

–Yo sé que te resulta muy duro estar sin laburo porque la cafetería cerró y que Lucía está allá, en la ciudad, y vos acá, sin poder verse. Pero aguantá. Esto va a pasar, tarde o temprano.

–Vos tenés los estudios. Al menos te podés entretener con algo, mientras te bancan en tu casa. Mi mamá cobre una miseria y apenas nos alcanza para morfar.

–Y bueno, che. Arrancá uno de esos cursos con salida laboral en vez de estar todo el día mirando televisión y capaz que cuando se levanten las restricciones y abran todo de nuevo podés conseguir un trabajito y ayudar a tu vieja.

– ¿Y mientras tanto?

– ¡Qué sé yo!, pero si te quedás sentado y quejándote, no vas a lograr demasiado.

–Es fácil decirlo. Pero la realidad es que nadie sabe cuándo ni cómo va a terminar todo esto –Fernando se volvió a su amigo, quien nuevamente se enfocaba en su móvil–. Yo, lo único que sé es que acá no me puedo quedar más.

–Entonces, ¿qué vas a hacer?

–Me voy para Salinas. A verla a Lucía y a tratar de conseguir algún trabajo en la ciudad.

Lucas se puso de pie y dejó su celular sobre la cama.

– ¿Y te pensás instalar allá? Porque no creo que vayas a poder ir y venir todos los días –insistió Lucas, con los brazos en jarra.

Fernando se levantó del suelo y se colgó del hombro la mochila, la cual le pesaba bastante porque la había cargado hasta el tope.

–En este pueblo no pasa nada. ¿Para qué me voy a quedar acá?

–Está bien. Si es lo que querés...

–En este momento, sí. Al menos es lo único que tengo a mi alcance.

– ¿Y cuándo te vas?

–Cuando amanezca.

– ¡Ah, bueno! ¡Cuánto apuro!

–Es que no puedo esperar más, amigo. Posta.

– Ok. ¿Te quedás a dormir acá?

– ¿Puedo?

–Claro que sí –Lucas le dio un abrazo–. ¿Y tu mamá qué dice?

–Mi vieja no sabe nada. Y mejor que sea así.

– ¿No le vas a contar nada? –Lucas se apartó de Fernando y lo miró con los ojos bien abiertos.

–Cuando llegue a la ciudad, le aviso. Si le digo antes, no me va a dejar ir. La conozco.

–Se va a preocupar. No seas boludo.

–No pasa nada, amigo –Fernando sonrió y se descolgó la mochila, dejándola sobre una silla ubicada junto a la cama.

–Perdón –retomó Lucas–, pero ¿cómo pensás llegar hasta la ciudad? Porque no hay colectivos, remises, nada. Además, no tenés permiso para circular...

–Iré caminando. Y haciendo dedo. Alguno me va a levantar.

–Estás loco, Fer. Es un peligro.

–Quedate tranquilo. Como ya te dije: por acá no pasa nada –Fernando le guiñó un ojo–. Además, ya lo hemos hecho otras veces.

–Sí, pero como un paseo. No en medio de una pandemia y cuarentena. Hoy no hay nadie en la calle y si te pasa algo nadie se entera. No es joda.

–No me va a pasar nada. Quedate tranquilo.

Lucas bajó la cabeza y luego se agachó para sacar el colchón que guardaba debajo de la cama para cuando recibía visitas.

–Dejá de delirar por un rato y ayúdame, ¿querés? –le pidió a Fernando, quien le dio una mano, agradecido.

Y un rato más tarde, cuando todas las demás personas que se encontraban en la casa ya se habían quedado dormidas en sus respectivas habitaciones, los dos amigos se acostaron: Lucas en su cama y Fernando en el colchón colocado sobre el suelo. Ambos yacían uno al lado del otro, en paralelo a la ventana cubierta por una gruesa cortina que no dejaba pasar el brillo que partía del poste de alumbrado público ubicado en la vereda, cerca de la ochava.

–Antes de agarrar la ruta voy a pasar a saludar a mi viejo –Fernando tenía los brazos cruzados detrás de la nunca y miraba el cielo raso, en cuya esquina lindante con el baño se podían ver unas manchas de humedad sobre la pintura blanca.

–Pero está todo cerrado –Lucas colocó su cuerpo de costado para quedar de frente a su amigo–. No vas a poder pasar.

–No te preocupes. Yo ya sé cómo.

– ¿Por qué no aflojás con ese tema?

–Para vos es fácil decirlo.

– ¿Fácil? No te olvides que yo tampoco puedo ver a mi viejo, eh.

–Tenés tazón. Mejor dejémoslo ahí.

–Sí, mejor –Lucas dio media vuelta y se colocó de cara a la ventana, molesto–.

Despertame cuando te quieras ir, así te abro.

–Ok.

–Buenas noches –Lucas se tapó con la frazada hasta al cuello y cerró los ojos.

–Buenas noches –respondió Fernando, quien permaneció en la misma posición un poco más, mientras en su mente seguían agitándose una idea tras otra, como en una picadora de carne.

*El Fortín* no llegaba a ser una ciudad, pero sí era una de las localidades más pobladas de la zona y contaba con su propia delegación municipal, una Iglesia, un hospital público y otros comercios esenciales como farmacia, ferretería, corralón de materiales para la construcción y casa de repuestos; además de los tradicionales locales de venta de alimentos como supermercados, verdulería, carnicería, panadería, pizzería, rotisería, etc.

De acuerdo al último Censo, residían allí alrededor de diez mil habitantes, casi la mitad de la cantidad registrada en el conteo oficial realizado una década atrás.

Es que, así como los pueblos originarios habían sido desplazados de esa tierra por el Ejército durante la segunda mitad del Siglo XIX, los pobladores que se fueron instalando desde su fundación, justo antes del inicio de la Primera Guerra Mundial y a cargo de unos hermanos vasco franceses, también recibieron un empujoncito por parte de la clase dirigente y los ciclos económicos negativos para marcharse hacia otros centros urbanos más desarrollados y con mejor calidad de vida.

Según el mapa, El Fortín estaba ubicado en el extremo sudeste de la provincia, entre la costa atlántica y el río *Bordó*; y como tantos otros pueblos de esa región, tras su fundación oficial pasó a estar habitado en un comienzo por inmigrantes de distintas partes

del mundo: alemanes del Volga, yugoslavos, húngaros, italianos, españoles, checoslovacos, sirios y libaneses; quienes establecieron sus predios rurales en una zona que luego sería declarada como “desfavorable”, como la vecina Patagonia, con vastas extensiones territoriales, enormes distancias entre una localidad y otra, y un clima riguroso, sobre todo en otoño e invierno.

Y en el caso puntual de la mencionada localidad, ésta debía su nombre a que en la denominada “Conquista del Desierto” se había levantado allí, unos veinte kilómetros río abajo, un fortín con una guarnición de cincuenta hombres para formar un puesto de vigilancia.

Pocos años después de su inauguración, el cauce del río se desvió, por lo que dicha fortificación debió ser reubicada junto a un médano, en el que se colocó una asta para que los mensajeros y viajeros se anunciaran a los soldados con un pañuelo blanco o poncho, y esperasen allí que la fortaleza arriara su bandera en señal de que podían ingresar.

Para entonces, los inmigrantes ya habían comenzado la colonización a partir de un acuerdo con el Gobierno que les concedió trescientas mil hectáreas que posteriormente serían utilizadas para la cría de ganado.

A su vez, las autoridades militares fueron sellando acuerdos con los principales caciques de la región centro y sur de la Patagonia oriental que terminaron adoptando la soberanía nacional. Es más, estos también colaboraron para enfrentar los llamados “malones” de otros pueblos de las zonas aledañas.

Y en función de esta aparente estabilidad, el fortín fue creciendo y a fines del Siglo XIX recibió el telégrafo, luego el correo y la primera misión de salesianos que promovieron el evangelio y la educación a través de la fundación del primer colegio, que también funcionó como hospital y hogar de ancianos y huérfanos.

De esta manera se desarrollaron los alrededores de la fortificación y, a principios del siguiente siglo, la llegada del ferrocarril permitió el transporte de pasajeros y de ganado en pie, como así también de otras materias primas como la lana, el trigo, cueros y leña.

Para entonces, el gran caudal del río, que desembocaba en el mar, ya era usado para el riego de los predios rurales de los nuevos terratenientes, lo que posibilitó la producción en grandes cantidades de semillas de alfalfa y fardos de pasto.

El progreso social y económico afuera del fortín hizo que este perdiese utilidad e interés, por lo que con los años quedó en desuso y solo su capilla permaneció funcionando para seguir promoviendo el culto católico, una de las herramientas principales, junto a la fuerza militar, para avanzar con la colonización y desplazar casi definitivamente a los pueblos originarios.

Pero la religión también perdió su atractivo y el fortín finalmente quedó abandonado hasta que, varias décadas más tarde, la Municipalidad lo recuperó de sus ruinas y lo convirtió en un museo, que en la actualidad funcionaba como un sitio turístico y una visita prácticamente obligada para los estudiantes de la enseñanza primaria local.

El sol todavía no había salido, pero apenas los primeros claros atravesaron la ventana de la habitación de Lucas, éste y Fernando se levantaron y tomaron unos mates con bizcochitos de grasa en la cocina, mientras los demás integrantes de la familia dueña de casa seguían durmiendo.

El anfitrión no volvió a intentar convencer a su amigo de que desistiera de su audaz plan de viaje y, tras un breve desayuno, el invitado partió rumbo al norte, vistiendo un pantalón de jean negro y gastado, una remera de mangas largas, un buzo con cierre y capucha de color azul oscuro, y unas zapatillas deportivas cubiertas de polvo.

Con la mochila al hombro, Fernando puso un pie en la calle y no sintió frío a pesar de que no llevaba campera. Es que con el inicio de su travesía la sangre le recorría el cuerpo sin freno y lo mantenía abrigado.

“Acá estoy, viejo”, dijo Fernando, quien minutos después de iniciado su recorrido se encontraba sentado sobre una roca que sobresalía del suelo de tierra, en el que aun sobrevivían unas matas de pasto.

Frente a él, entre los restos de unos ramos de flores marchitas, se levantaba la lápida de su padre, *Julio Andrade*; y a pocos metros de distancia la de *Gustavo*, el papá de Lucas y a quien la adicción al cigarrillo terminó matándolo a través de un cáncer de laringe que lo fulminó en cuestión de meses.

“Perdón que no pude venir antes”, indicó el joven, quien había ingresado al cementerio a través de un agujero que él mismo había hecho en el alambre perimetral, apartado del portón de entrada donde solía haber un sereno; aunque debido a la cuarentena, nadie vigilaba aquel predio ubicado en cercanías al aeródromo, unos cinco kilómetros al norte del centro de la localidad, y que permanecía cerrado al público.

A diferencia de Gustavo, Julio había muerto mientras estaba detenido en prisión y su hijo era tan solo un niño. La versión oficial indicó que se trató de una “muerte dudosa”, probablemente un “suicidio”; sin embargo, Fernando estaba convencido de que a su padre lo habían matado otros presos.

A veces, los caprichos de la memoria solían engañar al joven y hacerle creer que con el paso del tiempo todo tendía a desaparecer. Pero él no podía evitar ir al cementerio una vez al mes, siempre solo y a escondidas de su madre, *Catalina*.

“Ya voy a volver”, dijo el muchacho, quien miró hacia arriba y con las yemas de sus dedos arrojó un beso al cielo, el cual ya comenzaba a verse completamente despejado.

Luego se colocó la gorra con visera que llevaba en la mochila y abandonó el predio rumbo a la ruta nacional, situada a unas pocas cuadras por la avenida principal, la cual estaba desierta en aquella mañana de un día feriado que, como bien había dicho Lucas, no distaba demasiado de las previas jornadas de pandemia.

Fernando llegó hasta la ruta en el mismo momento en que el sol dibujaba sus trazos de luz iniciales y el canto de los pájaros sonaba distante. Inicialmente caminó por la banquina del este, pero después, aprovechando el casi nulo tránsito vehicular, se animó a hacerlo por el medio del asfalto, de que solo se hacía a un lado cuando escuchaba a la distancia el rugir del motor de algún camión de carga que se aproximaba hasta sobrepasarla zumbando.

Así recorrió diecisiete kilómetros, cruzando unos angostos canales que desembocaban en el mar, hacia su derecha; aunque a esa altura del mapa, en el horizonte solo se podía ver una línea de pastizales amarillentos y, cada tanto, un arbusto verde y bajo.

Fernando llegó hasta la playa de estacionamiento de una estación de servicios situada a la vera del camino y allí decidió detenerse a descansar. Y mientras recobraba energía, encendió su teléfono celular (lo llevaba apagado para ahorrar batería y al mismo tiempo evitar una llamada entrante de Catalina) y vio que eran las ocho y treinta.

A esa hora ya había más movimiento en la ruta, por lo que el joven decidió “hacer dedo”.

De todos modos, debió caminar bastante antes de que un automovilista detuviera su marcha.

– ¿Para dónde vas, pibe? –el conductor de un Chevrolet Corsa gris plata, que por su dañado aspecto parecía haber sido utilizado como remís durante mucho tiempo, bajó

la ventanilla de la puerta del acompañante y se dirigió a Fernando, quien dio unos pasos hacia el vehículo detenido.

–Voy para la ciudad. Pero cualquier otro lugar para ese lado me sirve –el joven se quitó la gorra para que el automovilista le viera el rostro y no sospechara de nada raro, y le sonrió.

–Voy para *Jakov* –el conductor movió su cabeza hacia el lado opuesto en el que se encontraba el joven–. Subí. Dale.

Fernando aceptó encantado y en una rápida maniobra abordó el Chevrolet Corsa, que retomó la marcha hacia el norte.

–¿Qué andás haciendo en la ruta? –el automovilista tenía un barbijo de tela casero bajo, a la altura del mentón, lo que dejaba al descubierto una tupida barba manchada con nicotina alrededor del labio inferior y en el bigote–. ¿No sabés que no se puede circular?

–Sí, sí. Lo sé. Igual, saqué un permiso especial.

–Ah, ¿sí? –El conductor miró a Fernando, con el entrecejo levantado y luego encendió un cigarrillo–. Porque yo intenté sacar uno para poder trabajar con el coche y no me lo dieron...

–Son unos hijos de puta –el joven corrió la vista hacia la ventanilla y fingió observar el paisaje.

–Mientras andemos por acá, no pasa nada. La Policía empieza a parar más adelante, después de *Jakov*. Así que los dos nos podemos quedar tranquilos.

–¿Usted vive ahí? –Fernando se volvió hacia el automovilista.

–Ajá ¿Y vos de dónde sos?

–Del Fortín.

–Lindo lugar. Bah, al menos más lindo que *Jakov*.

–No sé si hay lugares lindos por acá.

–¿Por eso te vas para la ciudad? –el conductor exhaló una larga bocanada de humo y arrojó el cigarrillo a medio fumar por la ventanilla baja y hacia el exterior del vehículo, el cual transitaba a una velocidad baja y constante, como si se tratara de un paseo de domingo.

–En parte, sí.

–Y en parte porque seguramente hay una chica que está allá, ¿o no?

–También hay un poco de eso.

El conductor largó una carcajada que se interrumpió cuando la flema le subió por la garganta, obligándolo a toser; al tiempo que Fernando le devolvió una risita cómplice.

Y cuando el joven amagó a retomar el diálogo, el automovilista detuvo el coche sobre la banquina, justo a la altura del ingreso a Jakov, ubicado a dieciséis kilómetros de donde había “levantado” al pasajero.

–Te dejó acá porque sigo para el casco urbano, pibe.

–Gracias.

Fernando descendió el Corsa y antes de cerrar la puerta del acompañante se colgó la mochila que había llevado en su regazo durante el corto viaje en auto.

–De nada y andá con cuidado. Que la calle está peligrosa.

–Sí, sí. No se preocupe –el joven asintió y se alejó del coche, que inmediatamente cruzó la ruta sin que el conductor colocase ninguna luz de giro o balizas y tomó por el camino de acceso al pueblo, levantando polvareda.

Fernando permaneció parado en el pastizal de la banquina hasta que perdió de vista el auto y recién entonces volvió a caminar en dirección a su destino.

“A seguir pateando”, se dijo el viajante y se colocó nuevamente la gorra para guarecer sus ojos de la luz solar que, en esos momentos, le daba justo en el rostro y lo obligaba a fruncir el ceño.

### III

La partida del presunto remisero dejó a Fernando nuevamente solo en medio de la ruta, cuyo asfalto comenzaba a levantar temperatura a medida que las condiciones climáticas continuaban siendo favorables. El joven sabía que aún le restaba un largo camino por recorrer y se puso en marcha inmediatamente. Y mientras caminaba por la banquina volvió a encender el celular: tenía una llamada perdida de Catalina. Sin embargo, en vez de comunicarse con ella aprovechó que en ese sitio tenía señal de Internet y le envió un mensaje instantáneo a Lucas para avisarle que estaba bien. “Seguro que mi vieja lo va a llamar, así que él mismo le puede decir cómo estoy”, se dijo y volvió a guardar el teléfono móvil en uno de los bolsillos delanteros de su pantalón.

El conductor del Corsa lo había dejado a la altura de la primera entrada a Jakov, que tenía un segundo acceso un par de kilómetros más adelante. Era un camino alternativo, íntegramente de tierra, repleto de pozos y que pasaba por el Destacamento Policial hasta el Parque Eólico, situado en el norte del pueblo.

Jakov era una localidad más pequeña que El Fortín (contaba con cinco mil habitantes) y había sido fundada por constructores de origen croata que venían de participar de la obra en el famoso Canal de Suez, en Egipto; y que luego formarían parte de la ya mencionada Conquista del Desierto.

A su vez, este pueblo se llamaba así por el nombre de un ingeniero y soldado de Croacia que al radicarse en Argentina se abocó a trabajar en el tendido de las líneas telegráficas, ferroviarias y portuarias del país.

Y en el marco de la campaña contra los pueblos originarios, el ingeniero Jakov trabajó también en la construcción de una serie de fortines, entre ellos, el ubicado junto al río Bordó; y se terminó incorporando al Ejército local.

Fue a partir de la tierra “conquistada” que el croata y su familia adquirieron unas diez mil hectáreas donde establecieron un amplio predio rural dedicado a la actividad agropecuaria y que, gracias a su desarrollo, contaría con su propia estación de trenes, lo que llevó a las autoridades gubernamentales a fundar una localidad alrededor de la misma.

A nivel institucional se destacaría más adelante por su estación de experimentación agropecuaria y un programa de generación sustentable de energía eléctrica a través de un parque eólico que finalmente caería en desuso a finales del Siglo XX por falta de rentabilidad, desperdiciando así una potencia capaz de alimentar a toda la zona costera comprendida entre la bahía y el río.

Sin embargo, desde comienzos del nuevo milenio se había formado una cooperativa que intentaba reactivar el parque eólico, cuyas instalaciones obligaban a que contara con una custodia especial de la Policía Provincial, que tenía un nutrido destacamento en Jakov.

En tanto, una Organización No Gubernamental (ONG) se instaló en la localidad para atender a los derechos de la infancia y la inclusión social, y la económica de los vecinos de menos recursos, que fueron perdiendo puestos de trabajo por la falta de actividad, no solo del parque, sino también de los predios rurales que fueron pasando a unas pocas manos privadas y extranjeras que los explotaban a su antojo, sin reparar en las necesidades de los habitantes del lugar.

Una de las actividades promovidas por esta organización fue la puesta en valor de dos vagones abandonados en la estación ferroviaria, por la que no transitaban formaciones de pasajeros, sino de carga y que, en vez de detenerse allí, seguían de largo hacia terminales más importantes de la región.

De esa manera, y a partir de un trabajo colectivo, esos vagones se convirtieron en aulas para dictar clases y talleres, y realizar otras actividades culturales destinadas, principalmente, a resaltar la historia originaria del pueblo.

Fernando ya había pasado por delante de esa entrada secundaria de Jakov cuando advirtió que a sus espaldas se acercaba un vehículo a gran velocidad. Al dar media vuelta observó una nube de un ocre claro que amenazaba con envolverlo y en una cuestión de segundos una camioneta de la Policía Provincial superó su posición y lo cruzó sobre la banquina.

En el patrullero iban dos efectivos uniformados y con sus respectivos tapabocas colocados, gruesos y de un color que combinaba con sus prendas de vestir y accesorios reglamentarios. Se trataban de un hombre adulto y una mujer más joven, quienes descendieron del vehículo y le pidieron que se identificara.

– ¿Vos sos el hijo de *Julio Andrade*? –el oficial leyó primero el DNI de Fernando y seguidamente miró al joven a la cara.

–Sí, ¿por? –Fernando estaba parado con los brazos cruzados sobre su espalda, con el barbijo descartable en su mano en vez de su boca; mientras que la policía lo tomaba del hombro y lo mantenía junto a la caja de la camioneta.

– ¡¿Y a vos que carajos te importa?! –el efectivo cerró el puño en el que sostenía el documento del muchacho y dio unos pasos hacia él–. Acá, el que hace las preguntas soy yo, ¿entendiste, Julito? Y ponete el barbijo, eh. A ver si, encima, nos contagias el coronavirus...

El joven obedeció y agachó la cabeza; mientras que la mujer policía, quien había comenzado a reírse de los comentarios de su superior, lo empujó contra la carrocería del patrullero.

– ¿Vos tenés permiso para circular? –Preguntó el policía–. Porque, en el caso de que seas demasiado boludo para darte cuenta, estamos en cuarentena y no se puede salir a ningún lado...

Fernando alzó la vista hacia el efectivo y negó con la cabeza. Y en ese momento alcanzó al leer el apellido del oficial en un *pin* sujetado a su uniforme: *Suárez*.

– ¿Y a dónde pensabas ir caminando?

–Estoy yendo a buscar trabajo a la ciudad. Y como no hay colectivos...

–Pero no podés circular, pibe. ¿Sos o te hacés? –Suárez le dio un golpecito con la mano en la cabeza y le voló la gorra–. Me parece que tenés problemitas, como el boludo de tu viejo, ¿Vos que decís, *Contreras*?

La mujer uniformada siguió riendo y no contestó.

–No estoy tomando alcohol ni drogas, robando, ni nada por ese estilo. Así que no entiendo qué es lo que les molesta tanto.

– ¿Sabés qué me molesta? –Suárez lo miró fijo a los ojos–: que pendejos de mierda como vos se crean que están por encima de la ley y que pueden hacer lo que se les canta el culo. Así que mejor cerrá la boca.

– ¿Llamo al destacamento a ver qué quieren que hagamos? –Contreras abandonó el tono risueño.

–Dale, andá, mientras yo lo cuido. Pero primero sácame una foto con él, por las dudas si tenemos que labrarle el acta de infracción por circular sin permiso y violar el bendito Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio (ASPO).

Entonces Contreras tomó su teléfono celular y sacó una fotografía de Fernando de espaldas a la cámara, de cara a la camioneta; y a su lado Suárez, quien sí se veía de frente, en tanto, en el piso, junto a los pies del joven, yacían tirados su mochila y su gorra.

En aquel momento se encontraban de servicio en el destacamento policial de Jakov el oficial *Domínguez* y el jefe de calle *Gamarra*. El primero se hallaba en la recepción, atento a cualquier novedad de último momento; mientras que el segundo descansaba en el interior de la oficina del comisario, quien sí se había tomado el día o, al menos, media jornada dado que cuando era feriado o su franco solía darse una vuelta por la seccional después de la siesta.

Esta sede policial estaba ubicada en una esquina del corazón del casco urbano, a metros de la estación de servicios y tenía un sector para dejar los patrulleros junto a la vereda, a la vista de todos los vecinos. Era una construcción estilo americana, en una sola planta, pintada de celeste y blanco, y con un solo calabozo que daba a un patio interno pequeño y rodeado por altos muros perimetrales.

Por entonces, la única celda estaba ocupada por un par de sospechosos detenidos preventivamente por casos de robo, el delito más frecuente en esa zona, en especial, los cometidos con la modalidad “escruche”; es decir, en ausencia de moradores. Aunque esta maniobra se había tornado peligrosa en las últimas semanas, debido a que las víctimas ya no salían tanto ni tan seguido de sus propiedades.

Por su parte, Domínguez garabateaba con una lapicera sobre una hoja de papel en blanco cuando sonó su teléfono celular: era una llamada de Contreras, pero no a través de la línea móvil, sino de la aplicación de mensajería instantánea, por lo que el contenido de la conversación, a diferencia de los mensajes escritos, no quedaba almacenada por la compañía prestadora del servicio, que solo registraba el horario de la misma, el emisor y el receptor.

– ¿Qué pasó, Contreras?

– Nada grave. Solo agarramos a un pibe haciendo dedo por la ruta sin permiso para circular.

– ¿Y?

–Me dijo Suárez que les preguntara qué hacíamos con él. Si le labramos el acta de infracción nosotros y llamamos al juzgado de turno, o si lo prefieren manejar ustedes desde allá.

– ¿Tanto lío por eso?

–Pasa que el pibe se retobó y quiere seguir en la suya. Y si lo llevamos detenido vamos a tener que pasar todo el feriado completando el papelerío. Al pedo.

–Bueno, bancame que voy a hablar con Gamarra, que está a cargo hoy, y te vuelvo a llamar.

Domínguez cortó la llamada y se dirigió hasta la oficina del comisario para hablar con Gamarra, quien en ese momento navegaba por la Internet desde la computadora del jefe del destacamento que funcionaba sobre el escritorio y que les permitía a sus ojos deteriorados obtener una visión más amplia de sus redes sociales en el monitor en vez de la pantallita de su celular.

–Disculpe, inspector –Domínguez entornó la puerta y asomó la cabeza hacia el interior del ambiente, que no constaba más que de un cubículo de dos metros de largo por otro tanto de ancho–, pero Contreras tiene una consulta...

– ¿Qué pasó? –Gamarra no apartó la mirada de la pantalla–. No hay un día que ustedes me dejen tranquilo, eh.

–Tienen un demorado por violar el ASPO y quiere saber qué hacer con él – Domínguez terminó de cruzar el umbral y se acercó hasta el escritorio.

¡Qué inútiles que son!, pensó el inspector, quien seguidamente se apartó de la computadora y se dejó caer sobre el respaldo de la silla.

– ¿Y cuál es el problema? –Domínguez miró a Gamarra entrecruzando los dedos de sus manos a la altura de su estómago.

–Parece que el pibe no quiere hacer caso y Contreras pregunta si lo manejan ellos desde el lugar o nosotros desde acá –el subalterno permanecía de pie frente al inspector, con el celular en la mano derecha y el brazo izquierdo extendido a la par de su cuerpo.

–Decile que te mande una foto del pibe y su DNI, y nos encargamos desde acá, por favor –Gamarra extendió su brazo derecho hacia la puerta–. Y decile también que si el pibe ése se hace el piola lo traigan detenido. Así aprende...

–¿Qué lo bajen?

–Sí, que lo bajen –insistió Gamarra, gratamente sorprendido porque el joven agente demostraba poner en práctica parte de la jerga policial, la cual nunca debía tomársela de manera literal dado que en la fuerza se utilizaban ironías, comparaciones, metáforas y otros recursos lingüísticos para lograr un código propio y que los ajenos al mismo no lo pudiesen entender.

Domínguez salió de la oficina del inspector y llamó inmediatamente desde su celular a Contreras, a quien le transmitió las indicaciones del jefe de turno. Tras lo cual, la uniformada cumplió con el envío de la fotografía de Fernando y la de su documento de identidad.

–Te gusta el quilombo, ¿no, Julito? –Suárez le habló a Fernando cerca del oído–. ¿O querés terminar como tu viejo?

El joven se mordió los labios resacos por el roce con la tela del barbijo y no contestó. Simplemente clavó la mirada en el suelo cubierto de tierra seca.

En ese momento, Contreras se acercó hasta ellos dos.

–Ya está, Suárez. Le mandé las fotos a Gamarra y él se encarga desde allá. Así lo dispuso el inspector.

–Ok –Suárez tomó a Fernando del cuello y lo forzó a levantar la cabeza–. Ahora es el momento en el que podés avivarte, Julito: volvete para tu casa por dónde viniste o,

sino, te vamos a tener que llevar detenido. Es así de simple. Y, la verdad es que no tengo ganas de que me rompas los huevos con más laburo en un día feriado, que se suponía tendría que ser tranquilo. ¿Me entendés?

–Sí, entiendo.

Entonces, Suárez le soltó las muñecas al joven, quien hasta ese instante seguía con los brazos en la espalda.

–Andá, andá –el policía inclinó la cabeza hacia la ruta y le entregó el DNI–. Pero no te quiero volver a ver por acá, ¿ok?

Fernando calló.

–¿Ok? –repitió Suárez con tono amenazante.

–OK –respondió Fernando, quien guardó el documento en uno de los bolsillos delanteros de su pantalón y recogió del suelo su gorra y la mochila, en la que había dejado su celular justo antes de ser interceptado por el patrullero.

–¿Me puedo volver solo? –preguntó el joven tratando de no mirar al policía a la cara.

–Y sí, ¿o pretendés que nosotros te llevemos? ¡Qué vivo! –Suárez le pegó con la palma abierta en la espalda.

–Acá nomás termina nuestra jurisdicción. En todo caso, arréglatelas con nuestros colegas del Fortín –intervino Contreras–. Además, no estás tan lejos.

Y mientras Fernando se colocaba la gorra y la mochila al hombro, la efectivo lo observó con detenimiento, a la espera de que hiciera algún movimiento sospechoso; al tiempo que Suárez fue a sentarse del lado del acompañante de la camioneta.

Recién cuando los policías advirtieron que el joven comenzaba a caminar hacia el sur, en sentido opuesto al que lo había hecho hasta entonces, el patrullero arrancó.

–Llamalo a Domínguez y avisale que el pibe se vuelve para su casa, así no labran el acta al pedo y no tienen que darle intervención al juzgado federal –le indicó Suárez a Contreras una vez que la camioneta transitaba nuevamente por el acceso secundario hacia el oeste, en dirección al centro de Jakov.

Fernando se quitó el barbijo y se lo dejó enganchado alrededor del codo, y caminó lentamente por la banquina, con las manos en los bolsillos y pateando las piedritas que hallaba entre el pasto. “Estos polis de mierda me tienen re podrido”, se lamentó con su cuerpo todavía tembloroso por la interceptación policial. Detuvo la marcha y respiró hondo. Luego encendió su celular y advirtió que tenía una llamada perdida de Lucas. “Seguro que me quiere avisar que mi vieja ya lo llamó, preocupada, pero ella no lo entendería”, se dijo y antes de apagar el aparato miró la hora: era temprano. “Todavía estoy a tiempo”, se convenció, tras lo cual, dio un giro y retomó hacia el norte; y al pasar de nuevo por el acceso secundario la nube de ocre claro levantada por el paso del patrullero se había disipado y no veía señales del móvil ni de ningún otro vehículo. “¡Que se vayan a cagar!”, exclamó entre risas.

## IV

El momento de tensión con los policías hizo que Fernando olvidase por un rato que era la hora de almorzar, una alerta que ya había comenzado a sonar en su estómago vacío. Así que, mientras caminaba por la banquina, sacó de su mochila una banana que le había entregado antes de salir su amigo Lucas y comió la mitad. La otra mitad la guardó con la cáscara adentro de una bolsa de nailon y luego bebió un poco de agua de la botella plástica que llevaba consigo. La comida y la bebida lo animaron, y sintió que las energías le volvían al cuerpo, por lo que aceleró la marcha, siempre con el pulgar alzado en dirección al norte. Y a los pocos minutos de avanzar tuvo la fortuna de que el chofer de un camión con caja cerrada se detuvo sobre la ruta y ofreció llevarlo hasta Bleriot, unos veinticinco kilómetros más adelante, adonde el conductor, quien trabajaba para una distribuidora de alimentos, tenía que entregar mercadería en un almacén.

Peor es nada, se dijo Fernando, quien sabía, por experiencia propia, que recorrer esa distancia a pie le demandaría más de cuatro horas y no veinte minutos como ocurría utilizando cualquier vehículo automotor.

El camión, todo blanco por fuera excepto por los paragolpes negros, tenía una cabina espaciosa, con asientos tapizados de un tono gris topo y un tablero también oscuro, por lo que Fernando se sintió cómodo apenas se subió. Aunque el camionero, a diferencia del remisero que había llevado previamente al joven, llevaba puesto su tapabocas, por lo que el pasajero debió hacer lo mismo y, además, mantener la ventanilla baja para mejorar la ventilación porque, por entonces, el Covid-19 circulaba en toda la comunidad y provocaba cientos de casos positivos por día en el país, siendo la provincia y la capital los dos distritos más afectados por contar con la mayor densidad poblacional.

Y si bien estas cifras resultaban menos preocupantes que las del hemisferio norte del planeta, desde iniciada la pandemia, en la nación habían muerto más de doscientas

personas a raíz del coronavirus. De todos modos, no se podía pasar por alto que al sur todavía no había llegado al invierno, la peor estación para este tipo de enfermedades, a raíz de lo cual, los expertos vaticinaban que lo peor aún estaba por llegar.

–Qué lástima que no va hasta la ciudad, así me ahorra el resto del viaje – Fernando se dirigió al chofer, quien miraba concentrado el camino.

–Igual, no creo que hubieras podido pasar por el control, eh –el camionero negó con la cabeza–. Los policías están re estrictos con ese tema.

–¿Ah, sí?

–El otro día quise pasar con un ayudante que me suele dar una mano para cargar y descargar, porque yo ya estoy grande; pero como no tenía el permiso para circular lo hicieron bajar, porque el pase es por persona, no por vehículo. Decí que yo sí lo tenía, si no, me secuestraban el camión...

–Uh.

–Por suerte, al pibe no se lo llevaron detenido y lo dejaron esperar al costado de la ruta hasta que yo volviera de entregar el pedido y lo trajera de vuelta –el chofer se rascó la frente, la cual se veía bastante cubierta de arrugas que, junto a sus cabellos grisáceos, daban cuenta de su avanzada edad.

–Menos mal.

–Sí. Pero la cagada es que ahora los jefes no lo dejan ir a ningún otro viaje, así que el pobre pibe se quedó prácticamente sin laburo.

–¿Y por qué no le dan otro trabajo los jefes?

–Porque si lo hacen, lo tendrían que poner en blanco y eso les sale más caro.

–Bueno, yo estoy igual: en negro y sin trabajo por esta cuarentena de mierda.

–Me imagino –el camionero estiró el brazo derecho hacia el tablero y bajó el volumen del estéreo en el que estaba sintonizada una emisora radial de la zona que actualizaba permanentemente el estado del tránsito y el clima.

–Pero no puede ser que nos tengan a todos como presos y no podamos hacer nada –se quejó Fernando alzando el tono de voz.

–El problema es que, por el momento, no se ve ninguna solución en el corto plazo, así que vamos a tener que tener paciencia. Fijate que pasa lo mismo en Europa, Asia y hasta en los Estados Unidos, que son el Primer Mundo.

– ¡Qué sé yo! Yo ya esperé demasiado.

–Lo único que te puedo decir –el chofer apartó la vista de la ruta y la dirigió hacia el joven– es que, si estás decidido a seguir, mejor que busques un camino alternativo para poder llegar hasta la ciudad.

Sí que estoy jodido, evaluó Fernando, quien al advertir que se aproximaban al ingreso a Bleriot comenzó a prepararse para descender del camión.

El camión blanco con alimentos dobló a la izquierda y tomó por el único acceso asfaltado que desembocaba en el casco urbano de Bleriot, mientras que Fernando no se cargó la mochila al hombro y empezó a caminar, sino que buscó un sector en bajada del terraplén junto a la banquina y allí se recostó entre unos pastizales amarillentos para descansar antes de retomar la marcha, como si se tratara de una camilla inclinada, quedando con la cabeza en alto y las piernas estiradas.

El joven cerró los ojos e intentó dormir, aunque sea unos minutos, pero olvidó apagar el celular y lo sobresaltó el *ringtone* de una llamada entrante: era Catalina y esta vez decidió atenderla.

–Quedate tranquila, má –Fernando se había sentado sobre el pasto para poder hablar por teléfono más cómodo.

–Pero, ¿no me vas a decir dónde estás?

–Cuando llegue te aviso. No te preocupes.

– ¿Y a qué hora?

–A la noche, tarde, te llamo, ¿sí? Beso. Chau –el joven cortó antes de que su madre continuara hablando y luego volvió a apagar el celular y lo guardó en la mochila.

Sabía que no tenía tiempo para perder ya que era la hora de la siesta y le faltaban unos setenta kilómetros hasta la ciudad, es decir, que, si nadie más le daba un aventón, recién llegaría al día siguiente, con suerte.

Pero en vez de ponerse de pie y continuar con su recorrido de inmediato permaneció mirando como unas vacas pastaban detrás de un alambrado de púas, sin advertir que detrás suyo y de la mano contraria, dos muchachos, uno rubio y el otro morocho, caminaban por un sendero de ripio que conducía a la calle de ingreso al pueblo.

– ¿Y ése que está tirado por ahí quién es? –preguntó el morocho, que tenía una edad aproximada a la de Fernando, aunque aparentaba ser mayor por su estatura y robustez.

–No sé. ¿Le habrá pasado algo? –señaló el rubio.

–Andá a saber. Por las dudas, voy a avisarle a mi viejo para que llamé al puesto de vigilancia –añadió el morocho, quien en el acto envió un mensaje instantáneo desde su teléfono móvil.

Un rato después, el teniente primero *Galvagni*, quien prestaba servicios en el puesto de vigilancia de Bleriot, ubicado en el acceso a la localidad, pero no tan cerca de la ruta, se acercó hasta donde los dos muchachos habían sido visto Fernando, quien, al

igual que los otros jóvenes, ya se había marchado del lugar, por lo que el policía no encontró a nadie. Sin embargo, dejó asentado lo ocurrido en su libreta de apuntes.

El final abrupto de la breve charla con su hijo dejó bastante dolida y apesadumbrada a Catalina, quien se dirigió a la cocina para terminar de ordenar y limpiar tras haber almorzado sola. Habitualmente, un día feriado, y/o los fines de semana, lo hacía con su hijo, mientras que de lunes a viernes comía de su vianda en el laboratorio de análisis clínicos para el que trabajaba como empleada de limpieza.

Este laboratorio estaba ubicado en el centro del Fortín y debido a la pandemia había registrado un fuerte aumento de su actividad, por lo que las jornadas laborales resultaban extensas y agotadoras; sobre todo porque el protocolo sanitario era sumamente estricto y cada uno de los trabajadores debía llevar doble barbijo, más una máscara protectora facial de acrílico, guantes y ambo. También se debía respetar el distanciamiento social, la ventilación de ambientes y la higiene de las prendas de vestir y calzado.

Antes de trabajar en el laboratorio Catalina había sido una empleada doméstica informal, pero luego de la detención de Julio aceptó incorporarse a una empresa de limpieza para así poder acceder a una obra social para ella y sus hijos, a pesar de que terminaba ganando menos dinero a raíz de los aportes que realizaba su empleador al fisco.

Después de secar y acomodar en las repisas y aparadores todos los trastos utilizados, tanto para el desayuno como el almuerzo, la mujer se trasladó hasta el living, se descalzó y se recostó sobre el sillón. No se sentía tan cansada porque se había levantado tarde, aprovechando su jornada libre.

Más temprano, cuando salió de su habitación a media mañana y advirtió que su hijo no estaba en el suyo, no se preocupó porque sabía que él estaba en la casa de su amigo Lucas. Tampoco lo hizo cuando lo llamó antes del mediodía y Fernando no la atendió

porque ella creyó que los jóvenes aun dormían. Sin embargo, ahora no podía dejar de pensar en su hijo, a dónde se dirigía y por qué no quería decírselo.

De todos modos, la mujer estaba acostumbrada a que su hijo le contara poco y nada sobre su vida privada, y eso que tenían una buena relación, más cercana que la de Catalina con *Mariana*, su hija mayor; quien desde hacía varios años vivía en la Capital, adónde había ido a estudiar en la Facultad de Psicología, aunque luego terminó dejando la carrera para poder trabajar y así afrontar los costos de vivir de manera independiente y lejos de su pueblo natal. Pero la joven no pasó mucho tiempo a solas ya que enseguida formó una pareja y su propia familia.

De hecho, Mariana, quien tenía un buen trabajo al igual que su concubino, solía visitar El Fortín en raras ocasiones dado que, según sus propias palabras, “detestaba” ese lugar. Probablemente, este rechazo había comenzado con la detención de su padre y se acentuó tras la muerte de Julio; por lo que Catalina y Fernando, que tenían menos recursos que ella para viajar largas distancias, la veían solo para las fiestas y algún que otro cumpleaños. De esta manera, el espacio entre unos y otros se agigantó, al punto que se hablaban una vez cada tanto, como si fuesen examigos devenidos en simples conocidos que alguna vez compartieron momentos importantes, buenos y malos, y que ahora eran solo recuerdos vagos.

Igualmente, Catalina no se tomaba personal la actitud distante de Mariana porque entendía que el detonante para aquel comportamiento que cambió radicalmente el vínculo entre ambas había sido lo ocurrido con Julio, a quien su hija idolatraba cuando era una niña (lo que despertaba los celos de su madre), aunque finalmente se sintió tan decepcionada y avergonzada que decidió intentar borrarlo definitivamente de su memoria y también apartarse de todo aquello que se lo recordase.

Por su parte, Catalina hizo un rato de *zapping* desde el sillón, pero no logró concentrarse en ninguna transmisión, por lo que prefirió directamente apagar el televisor, el cual funcionaba encima de un mueble en el que también había un florero y un porta retrato con una vieja fotografía en la que se veía a Mariana sentada en el regazo de su padre y a Fernando en los brazos de su madre.

“Parece que fue en otra vida”, se lamentó la mujer, por lo bajo, al echarle un vistazo a aquella imagen y pasar unos minutos en silencio hasta que se colocó nuevamente las zapatillas y se dirigió hasta el galpón situado en el patio trasero de la vivienda, donde tomó su bicicleta, la misma que utilizaba a diario para ir y venir del laboratorio, ubicado no muy lejos del domicilio.

En El Fortín era una práctica habitual que los vecinos se trasladasen en bicicleta de un lugar a otro dentro de la localidad; incluso Fernando solía hacerlo, excepto por las últimas semanas, luego de que ladrones sustrajeron su rodado durante una madrugada. Y desde entonces, si bien la madre le ofrecía usar su bici, él no quería porque argumentaba que “parecía de mujer”.

Lucas estaba sentado sobre el tapial de baja altura ubicado en la línea municipal que delimitaba su domicilio. Aquel muro de tierra arcillosa que le llegaba a la rodilla era el asiento preferido del joven y sus amigos que lo visitaban, por lo que el frente de esa casa se tornaba un punto de reunión recurrente. Claro que desde el inicio de la cuarentena no estaba permitido reunirse en grupos, ya sea en el exterior como el interior de una propiedad; aunque la primera opción resultaba mucho más difícil de controlar y se cumplía cada vez menos. Así que cuando salió a hablar con Catalina con el rostro completamente descubierto, el amigo de Fernando se sintió liberado; como si, por un momento, regresara a la temporada de verano pasada.

– ¿Qué es lo que está haciendo Fer? –Catalina permanecía de pie, sosteniendo su bicicleta en paralelo al tapial.

–Lo único que sé es que me dijo que se iba a la ciudad para ver a Lucía.

–Pero no entiendo por qué no me lo quiso decir. Yo no se lo hubiera impedido...

–No quería que te preocuparas, nada más.

– ¿Y no se dio cuenta que de esta manera me preocupo igual, o más? –Catalina apoyó la bicicleta contra el muro y se sentó al lado de Lucas, quedando ambos con la mirada hacia la calle, sobre la que los rayos del sol caían en forma oblicua, de oeste a este.

–Yo le dije que te dijera, pero evidentemente no me hizo caso. Viste cómo es él...

–La verdad es que no sé cómo piensa llegar y, sobre todo, cómo va a hacer para moverse sin un permiso para circular –la mujer apoyó sus manos sobre sus muslos cubiertos por un jogging.

–Quedate tranquila, Cata –Lucas palmeó suavemente el hombro de la mujer–. Alguno lo alcanzará en un vehículo y apenas llegue a lo de Lucía seguro que te llama y te cuenta todo.

–Mientras que llegue bien, no me importa lo que se le cruzó por la cabeza. Estoy con el corazón en la boca.

–Me imagino. Mi vieja estaría exactamente igual.

Ésas fueron las últimas palabras de Lucas, quien ya no sabía qué decir sin meterse en problemas. Así que, ante el mutismo del joven, la mujer tomó su bicicleta y regresó a su casa, donde aguardaría hasta que se hiciera de noche para llamar a Lucía.

La mujer conducía su automóvil por la ruta en dirección a la bahía. Sólo la acompañaba una voz en la radio que no lograba quitarle el aburrimiento, el cual se

potenciaba con la monotonía del paisaje que la rodeada. Por ello, apenas vio a Fernando haciendo dedo sobre la banquina decidió llevarlo.

– ¿Para dónde vas? –preguntó la conductora, quien aparentaba ser una mujer joven, más allá de que el tono de voz serio y a que llevaba el cabello peinado hacia atrás y ajustado con un rodete le otorgaban un aire de solemnidad de persona mayor.

–A Salinas –respondió el joven a través de la ventanilla abierta del lado del acompañante.

Era un modelo viejo de auto y la conductora había tenido que bajar el vidrio manualmente, inclinándose sobre el asiento del acompañante, en el que había un pesado bolso azul, el cual ella colocó en la parte trasera del vehículo.

–Yo también. Te puedo dejar ahí.

–Dale, gracias.

Fernando subió al auto encantado de haber conseguido que una nueva alma caritativa lo acercase hasta su destino y apenas se acomodó en el asiento se colocó el tapabocas, imitando a la mujer detrás del volante.

– ¿De dónde sos? –la conductora se dirigió al joven suavizando su tono inicial.

–Del Fortín.

–Igual que yo.

–Mirá vos.

La mujer apartó por unos instantes la vista de la ruta y observó con detenimiento a Fernando.

– ¿Vos sos el hijo de Catalina?

–Sí. ¿Cómo sabe? –el joven abrió sus ojos negros y achinados lo más que pudo.

–Porque mi mamá trabajó con la tuya en la limpieza.

– ¿Ah, sí? Y puede ser.

Al fin alguien que me reconoce por mi vieja, pensó él, satisfecho.

En ese momento, la conductora tomó su teléfono celular que llevaba en un soporte plástico enganchado del tablero del auto y mientras que con una mano sostenía el volante con la otra escribía un mensaje de texto. Y una vez que terminó puso el móvil en la guantera de la puerta de su lado, girando su torso ligeramente hacia la izquierda.

Fue a raíz de ese movimiento que Fernando advirtió que la mujer llevaba un bulto sospechoso en la cintura.

Eso es un arma, se dijo Fernando, cuyo estado de ánimo pasó de relajado a asustado tan rápido como se desplazaba el auto.

–Mejor dejame dónde está el cruce ferroviario, ¿puede ser? –indicó él, señalando con el brazo extendido hacia el parabrisas, a través del cual se veía a poca distancia los carteles que anunciaba que había un paso a nivel.

–Sí, no hay problema –la mujer comenzó a disminuir la velocidad y al mismo tiempo se limpió las manos con un poco de alcohol en gel que tomó de un pote ubicado junto a la palanca de cambios–. Pero, ¿para qué te querés bajar en ese lugar? ¿No ibas para la ciudad?

–Es que me olvidé que tenía que pasar primero por lo de un amigo.

– ¿Vive cerca tu amigo?

–Por ahí.

– ¿Por ahí? Si no hay más que campo y las vías del tren, de un lado; y la costa del otro.

–Sí, sí. Hay algunas casitas por esa zona –mintió el joven–. Son de los pescadores.

–Como quieras –aceptó la mujer y condujo el auto hasta la banquina donde detuvo la marcha sin apagar el motor.

–Gracias –se despidió Fernando forzando una sonrisa tensa e inmediatamente descendió del vehículo.

–Por nada –la mujer alzó la mano–. Y saludos a tu mamá –añadió justo antes de reanudar la marcha. Y cuando estuvo fuera del campo visual del joven volvió a tomar su celular y escribió un nuevo mensaje de texto.

Por su parte, un Fernando más aliviado activó su “Plan B”, el cual era más osado que el “A”, dado que implicaba caminar por las vías del tren que cruzaban el agua de la bahía en diagonal, pasando por el puerto y hasta el centro de la ciudad; aunque de esa manera se ahorraba la mitad de kilómetros que le hubiera demandado continuar por la ruta que dibujaba una especie de extenso semicírculo hacia el oeste para poder bordear la costa. Y si optaba por esa segunda opción esquivaba, además, el control policial, otra de sus premisas.

No iba a ser la primera vez que caminara por las vías ya que los jóvenes de la zona solían hacer esa especie de “turismo aventura” y transitaban por allí hasta llegar a la otra orilla, cerca de la cual se encontraba la desembocadura de un arroyo y el puente ferroviario, donde mucha gente iba a andar en bicicleta, moto y a caballo, aprovechando que ese curso de agua no era demasiado profundo y que en las inmediaciones nacía un camino que conducía a la estación *Cuaterros*, lindante con el puerto y el barrio homónimo, donde residía Lucía, quien había conocido a Fernando el año anterior, en un local bailable del centro de Salinas, el único sitio con este tipo de establecimientos nocturnos para jóvenes.

A su vez, la zona de Cuaterros era un vado que, antiguamente, había sido utilizada como paso por los ladrones de animales, especialmente caballos y ganado vacuno, y por ello la terminal recibió ese nombre.

Su estación ferroviaria era centenaria y se la destinaba solo a convoyes de carga, no de pasajeros, que desde hacía más de diez años que podían viajar en ese ramal únicamente hasta la terminal de la ciudad, por lo que para llegar a territorio patagónico debían continuar su viaje en otro medio de transporte. De hecho, pasando Cuatrerros, las vías estaban abandonadas porque ni los trenes de carga seguían hacia el sur, sino que terminaban su recorrido precisamente en el puerto.

En tanto que el barrio que rodeaba la estación de trenes estaba habitado, mayoritariamente, por familias de empleados o exempleados portuarios y ferroviarios.

Por su parte, Fernando sabía perfectamente que, desde la altura de la ruta en la que él se encontraba aquella tarde feriado hasta la orilla, había una distancia de unos tres kilómetros de puro descampado, la cual podía cubrir en unos treinta o treinta y cinco minutos, aproximadamente; y que, si no mediaba nada raro, lo haría sin demasiados problemas, retrasos ni riesgos.

## V

Atardecía en el barrio de Cuatrerros y Lucía ya se encontraba en el interior de su habitación, en la que recién acaba de cambiarse de ropa luego de darse un baño caliente que le sacase la somnolencia de pasar todo el día encerrada en su vivienda, con pocas ganas de estudiar y apenas un moderado deseo de mirar televisión y comer; pero no tanto, para abusar de su sedentarismo y terminar siendo una mujer descuidada como *Estela*, su madre; quien toda su vida había sido ama de casa y, en apariencia, se sentía cómoda siendo así.

La chica estaba recostada sobre su cama, hablando con sus amigas vía mensajería instantánea desde su celular, cuando recibió un mensaje desde la línea móvil de Fernando: *“Estoy sin señal y con poca batería. Te llamo más tarde.”*

¡Qué raro!, pensó Lucía, quien no había hablado con el joven desde el día anterior, cuando él le adelantó que le iba a dar una “sorpresa”. En ese diálogo, ella insistió en saber en qué consistía dicha “sorpresa”, por lo que Fernando le terminó revelando que iría a visitarla, lo que a ella la llenó de emoción, ya que hacía más de un mes que no se veían debido a la cuarentena. Es que Lucía, al igual que su novio, tampoco tenía un permiso para circular, además de que sus padres le habían prohibido terminantemente salir de la vivienda y tener contacto con otras personas porque ella era asmática, lo que, en caso de contraer coronavirus, podía ser mortal, más allá de que dicha enfermedad mataba principalmente a las personas mayores.

Mientras tanto, Estela terminaba de ordenar la cocina, y su esposo, *Héctor*; y su hijo mayor, *Marcos*; miraban el noticiero en el televisor del living, donde seguían con atención las últimas novedades sobre la pandemia y, en especial, las disposiciones del

gobierno para hacerle frente a la misma, las cuales iban variando cada dos o tres semanas, dependiendo del éxito que habían tenido las medidas previas.

Las noticias indicaban que el día anterior, el comisario general *Piedrabuena*, jefe de la Policía Provincial, había viajado hasta Salinas, donde se reunió con el intendente *Francisco García*, con quien, luego de recorrer varios puestos de control en las principales vías de acceso, brindó una conferencia de prensa en modo virtual desde el Palacio Municipal respecto al operativo sanitario, de asistencia alimentaria y seguridad dispuesto en la jurisdicción ante la circulación del Covid-19.

“Por más insumos que uno tenga, por más respiradores que uno consiga, sino se tiene un Comité de Crisis correctamente orientado a saber cómo actuar ante esta situación, ninguno de todos esos materiales resulta efectivo”, afirmó el jefe policial, quien destacó el trabajo “coordinado” y “responsable” realizado allí.

Según *Piedrabuena*, uno de los objetivos apuntaba a hallar “una metodología eficaz” que se pudiera replicar en toda la provincia para estar preparados ante la inevitable llegada del pico de contagios durante el invierno.

“Hay que seguir profundizando, en especial, en los lugares más expuestos”, sostuvo el jefe policial, quien también era médico y les pidió “conciencia” a los vecinos que no estaban dispuestos a cumplir con el aislamiento, a los que les aclaró que, además de secuestrarles los vehículos, los infractores debían enfrentar “una causa penal ante la justicia federal, que es algo serio”.

“Estamos en una ciudad muy grande que ha hecho un gran esfuerzo para controlar la situación como hasta ahora, por lo que merece ir analizando con mucho cuidado a que actividades les puede ir dando mayor flexibilidad”, puntualizó.

Por último, y ante la consulta de uno de los periodistas que participó de la rueda de prensa, el comisario general se refirió a los cuatro integrantes del Comando de Patrullas

de la bahía que fueron desafectados de sus funciones tras ser denunciados por golpear días atrás a un hombre que paseaba al perro junto a su pareja por las calles del centro de la ciudad sin el permiso para circular correspondiente.

“Asuntos Internos ya intervino y se están tratando de determinar las responsabilidades de cada uno de estos cuatro policías”, se limitó a explicar el jefe de la fuerza, tras lo cual, el noticiero reprodujo un fragmento de la entrevista realizada al vecino golpeado.

*“Esos policías argumentan nos resistimos a la autoridad, pero nosotros no les hicimos nada. No los golpeamos en ningún momento. Ni siquiera los insultamos. Solo intentamos explicarles que los permisos sí los teníamos, pero en nuestra casa, que estaba a una cuadra de distancia, Sin embargo, no nos dejaron ir a buscarlos”,* relató el vecino.

Según el hombre, uno de los policías le dijo que lo acompañaba a buscarlo, a lo que él le explicó que no era necesario, que él iba y venía por su cuenta.

*“Entonces me agarró del cuello y me tiró al piso, con las manos en la espalda y me pisó la cabeza. En ningún momento me resistí”,* añadió.

“Esta es la Policía de mierda que tenemos acá”, le dijo Marcos a su padre al finalizar la nota.

Por su parte, Lucía estaba preocupada porque las horas seguían pasando y Fernando no se había vuelto a contactar con ella; a raíz de lo cual, ella le envió un mensaje que ni siquiera figuró como “recibido” en la aplicación.

Un rato después de ese envío fallido, ella lo llamó, pero le dio apagado; así que fue a contarle lo sucedido a su madre, quien en ese momento le pasaba un trapo con lavandina en el piso de cerámica de la cocina, dado que su marido sí salía del hogar para ir a trabajar y podía traer el virus consigo.

–Algo está pasando. El último mensaje que me mandó fue raro. Fer no escribe de esa forma –Lucía se acercó hasta Estela y le mostró la pantalla de su celular.

– ¿Por qué no le avisás a Catalina, mejor? –sugirió la madre de la joven luego de echar un rápido vistazo al aparato móvil de su hija y mostrarse más preocupada por terminar con la limpieza lo antes posible para poder irse a acostar.

Lucía siguió el consejo de Estela y regresó inmediatamente a su habitación, desde la que llamó a Catalina, mientras que su padre y su hermano seguían mirando televisión, aunque habían dejado atrás el noticiero y seguían con atención una clásica película de acción, doblada y emitida por un canal de cable.

–No sé qué decirte, Cata –Lucía estaba sobre su cama, sentada en la cabecera y con la espalda contra la pared–. Para mí es todo muy raro...

–Yo también lo noto así, sobre todo cuando logré que me atendiera y hablé un poco con él –Catalina se encontraba del otro lado de la línea telefónica, de pie junto a la mesada de la cocina, en la que acababa de cenar una sopa, algo sencillo y calentito–. Pero bueno, Fer siempre se pone así cuando estamos cerca del aniversario de la muerte del papá, ¿viste?

–Sí, sí. Lo sé.

–De todos modos, no me cierra lo que está pasando y si mañana a la mañana no aparece voy a ir a la Policía.

– ¿Te parece? ¿Para tanto? –Lucía se despegó de la pared inclinándose hacia adelante y recogió las piernas.

–No nos queda otra, Lu....

–Igual, quedate tranquila, que seguramente se le hizo demasiado largo el camino y va a terminar llegando acá a la madrugada.

–Esperemos.

–Yo, en cuanto tenga alguna novedad, te aviso.

–Bueno, gracias. Y si yo sé de algo también te aviso, así las dos nos quedamos tranquilas.

–Dale, después hablamos.

Lucía y Catalina se despidieron y tras cortar la comunicación ninguna de las dos sintió ni una pizca de calma. Por el contrario, la joven apagó la luz de su velador y se metió en la cama, pero no pudo dormir hasta horas más tarde; mientras que la madre de Fernando se pasó la mayor parte de la madrugada en el living, delante del televisor, aunque le prestó atención a la pantalla prácticamente en ningún momento.

¿Qué podía pasar en media hora? Muchas cosas como, por ejemplo, caminar desde la ruta y por las vías del tren hacia la costa marítima atravesando el primer tramo de un extenso estuario, conocido también como “la ría” y que constaba de unos tres mil kilómetros cuadrados que conformaban un sistema de marismas naturales, con características geológicas y biológicas únicas, y lo convertían en uno de los humedales costeros más importantes del país.

Poco menos de la mitad de esa superficie era inundable, donde la costa fangosa, el agua marrón y las aves playeras migratorias en peligro de extinción componían el escenario predominante a medida que el recorrido se acercaba a la orilla. Mientras que, en ese sector de la bahía, la pesca comercial era escasa (pejerreyes, corvinas, langostinos y camarones) y solo navegaban algunas embarcaciones menores a través de canales que serpenteaban entre islotes, por lo que la actividad humana era casi nula.

En tanto, las plantas como las espartinas, con sus hojas verdes, fibrosas y delgadas como flechas de punta amarilla clavadas en el suelo, resultaban de los pocos seres vivos que podían tolerar semejante salinidad, al tiempo que la gran cantidad de nutrientes les

daba vida a numerosos organismos como el plancton y los invertebrados, entre estos, los cangrejos excavadores, que vivían en colonias y realizaban cuevas de hasta un metro de profundidad.

A su vez, el relieve era bajo y se extendía en una planicie en forma de embudo, en el que la amplitud de las mareas (dos pleamares y dos bajamares por día lunar) podía pasar de uno a tres metros.

En tanto, desde el cielo, unas pocas gaviotas cangrejeras (uno de los animales emblemáticos de la zona) revoloteaban en busca de alguna presa.

Todo este ecosistema, no tan vistoso como otros paisajes vecinos, pero sí sumamente rico, había sido declarado reserva natural para evitar que el hombre, por medio del dragado y el relleno, afectase su normal funcionamiento, el cual permitía absorber una gran porción del dióxido de carbono del medio ambiente.

Sin embargo, eran el crecimiento demográfico y la contaminación, derivada de la actividad económica, las principales amenazas contra esta “ría” tan productiva.

Apenas un puñado de pescadores artesanales se animaba a adentrarse en el estuario, por lo que, en ese primer tramo de su recorrido, Fernando se sintió tan solo que nunca antes en toda su vida.

La automovilista estacionó su vehículo a la vuelta del destacamento policial de Jakov y, como todos los días en los que le tocaba trabajar, bajó con su bolso azul colgado del hombro, la cabellera peinada hacia atrás y con un rodete, y su arma en la cintura. Guardó las llaves del coche en uno de los bolsillos de su pantalón, mientras que en una de sus manos sostenía su teléfono celular. “*Entrá por el costado y vení directo al vestuario*”, le había escrito en un mensaje instantáneo su prima mayor, la oficial Contreras.

– ¿Por qué tanto secretismo? ¿Qué carajos pasó? –preguntó la oficial *Ferrara*, por lo bajo, a su prima, quien ya estaba vestida con el uniforme reglamentario de la fuerza, dado que había tomado servicio bien temprano.

–Hace un rato vino la madre del pibe de la ruta para hacer la denuncia por averiguación de paradero –respondió *Contreras*, al tiempo que la otra policía abría su bolso y comenzaba a cambiarse de ropa.

Las dos mujeres se sentaron una al lado de la otra, sobre uno de los bancos del vestuario femenino, donde había varios casilleros para que cada una guardase sus pertenencias y un par de duchas detrás del sector de los baños.

Era un ambiente pequeño y mal iluminado, que solo contaba con una claraboya en el techo y en el aire se percibía permanentemente un alto porcentaje de humedad, el cual se mezclaba con un fuerte olor a jabón y desodorante.

Ambas policías permanecieron calladas por unos segundos, cabizbajas.

– ¿Y ahora qué hacemos? –*Ferrara* se terminó de abotonar la camisa de su uniforme.

–Bueno, esto era sabido que iba a pasar: el pibe no aparece y, obviamente, la madre hace la denuncia. Así que no te sorprendas. Vos sabés cómo se manejan estos casos...

–Sí, lo sé, lo sé.

–Lo que sí tenemos que hacer es juntarnos con los demás para ponernos de acuerdo en la versión que vamos a dar.

–Y sí.

– ¿*Suárez* no te dijo nada? –*Contreras* se puso de pie.

–Somos novios, pero no vivimos juntos –*Ferrara* alzó la mirada hacia su compañera—. Además, hoy tiene franco, así que no viene.

–Entonces, avisale –Contreras dio unos pasos hacia la puerta y se volvió hacia Ferrara–: Cuanto antes, mejor.

–Ok.

– ¡Ah! –Contreras dirigió a su prima menor una mirada fulminante–. Y cambiá esa cara, eh.

– ¿Y la tuya? ¿Te viste al espejo hoy?

–Lo mío no es miedo, nena; es cansancio, por todo lo que tuvimos que trabajar ayer de acá para allá. Así que quedate tranquila –Contreras guiñó un ojo y con media sonrisa salió del vestuario, en tanto que Ferrara permaneció sentada, casi inmóvil y tiritando, aunque no de frío.

El lunes 3 de mayo por la mañana, el comisario *Juan Pablo Rouvier*, titular de la seccional de Jakov, llegó a su despacho de muy mal humor y, luego de hablar con sus superiores de la Jefatura Departamental, con sede en la ciudad, convocó de urgencia a los efectivos de su dependencia que habían tenido contacto con Fernando dos días antes.

Esa reunión se llevó a cabo a puertas cerradas y con la presencia de los oficiales Suárez, Contreras, Domínguez y Ferrara; y el inspector Gamarra. Solo faltó Galvagni, quien estaba de servicio en Bleriot, aunque ese puesto de vigilancia dependía orgánicamente de Rouvier, por lo que el comisario sabía que su mensaje iba a llegar al aquel efectivo sin demasiadas dilaciones ni distorsiones.

Pero antes de bajar línea, el jefe realizó un escueto resumen de la situación: la causa por la “averiguación de paradero” de Fernando se encontraba radicada en la Fiscalía en lo Criminal y Correccional de turno, también con asiento en la ciudad; dado que la interceptación del joven por violar el ASPO no había sido comunicada a la justicia federal,

la cual, en ese caso, se habría quedado con todas las actuaciones por una cuestión de competencia.

De ese modo, la fiscalía había dispuesto que la propia policía local se abocara a la búsqueda del joven, con el apoyo del personal de otras dependencias de la zona, Bomberos Voluntarios y Defensa Civil.

– ¿No van a intervenir las fuerzas federales, jefe? –Gamarra estaba sentado del otro lado del escritorio que ocupaba el comisario, mientras que el resto de sus compañeros estaban de pie y con las manos cruzadas por la espalda, a la altura de la cintura.

–Por el momento, no. Al menos eso es lo que dispuso la fiscalía interviniente, pero no sé qué es lo que puede pasar más adelante –Rouvier sostenía un bolígrafo en su mano derecha y golpeaba la punta del mismo sobre una pila de papeles.

– ¿O sea que se activa el protocolo nuestro para este tipo de casos? –Gamarra echó un vistazo alrededor para ver las reacciones de los otros efectivos, que guardaban silencio.

–Exactamente. Así que ya saben qué es lo que tienen que hacer.

–Entendido, jefe –el inspector se levantó de la silla con intenciones de retirarse.

–Esperen, esperen, esperen... –el comisario soltó el bolígrafo y levantó la mano por encima de su cabeza calva que se veía reluciente ya que se la había afeitado durante su ducha matinal—. Otra cosita: la fiscalía los va a citar a declarar como testigos, por lo que me gustaría escuchar de sus propias bocas qué es lo que cada uno tiene para decir.

Gamarra volvió a sentarse y los músculos de su rostro se tensaron, tanto como los de los otros que seguían parados y firmes detrás de él, envueltos en un cono de sombras.

–Y les conviene no mentirme –el jefe abrió bien grande sus ojos marrones, de un tono apenas más claro que el de su grueso bigote.

Suárez tragó saliva y miró hacia la ventana que daba a la calle y a través del cristal pudo advertir un cielo completamente nublado, por lo que un manto gris cubría no solo

el interior de la oficina, en la que el aire se podía tajar con el cortapapeles que Rouvier tenía sobre su escritorio.

Y como si el comisario hubiese dispuesto que hablaran siguiendo el orden de jerarquía, el primero en tomar la palabra fue el inspector Gamarra:

–Ya le dije, jefe: Suárez y Contreras lo interceptaron para pedirle el permiso para circular en cuarentena y como no lo tenía avisaron a la seccional, donde estábamos Domínguez y yo.

–Continúe... –ordenó el jefe.

Y tras una breve explicación del inspector, los otros tres policías mencionados asintieron con la cabeza.

–¿Y por qué no se le dio intervención a la justicia federal por infracción al ASPO?  
–preguntó el comisario.

–Contreras consultó con Domínguez, él lo hizo conmigo y yo le dije que, si el chico aceptaba regresar a su domicilio por sus propios medios que lo dejaran circular, así no perdíamos tiempo activando todo el protocolo y papelerío.

–Si me permite, comisario –intervino Suárez acercándose unos pasos hasta el borde del escritorio–, los vecinos están permanentemente pidiendo más seguridad, por lo que nosotros no podemos pasarnos todo el tiempo labrando infracciones de este tipo, cuando hay hechos más graves que atender.

–Es cierto –se sumó Contreras–, desde que comenzó esta cuarentena no hicimos más que acumular y acumular infracciones y abarrotar de papeles el juzgado federal.

–Y el tiempo que perdemos en esos temas menores es tiempo que le quitamos a los verdaderos delitos –acotó Domínguez.

Estos ya se pusieron de acuerdo con qué decir antes de venir para acá, ¡Son piolas al menos para eso! No sé para todo lo demás... Mejor ni averiguarlo, concluyó Rouvier,

quien, en el fondo, pensaba exactamente igual que sus subordinados respecto a los recursos que se estaban destinando a los operativos para hacer cumplir un ASPO cada vez menos respetado por la ciudadanía en general.

– ¿Y usted? –el comisario se dirigió a Ferrara.

–Coincido con mis compañeros, jefe –la voz de Ferrara sonó muy baja, al punto que casi no se oyó en la oficina, aunque el comisario sí escuchó la respuesta.

–Me refería a cuál fue su intervención en el hecho, no a lo que piensa, Ferrara.

–Cómo le informé al inspector en su momento: yo sólo llevé al chico a bordo de mi auto unos kilómetros y lo dejé a la altura del cruce ferroviario sobre la ruta.

–Ajá –Rouvier se inclinó hacia adelante y apoyó ambos codos sobre el escritorio. ¿Y no le labró ninguna infracción?

–No, comisario, porque yo me encontraba de franco y vestida de civil. De hecho, ni siquiera me identifiqué como policía.

–Entiendo.

–Disculpe, jefe –retomó Gamarra–. También intervino Galvagni, del puesto de vigilancia de Bleriot, pero él no pudo venir hoy acá.

–Ya lo sé. Y no se preocupe por él, inspector. Yo me encargo.

–Ok –Gamarra volvió a levantar su cola del asiento– ¿Eso es todo? ¿Nos podemos retirar?

–Sí, sí. Vayan –Rouvier extendió el brazo hacia la puerta–. Pero estén atentos y a disposición para cuando los convoque la fiscalía.

“Sí, señor”, respondieron los cuatro policías prácticamente al unísono, tras lo cual abandonaron el despacho y se abocaron a sus tareas, aunque ninguna de ellas estuvo vinculada a la búsqueda de Fernando.

## VI

Lucía estaba sentada junto a su escritorio, delante de su computadora portátil, su principal herramienta para estudiar y, en los últimos dos meses, conectarse con el mundo exterior, aquel que estaba restringido por el ASPO y que parecía un recuerdo cada vez más lejano y añorado. Gracias al ordenador y a una buena conexión a Internet, la joven había iniciado a través de las redes sociales una campaña pública para denunciar que la Policía Provincial no estaba buscando a Fernando porque, de hecho, de alguna manera estaba implicada en su desaparición. Para ello, Lucía diseñaba con distintos *softwares* afiches y otro tipo de imágenes que difundía a todos sus contactos, entre los que se encontraba Catalina, quien le había dado el visto bueno para que llevase adelante dicha campaña, la cual había comenzado hacía varios días y tenía bastante repercusión, dado que la gran mayoría de las personas pasaba casi toda su jornada *online*, sobre todo, desde sus *smartphones*.

La joven dialogaba con una amiga a través de la versión *web* del servicio de mensajería instantánea cuando su madre tocó a la puerta de su habitación y le anunció que unos policías habían ido a la casa para verla y hablar con ella. “Debe ser por el caso de Fer”, le dijo Estela, aunque tanto la chica como su familia y su círculo más cercano ya habían declarado en la fiscalía y contado todo lo que sabían sobre lo ocurrido con el muchacho desaparecido.

Lucía salió al patio delantero de su vivienda, adonde la aguardaban dos hombres vestidos de civil, pero con un arma de fuego en la cartuchera que llevaban ajustada alrededor de su cintura. Mientras que, junto al cordón de la vereda, estaba estacionada una camioneta particular, sin identificación policial y a bordo de la cual esperaba un tercer hombre, probablemente otro efectivo.

Eran miembros de la Brigada de Investigaciones con asiento en la ciudad y que habitualmente vestían de civil porque en su trabajo debían realizar una serie de tareas encubiertas en el marco de alguna pesquisa compleja, de esas en las que no solían intervenir los efectivos del área de Seguridad, a la que pertenecían los policías de las distintas comisarías que dependían de la Jefatura Departamental.

La mayoría de las veces, estos detectives de Investigaciones llevaban colocado un chaleco antibalas con la inscripción “Policía” que los identificaba más fácilmente, aunque esta vez se dieron a conocer solo con una chapa dorada que colgaba de sus respectivos cuellos y ocultaban debajo de la ropa que les cubría el torso.

– ¿Necesitan tomarme otra declaración? –Lucía se dirigió a los dos policías, uno de los cuales llevaba puesta una gorra azul que le tapaba la frente hasta justo por encima de los ojos, mientras que el barbijo se encargaba de cubrir el resto—. Pero no tengo nada nuevo para decirles. Ya lo expliqué todo ante el fiscal.

–No, no –el policía que llevaba la cara descubierta y una cabellera rapada al ras dio unos pasos hacia la joven con ambas manos colocadas en la espalda—. Vinimos a pedirle un favor, nomás.

Este efectivo era un hombre mayor que el de la gorra, probablemente el superior de aquel y del chofer de la camioneta, y utilizó un tono sereno pero firme, demostrando cierta experiencia en este tipo de situaciones. Y con razón, ya que no era la primera vez que él hacía una cosa como la que estaba por hacer. Se trataba de una cuestión delicada, solo para avezados.

–Dígame en qué lo puedo ayudar –Lucía, incómoda y nerviosa por tener un arma de fuego a la vista, retrocedió dos pasos hacia la puerta, que estaba entreabierta.

Por su parte, Estela observaba lo que ocurría a través de la ventana del living comedor, donde estaba quitándole el polvo a los muebles, aprovechando que su esposo e hijo mayor habían salido a hacer unas compras.

Afuera de la casa hacía frío, a pesar de que el sol de media tarde aún se asomaba entre las nubes. Y la sensación térmica debía ser más baja que la temperatura real debido al intenso viento que soplaba, incesante. Sin embargo, no fue esto lo que estremeció el delgado cuerpo de Lucía.

–Queremos que te dejes de rompernos las pelotas, ¿entendiste? –la amenaza del policía rapado sonó tan normal que en un primer momento la joven creyó que era una broma, pero el efectivo no hacía ese tipo de chistes.

–¿Pe-perdón? –Lucía tartamudeó.

–Ya me escuchaste. Así que no te hagas la boluda, ¿sí? –el policía volvió a acercarse hasta la chica, que permanecía inmóvil.

–Yo–yo no les estoy haciendo nada –la voz temblorosa de la joven apenas llegó a los oídos del efectivo.

–Dejá de andar diciendo por todos lados que es culpa de la Policía lo que le pasó a tu noviecito. Si querés que él aparezca, cerrá la boca ¿Ok? –el policía prácticamente no movía los labios al hablar.

Lucía calló por unos instantes dado que no podía salir de su estupor.

–¿Ok? –insistió el detective dibujando media sonrisa socarrona.

La joven, que había salido de su casa sin tapabocas, tragó saliva y solo atinó a asentir con la cabeza.

–Ok. Gracias por tu ayuda. Para servirte –se despidió el policía e inmediatamente regresó junto al efectivo de la gorra a la camioneta y abandonaron el lugar rápidamente.

A la distancia, Estela no había alcanzado a oír la conversación, pero apenas su hija entró a la vivienda y vio el gesto de su rostro pálido se preocupó.

– ¿Qué pasó? ¿Qué te dijeron? –preguntó la mujer una vez que Lucía se sentó en el sillón, con la mirada perdida y los músculos endurecidos por la tensión.

Entonces, la joven, entre lágrimas, le hizo un breve resumen de la charla que acababa de mantener con el detective, tras lo cual, Susana le pidió, por favor, que se comunicara con Catalina y que luego hiciera la denuncia en la fiscalía, no en sede policial.

Así que poco después de recobrar la compostura, Lucía regresó a su habitación y llamó por teléfono a la mamá de Fernando.

–El abogado tiene razón: estos policías son unos hijos de puta... –exclamó Catalina, quien había salido del laboratorio para hablar con mayor privacidad en la vereda, por la que se veía más movimiento de transeúntes y vehículos, dado que, si bien la cuarentena continuaba, el gobierno había habilitado algunas excepciones para reactivar la actividad económica.

De hecho, la madre de Fernando hubiese preferido no tener que haber ido a trabajar por un tiempo para dedicarse de lleno a la búsqueda de su hijo, lo que ocupaba su mente permanentemente y la desesperaba.

– ¿Qué abogado, Cata? –Lucía se había quitado las zapatillas y estaba tirada sobre la cama.

– ¿No te dije? Contratamos un abogado, bah, él se ofreció voluntariamente y *ad honorem*, después de ver nuestra campaña en las redes.

–No, no sabía nada –la joven irguió la espalda y se sentó sobre el acolchado arrugado–. Al fin una buena noticia...

–Lucy, quedate tranquila que yo apenas corte, lo llamo y le comento lo que pasó con ese policía, le paso tu número y así arreglan cómo hacer la denuncia y todo eso, ¿te parece?

–Sí, sí. Está perfecto. Gracias.

–No, Lucy. Gracias a vos y lamento muchísimo que hayas tenido que pasar por una situación así.

–Por favor, Cata. Yo estoy para ayudarte en lo que sea.

–Lo sé, linda. Y tu familia también. Todos ustedes se están portando más que bien conmigo –los ojos de Catalina se humedecieron y un nudo se adueñó de su garganta, como le ocurría desde que había perdido todo tipo de contacto con su hijo.

Veintinueve años antes...

Era sábado a la noche cuando una brigada de la comisaría 35ta. de la Policía Federal recibió la orden de llevar a cabo una “razzia” masiva a la salida de un recital de rock en un estadio deportivo ubicado en la zona norte de la Capital, donde los efectivos detuvieron a decenas de jóvenes, muchos de ellos menores de edad, como *Santiago*, quien tenía 17 años recién cumplidos.

Estos detenidos fueron trasladados luego a la “sala de menores” de la mencionada seccional en la que los policías los agredieron a golpes. Durante el encierro, los chicos estuvieron alojados en condiciones inadecuadas, al tiempo que los efectivos no les abrieron ninguna causa penal ni le dieron intervención del Juzgado Correccional de Menores de turno, tal como lo exigía la Ley.

Progresivamente, los detenidos fueron liberados la madrugada del domingo, en tanto que “Santi” fue llevado por la mañana al Hospital Municipal más cercano porque había comenzado a vomitar.

Los médicos de dicho centro asistencial le diagnosticaron un fuerte traumatismo de cráneo y luego de una serie de estudios y análisis lo dejaron internado.

Recién por la noche, su padre, *Daniel*, fue alertado de lo ocurrido por un vecino de la familia que también había asistido al mismo recital que el adolescente, tras lo cual, el hombre pudo visitar a su hijo en el hospital, donde Santi, en grave estado, alcanzó a decirle que había sido golpeado por los policías que lo detuvieron el día anterior.

Por la mañana siguiente, el adolescente fue derivado a un sanatorio privado, también en la Capital Federal, donde los médicos decidieron hacer una denuncia ante la Policía dado que el paciente presentaba “lesiones”, por lo que así se inició una causa por ese delito.

Sin embargo, el Juzgado Correccional de Menores fue notificado de la apertura de este expediente el miércoles, cuando el estado de Santi ya era gravísimo.

Y el sábado, una semana después de la detención y la golpiza, el adolescente falleció como consecuencia de las heridas sufridas, por lo que la justicia de Menores cambió la carátula de la causa a “lesiones seguidas de muerte” y remitió las actuaciones al fuero Criminal.

Por su parte, el joven abogado *Franco Pietravalle*, con su melena castaña y una barba tupida, se presentó el domingo en el domicilio del padre de Santi tras haber sido anoticiado de la muerte del adolescente por *Darío*, un colega, cuyo tío, a su vez, trabajaba en el Poder Judicial y conocía todos los comentarios que circulaban por los pasillos de los tribunales porteños.

Ambos letrados, compañeros en la Facultad de Derecho de la que habían egresado juntos hacía tres años como los mejores de su clase, fueron directamente a ofrecer sus servicios a la familia de la víctima y en forma gratuita.

“Hace poco creamos una fundación especializada en la lucha contra la violencia institucional y por eso queremos representarlos”, fue el argumento que Franco le presentó a Daniel, quien en un primer momento desconfió de aquellos dos abogados porque los consideraba demasiado jóvenes para hacerse cargo de un caso de semejante envergadura.

De todos modos, en la fundación había otros letrados con más experiencia, y eso terminó por convencer a Daniel, quien no tenía el dinero suficiente para pagar otro tipo de representación legal, una con mayor trayectoria en el rubro.

Esa misma tarde, y tras recibir el consentimiento del padre de Santi, Franco y Darío se dirigieron a un parque situado en el sur de la ciudad donde se llevaba a cabo un festival de rock y del que participaban miles de jóvenes que, en su mayoría, habían presenciado el recital del sábado de la semana anterior cuando, incluso, varios de ellos también terminaron detenidos por la *razzia*.

Y entre el show de una banda y el siguiente, Franco convenció a los organizadores para que lo dejaran subir al escenario y por micrófono dirigirse al público y así pedir que aquellos que hubieran sido testigos de lo ocurrido con Santiago se acercasen a declarar como testigos.

“¡Policía Federal, la vergüenza nacional!”, fue el grito a coro de un público movilizadísimo porque muchos ya sabían lo que había ocurrido, principalmente porque lo habían vivido en carne propia en esa y en otras ocasiones en las que los abusos de los efectivos no tenían las mismas consecuencias fatales y así pasaban desapercibidos para las autoridades y, sobre todo, para la justicia.

Así fue que, en los días posteriores, la Fundación Contra la Violencia Institucional (Fu. Co. Vi.) se presentó como querellante en el expediente por la muerte de Santiago y aportó unas doscientas declaraciones que permitieron que un mes después del hecho la

justicia dictara el procesamiento del jefe de la comisaría 35ta. por “privación ilegal de la libertad, abuso de autoridad e incumplimiento de los deberes de funcionario público”.

En tanto, el comisario estuvo detenido, luego fue excarcelado y sobreseído; pero a partir de la intervención de la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) se logró reabrir la investigación que concluyó más de dos décadas después del crimen con una condena de cumplimiento condicional para el jefe de la seccional, quien fue hallado culpable solo del delito de “privación ilegal de la libertad”.

Todo este largo, costoso y extenuante proceso judicial fue protagonizado por Franco, Darío y los otros abogados de la fundación, que intervino en otros casos resonantes, con amplia repercusión mediática, y también abrió oficinas en las principales ciudades del país, una de ellas en Salinas.

Pero, más allá del voluminoso trabajo realizado durante tanto tiempo, gran parte de la población civil desconocía la existencia de Fu. Co. Vi.

Franco, con el cabello más corto y canoso, y sin barba, contaba con un permiso especial para circular en cuarentena, por lo que no tuvo mayores inconvenientes para viajar hasta la sede de la fundación en Salinas, una oficina que habitualmente tenía bastante trabajo porque era una zona con una intensa actividad, no solo de las fuerzas de seguridad interior, provinciales y nacionales; sino también de las fuerzas armadas, en especial de la Marina, que tenía allí una de sus principales bases navales del país.

El abogado se trasladó en su propio auto (no funcionaban los vuelos comerciales) y junto a su hijo menor, *Luciano*, quien había elegido la misma profesión que su padre y, al igual que él, se había graduado muy joven y con honores. En cambio, *Laura*, la hija mayor de Franco había elegido la carrera de diseñadora, aunque hacía varios meses que no trabajaba en ese rubro dado que había sido madre y cuidaba de su bebé recién nacido.

Ni siquiera alejarse de su nieto frenó al letrado para que interviniera personalmente en el caso de la desaparición de Fernando, aunque debido al ASPO tampoco podía ver demasiado al bebé porque Laura convivía con el padre de la criatura en una burbuja distinta a la de él, Luciano y *Sonia*, su esposa; quien no estaba para nada convencida de que su marido y su hijo tomaran tantos riesgos en plena pandemia. Además de que no quería quedarse sola y encerrada en su propia casa.

Pero cuando Franco tomaba una decisión, difícilmente su esposa lograba hacerlo cambiar de idea. Es más, una de las pocas batallas que ella había ganado durante el matrimonio fue disuadirlo de que no llamaran a su hijo varón como a él porque, según las propias palabras de la mujer, no quería “otro clon” dentro de la familia; aunque, debido a la insistencia del letrado, el segundo nombre de Luciano fue Franco, el cual también había sido el de su difunto abuelo.

“Yo me ocupo de todo”, fue la respuesta que Franco le dio a Catalina cuando esta lo llamó y le contó lo que había ocurrido con Lucía, tras lo cual, se reunió con su hijo en el departamento prestado que le había conseguido uno de los encargados de la sede local de la fundación, dado que los hoteles permanecían cerrados, y juntos terminaron de redactar un escrito que tenía previsto presentar cuanto antes en el Juzgado Federal de turno como parte de una serie de medidas que pretendía se llevaran adelante.

Este escrito planteaba dos cuestiones principales: primero, que el caso de Fernando se investigase como una “desaparición forzada de persona” y no como una simple “averiguación de paradero”; y segundo, que se apartase a la Policía Provincial de las diligencias en función de que varios miembros de esa fuerza eran sospechosos.

“La desaparición forzada de persona es un delito de lesa humanidad y, por ende, de una extrema gravedad institucional que obliga a la Justicia a actuar de manera rápida

y eficaz. Fernando tiene que aparecer con vida y esto es un reclamo no sólo de la familia y de los organismos de derechos humanos, sino que también tiene que atravesar a toda la sociedad”, argumentaron los abogados en su presentación, la cual recayó en manos de la jueza *Marrone* y el fiscal *Menéndez*, las únicas dos autoridades disponibles en el fuero federal con jurisdicción en el lugar de los hechos; más allá de que sus oficinas estaban ubicadas en los tribunales de la ciudad, que funcionaban en un alto y viejo edificio en pleno centro urbano, a metros de la Secretaría de Seguridad, de la cual dependía la policía local.

Y un par de pisos más abajo que el Juzgado Federal se encontraba la Unidad Funcional de Instrucción (UFI) que había iniciado el expediente por “averiguación de paradero” y hasta el que los Pietravallo acompañaron a Lucía a realizar la denuncia por “amenazas” contra el detective de la Brigada de Investigaciones.

“No hay tiempo que perder”, le indicó Franco a su hijo y le entregó una copia de la denuncia realizada por Lucía para que la anexaran al recurso ante el juzgado federal ya que, según los letrados, lo ocurrido con la joven reforzaba la hipótesis de que los policías provinciales estaban involucrados y debían ser apartados e investigados.

Luciano subió las escaleras corriendo, mientras que Franco permaneció con Lucía en el hall de mesa de entradas de los tribunales, que se encontraba vacío porque casi todos los trámites se llevaban a cabo en forma virtual y, de hecho, sólo había guardias presenciales con la cantidad de personal mínima.

“Ahora tenemos que recurrir a la prensa para lograr la mayor difusión posible de todo lo que está pasando y así ejercer más presión sobre la justicia”, le dijo Franco a la novia de Fernando, quien aceptó la propuesta, a pesar de que no podía pasar ni siquiera un día sin sentir pánico.

La misma postura de dar una batalla mediática también fue adoptada por Catalina, quien a veces tenía que contenerse, o pedirle a alguien que lo hiciese por ella, para no salir a gritar a los cuatro vientos lo que estaba pasando con su hijo, más allá de las consecuencias negativas que ello podría traerle aparejado.

## VII

El departamento prestado a los Pietravallo contaba con una sala de estar cómoda y luminosa, con vista al este, aunque los demás edificios del centro urbano ocultaban el mar detrás de una cortina de cemento, hierro y vidrio. Franco y su hijo habían convertido ese ambiente en su nueva oficina, dado que la fundación continuaba cerrada por la cuarentena, por lo que había carpetas y papeles por doquier. También había una computadora portátil sobre la mesa devenida en escritorio de trabajo y que, en esta ocasión, enfocaba hacia la pared oeste, la cual estaba pintada de blanco y tenía pocos adornos amurados, lo que resultaba un fondo ideal para el encuadre de la cámara que los iba a captar sentados, uno al lado del otro, para encabezar una conferencia de prensa virtual a través de una plataforma *online* y que, a su vez, era transmitida en vivo y en directo por los canales oficiales de Fu. Co. Vi. en las redes sociales.

En ese preciso momento, pero en la periferia de la ciudad, Lucía se hallaba en su dormitorio y conectada a la misma sesión desde su propia *laptop*; en tanto que unos 120 kilómetros al sudoeste, Catalina hacía lo propio desde el living de su hogar, aunque por medio de una aplicación recientemente instalada en su teléfono celular ya que no contaba con una computadora. Y para esta ocasión, en especial, ambas mujeres coincidieron también en vestir una remera blanca con una fotografía de Fernando impresa en el pecho.

Mientras que varios periodistas de los principales medios gráficos y web de la zona, que habían recibido un comunicado de la fundación con la invitación a la conferencia de prensa virtual y una breve reseña de los hechos que derivaron en la desaparición de Fernando, también estaban “presentes” desde sus respectivos dispositivos electrónicos con conexión a Internet.

Por su parte, los periodistas, que conocían los hechos presentados por los abogados, estaban sumamente interesados en saber cuáles eran las últimas novedades de la causa dado que sus habituales fuentes policiales, judiciales y gubernamentales no brindaban mayor información.

Y a sabiendas de los intereses de ellos, Franco arrancó la conferencia agradeciéndoles su acompañamiento, presentando a Catalina y Lucía, y luego pasando directamente a brindar un informe con los acontecimientos más recientes a nivel judicial, al tiempo que su hijo escuchaba con atención y tomaba apuntes fuera del alcance de la cámara.

Según el letrado, la jueza federal Marrone había aceptado su pedido y se hizo cargo del expediente, que pasó a estar caratulado como “desaparición forzada de persona”.

La primera medida de la magistrada fue la de apartar a la Policía Provincial de la investigación y ordenar que las fuerzas federales se hicieran cargo de la búsqueda de Fernando, bajo las directivas del fiscal Menéndez.

“Por estas horas ya comenzaron los operativos de rastillaje a cargo policías nacionales y bomberos; con perros adiestrados, móviles terrestres y aéreos; y hasta un dron; en la zona aledaña a la bahía, Cuatrerros, el estuario, las vías, Bleriot, Jakov y El Fortín”, indicó Franco.

– ¿Qué pasa con los policías provinciales que supuestamente tuvieron contacto con Fernando? –preguntó uno de los periodistas que, al igual que sus colegas, trabajaba vía remoto desde el inicio de la pandemia, aunque el de los trabajadores de prensa era un rubro que estaba autorizado a circular en la vía pública, siempre y cuando tramitasen el debido permiso para hacerlo, lo que sucedía con los cronistas de los móviles televisivos y radiales.

–Bueno, otra de las medidas dispuesta por su señoría fue ampliar la declaración testimonial de esos policías, quienes repitieron, más o menos, la misma versión que habían dado en la fiscalía criminal, aunque creo que incurrieron en algunas contradicciones –respondió Franco.

– ¿Qué tipo de contradicciones?

–No puedo dar demasiados detalles sobre eso, pero yo diría que están referidas a determinados lugares y horarios.

– ¿O sea que ellos siguen sosteniendo que la última vez que lo vieron lo dejaron irse caminando hacia la bahía? –intervino otro de los periodistas.

–Sí, sí. Esa es su versión, aunque la misma no se condice con los hechos y así lo vamos a probar.

– ¿Y qué pruebas hay hasta el momento, doctor?

Entonces, Franco les explicó que, en el marco del expediente, se habían secuestrados los teléfonos celulares de los policías involucrados y así se pudo recuperar la fotografía que le tomaron a Fernando la mañana del día en que desapareció, cuando lo interceptó el patrullero de Jakov; lo que les permitió a los investigadores identificar la ropa que llevaba puesta el joven, su aspecto, el móvil que intervino, el lugar y el horario en que lo hizo. Y a esto se le sumaban los datos de los GPS de los patrulleros que revelaban el recorrido que había realizado cada uno de ellos.

Sin embargo, una gran cantidad de los mensajes instantáneos, escritos y en formato de audio, enviados desde dichas líneas habían sido borrados (según los efectivos porque habían pasado muchos días y solían eliminar los más antiguos), por lo que la jueza había requerido un informe sobre los mismos a las compañías telefónicas, aunque esto podía demorar un tiempo considerable debido a que la base con estos datos se encontraban en la casa matriz, en el exterior del país y, además de la distancia, había que sortear la

burocracia de los procedimientos y protocolos que regían este tipo de comunicaciones, lo que se acentuaba en un escenario en el que el planeta entero se hallaba prácticamente paralizado por pandemia.

Estos mensajes resultaban claves porque en los mismos constaba gran parte de los diálogos entre los efectivos, sobre todo, los que podían corroborar o no los dichos de ellos ante la justicia como, por ejemplo, el pedido de instrucciones cuando se lo interceptó a Fernando y las indicaciones del jefe de turno.

“Además de borrar las pruebas, uno de los policías no entregó el celular que usó el día del hecho, sino que puso a disposición otro ya que, según explicó, el utilizado cuando desapareció Fernando lo perdió a días después y como tenía dos decidió no reponerlo”, señaló el abogado y añadió: “Lo positivo es que la jueza ordenó allanar las oficinas de las dependencias policiales, algo que no se había hecho antes, aunque todavía no ha fijado una fecha para que se lleven a cabo dichas diligencias.”

Franco sabía que esas diligencias no podían demorarse mucho tiempo más, pero tampoco quería generar demasiada expectativa en la prensa, así que luego le cedió la palabra a Catalina, quien apuntó directamente contra la policía local.

“Mi hijo sufría un hostigamiento policial previo por el simple hecho de ser el hijo de un preso. Cada vez que lo veían en la calle, los policías lo paraban, le exigían documentos, le revisaban la mochila y hasta en una ocasión le rompieron la bicicleta que, casualmente, después de que Fer la arreglara con su propia plata, desapareció misteriosamente de nuestra casa. Por eso, creo que se la tenían jurada”, señaló la mujer.

– ¿Qué cree que sucedió con su hijo, entonces? –preguntó uno de los periodistas apenas la mujer hizo una pausa.

–Creo que mi hijo, cansado de este hostigamiento, se rebeló contra la autoridad y los policías le hicieron algún daño. Eso es lo que creo.

– ¿Y espera encontrarlo con vida?

– Sé que es difícil, pero si no pensara que todavía puede aparecer vivo, no estaría acá.

– Nuestra hipótesis –intervino Franco –es que Fernando aún está con vida y, en ese sentido, trabajamos junto a la justicia federal. Puede ser que se encuentre retenido en contra de su voluntad en algún sitio, por eso le decimos a los responsables de ello que desistan de su actitud. Todavía están a tiempo.

– ¡Que me devuelvan a mi hijo con vida! –exclamó Catalina golpeando su mano libre sobre el apoyabrazos del sillón–. Ya me quitaron a mi esposo injustamente y ahora quieren hacer lo mismo con Fernando.

Los periodistas guardaron silencio mientras anotaban y trataban de hacer memoria, desconcertados por las referencias al padre de Fernando. Y Franco advirtió aquella situación de inmediato, por lo que volvió a interceder para explayarse al respecto y, al mismo tiempo, darle un momento a Catalina para recobrar la calma, ya que su temperamento había atraído la atención de una gran cantidad de visitantes que observaban la conferencia a través de las redes sociales, aunque sin ingresar a la sesión.

Según relató el abogado, Julio había sido un empleado municipal en El Fortín hasta que, a raíz de una serie de recortes de gastos efectuados tras la crisis económica, política y social que detonó en diciembre de 2001, lo echaron de su trabajo; aunque, a diferencia de otros despedidos, recibió una indemnización, más o menos, justa. Y con ese dinero, el hombre se compró un auto usado con el que comenzó a despeñarse como remisero, dado que no lo tomaban en ningún otro puesto en relación de dependencia y mejor remunerado, en parte porque había poca oferta laboral y también porque él no era una persona calificada. Una historia que se repitió en aquellos primeros años del Siglo XXI en todo el país.

A su vez, otros hombres que se quedaron sin ningún tipo de ingreso se volcaron a la delincuencia, y fue así que un grupo de ladrones lo utilizó a Julio para cometer un asalto a mano armada, pero sin que él supiera a dónde los llevaba en su vehículo de alquiler y para qué fines.

Tras cometer el robo, los ladrones huyeron a pie y la Policía detuvo solamente al remisero, quien se había quedado estacionado en las inmediaciones del comercio asaltado sin advertir lo que había ocurrido.

Luego de ser detenido, la fiscalía le ofreció a Julio un trato generoso, que implicaba una pena de ejecución en suspenso, si delataba a los delincuentes; pero él no los conocía, por lo que terminó en la cárcel.

Mientras tanto, los policías de la jurisdicción sabían perfectamente que Julio era un “perejil”, pero no hicieron nada para demostrarlo; por el contrario, quisieron que el caso quedara esclarecido de esa forma.

Sin embargo, tiempo después, los mismos delincuentes cometieron otro robo y esta vez sí fueron capturados y, además, les imputaron el asalto anterior. Por ello, creyeron que Julio los había “entregado” y cuando se lo cruzaron en prisión lo “suicidaron”, justo antes de que todos fueran sometidos a juicio oral.

La versión oficial sostuvo que Julio se ahorcó en su celda, pero su familia siempre creyó que lo habían asesinado por venganza. En aquel entonces, Catalina no salió a cortar ninguna ruta ni a marchar a ninguna comisaría o a los tribunales porque sus hijos eran chicos y primero debía ocuparse del bienestar de ellos. Y así la historia de Julio nunca se conoció públicamente.

“Así es cómo trabaja la policía provincial en esa zona desde hace muchos años”, afirmó Franco al concluir con la reseña del caso del padre de Fernando. “Tuvieron que desaparecer al hijo para que saliera a la luz lo que habían hecho con el padre”, añadió,

mientras en la transmisión web se podía ver a Catalina llorando y abrazada al portarretrato con la foto de su familia.

–Disculpe, doctor Pietravallo –un periodista, que pertenecía al principal diario de la ciudad y que recibía una abultada pauta publicitaria oficial, reanudó la charla antes de que la mujer se recompusiera–, pero, ¿qué pistas concretas tienen para sustentar sus sospechas hacia la Policía?

–Tenemos varias pistas –respondió el letrado, tajante–. Y una de ellas diría que es bastante firme, pero no puedo brindarles mayores detalles. Así que prefiero mantenerla en secreto. Al menos, por el momento... De todos modos –continuó acomodándose en su asiento luego de que su hijo le pasó un documento–, está presente Lucía, la novia de Fernando, porque presentó una denuncia por amenazas contra unos policías que fueron a buscarla a su casa para que desistiera de acusar a la fuerza.

–¿Tienen una copia de esa denuncia? –insistió el periodista gráfico.

–Por su puesto. Al término de la conferencia se las haremos llegar –Franco alzó el documento impreso que le acababa de pasar Luciano y lo acercó a la cámara–. Está radicada en la fiscalía criminal de turno, aunque lamentablemente recayó en la misma que no hizo nada con la averiguación de paradero de Fernando...

–Como verán –señaló Catalina con los ojos enrojecidos y un pañuelo descartable apretado en su puño izquierdo–, nos sobran motivos para sospechar de la Policía. Yo soy una mujer grande y no le tengo miedo, pero Lucy es una jovencita que no se merece esto. Así que, si le llega a pasarle algo malo a ella, vamos a responsabilizar directamente a los efectivos que fueron a su casa.

–¿Querés decir algo Lucía? –preguntó Franco.

–Sólo quiero pedir por la aparición con vida de Fernando y protección para mí, para toda mi familia y la de Catalina. Nada más –indicó la joven con la voz temblorosa y

seguidamente calló, lo que fue utilizado por los abogados por dar por terminada la conferencia de prensa.

De esa manera se cortó la transmisión vía web y todos los que participaron de la misma fueron abandonando la sesión de la plataforma digital, la cual era utilizada mundialmente para trabajar y también relacionarse socialmente en medio de una cuarentena que se flexibilizaba lentamente y en la que ciertos hábitos ya habían cambiado radicalmente. De hecho, la actividad presencial en los tribunales seguía siendo de “guardia” únicamente y hasta los debates orales, que se habían pospuesto por varios meses, se realizaban por esa vía.

–Catalina, tengo que ir a Bleriot para ver personalmente a este testigo que podría ser clave –Franco estaba sentado en el sillón de la sala de estar del departamento hablando por celular–. Una vez que hable con él, cara a cara, te cuento todo bien, ¿sí?

– ¿Y por qué tenés que ir en persona? –la madre de Fernando se había retirado a su dormitorio y conversaba desde su cama, con la intención de dormir un rato la siesta ya que ese día lo tenía libre en su trabajo.

–Porque estoy llamándolo permanentemente a la casa y no me atiende.

– ¿Y qué sabés de este testigo?

–Mirá: lo pudimos identificar y localizar gracias a que el número de la patente de su vehículo figuraba en el anotador de uno de los policías investigados. Y, aparentemente, es un tipo grande que trabaja como mecánico en su propio taller, que, a su vez, funciona en el mismo predio que su domicilio.

– ¿Éste tipo es la pista secreta que mencionaste en la conferencia?

–Sí, sí. Y por eso no podemos decir nada, todavía.

–Quedate tranquilo que yo no se le cuento a nadie.

–Bueno, gracias. Y traté de descansar un poco.

– ¿Quieres que te acompañe a Bleriot?

–No hace falta. Voy con mi hijo.

–Ok.

–Pero sí quiero que vengas conmigo cuando allanen el puesto de vigilancia de ahí.

Yo te aviso cuándo.

–Dale, no hay problema. Contá conmigo.

Luego de cortar la comunicación, Franco se dirigió a su hijo, quien acababa de terminar de acomodar unos papeles en sus respectivas carpetas, las cuales se iban acumulando sobre la mesa y también en los portafolios de ambos abogados.

“Vamos para Bleriot”, le indicó a Luciano, quien miró la hora en su reloj pulsera y advirtió que era temprano, por lo que disponían de tiempo suficiente para ir y venir antes de que cayera la tarde y los vecinos se refugiaran en el interior de sus hogares hasta el día siguiente.

A estas alturas de la investigación cada hora contaba igual, pero valía distinto; y los Pietravallo lo sabían.

Así que, sin más retrasos, Franco y su hijo abordaron su automóvil y tomaron la ruta nacional hacia el sur, pasando por el control policial junto a la costa de la bahía, el mismo que Fernando había querido evitar a cómo de lugar.

“Por mí, pueden sacarse esos barbijos. Así les puedo ver bien las caras y los escucho mejor cuando me hablan”, les indicó José a los Pietravallo, quienes permanecían de pie, juntos a la par, en el interior del mugroso y gélido taller mecánico, aunque al menos allí se encontraban al reparo del viento marino que hacía sentir el invierno hasta los huesos.

La charla con el dueño del taller había comenzado hacía unos minutos, pero hasta ese momento no había arrojado los resultados que los letrados esperaban, por lo que, sobre todo Franco, se sentía bastante frustrado y decepcionado. Sin embargo, no pensaba desistir; así que tanto él como su hijo se quitaron sus respectivos tapabocas para complacer al mecánico.

–Reitero: cualquier cosa que recuerde haber visto en ése lugar nos puede servir. La clave está en los detalles, señor –Franco se acercó hasta Pepe, quien estaba parado junto al mostrador del fondo, sobre el que había una serie de herramientas y autopartes que estaba limpiando con un trapo engrasado cuando arribaron los abogados.

–Ya se los dije: yo suelo pasar por ahí cuando voy y vengo de comprar repuestos, pero últimamente no lo estoy haciendo porque casi no hay trabajo y está todo cerrado. Además de que no se puede circular prácticamente por ningún lado.

–Pero conoce ese lugar que le digo, ¿no? El cruce ferroviario sobre la ruta.

–Sí, sí. Pero, no recuerdo cuándo fue la última vez que pasé por ahí. Si fue hace poco o mucho tiempo –José comenzó a agitarse y se sentó en una silla que tenía cerca de él–. La verdad es que quiero ayudarlos, pero estoy teniendo problemas de memoria. Será la vejez o este aislamiento de mierda. A veces, ni siquiera sé qué día es.

Franco miró hacia la entrada del taller, que era básicamente una gran arcada sin puerta ni portón, sólo un alambrado que se enrollaba cada vez que alguien quería pasar con o sin vehículo ya que era el único ingreso al galpón, y vio una gran cantidad de botellas de vino colocadas en el suelo, en hilera. ¡Qué vejez, ni aislamiento!, pensó el abogado.

Por su parte, José advirtió que los letrados prestaban especial atención a las botellas:

–Ya sé lo que están pensando. Pero no es eso, eh. Pasa que acá, la recolección de residuos es semanal, no diaria. Y, además, no hay ningún sitio abierto para llevar las botellas a reciclar.

–Sin ofender, señor. Pero, tal vez, le vendría bien un poco de ayuda –sugirió un Franco delicado y conciliador.

–Puede ser –el mecánico agachó la cabeza y miró el suelo, mientras se rascaba la nuca–. En realidad, lo que más me molesta no son esas lagunas en la memoria. Sino unos flashes raros que me vienen a la mente de la nada...

–¿Flashes? ¿Qué tipo de flashes?

–Son como imágenes de un sueño –José alzó la vista y se dirigió a Franco, quien se había acercado aún más a la silla–, pero no sé si estoy durmiendo o despierto. Es muy confuso, ¿sabe?

–¿Y qué ve en esas imágenes? –intervino Luciano.

–No sé, es algo difuso, como varias personas vestidas con una especie de uniforme, como de un color azul, que me rodean y me gritan, pero no logro entender qué me dicen ni qué quieren, y sólo dura unos segundos hasta que se apaga la luz y todo se pone negro.

Entonces no se trata de un simple borracho que divaga, a éste le pasó algo. ¿Lo habrá apretado la propia policía? Aunque tampoco conoce el caso de Fernando, razonó inmediatamente Franco, quien miró a su hijo y percibió que los ojos de aquel le indicaban que había que insistir en esa dirección.

–Disculpe, Don José. Pero creo que usted necesita asistencia profesional de manera urgente y nosotros podemos facilitarle que lo vea un médico especialista –Franco se colocó junto al mecánico y apoyó su mano en el hombro de aquel–. Conocemos a varios y muy buenos...

–No sé qué me pasa –Pepe se irguió sobre su asiento y miró hacia el frente, aunque sus ojos parecían enfocarse en la nada misma–. Es la primera vez que estoy tan solo.

– ¿Y su familia?

–Mi esposa está con mi hijo, en la ciudad. Se fue de visita y quedó varada allá por la cuarentena. Pero no sé cuándo va a poder volver, si es que algún día decide volver, ¿vivo? Porque últimamente no quiere hablar conmigo. Se ve que se cansó de la vida de pueblo. Aquí, nunca pasa nada, todo es aburrido y un día es igual a otro.

–Entiendo y no se preocupe –Franco tomó otra silla que había junto a la mesa y se sentó al lado del mecánico, que lucía cada vez más afligido y encorvado, como si una fuerza hostil lo estuviese doblegando–. Mire, nosotros tenemos que volver justamente a la ciudad. Si quiere podemos ir a ver a su esposa e hijo y después volvemos y le contamos cómo están allá. Seguro que se encuentran bien. Quédese tranquilo.

Los tres hombres guardaron silencio por unos instantes, mientras las sombras anunciaban la llegada del atardecer. Al cabo de un par de minutos, José recobró la compostura y les dio a los abogados la dirección del domicilio de su hijo, ubicado en Salinas, cerca del centro y no muy lejos del departamento prestado a los Pietravallo.

Así que, durante el viaje de regreso en auto a la ciudad, Franco y su hijo coincidieron en que, cuando tuvieran un rato libre, debían pasar a ver a la familia del mecánico para tratar de aclarar aquella confusa situación.

## VIII

El puesto de vigilancia y control de Bleriot era, sencillamente, un *container* de acero corrugado pintado con el escudo y los colores verde, azul y blanco de la Policía Provincial; y que contaba con una diminuta oficina destinada a tareas administrativas y sin calabozo; además de un *toilette*. A su vez, esta estructura rectangular tenía una puerta de entrada metálica y angosta, dos ventanas de una hoja de vidrio biselado y enrejado en cada lado y un pequeño ventiluz en la parte trasera. A simple vista, parecía apenas más grande que una garita de seguridad de un banco o un barrio cerrado.

Este contenedor, equipado con un aire acondicionado frío/calor, estaba ubicado a la vera del camino de ingreso al pueblo, sobre una platea de hormigón con una canaleta para desagotar el agua residual de dicho equipo, y junto a un poste de alumbrado público; mientras que a su alrededor no había más que una amplia zona descampada, con pastizales bajos y en la que continuamente sobrevolaba una polvareda.

Sin embargo, los policías habían plantado una serie de arbustos en forma de “U” detrás del contenedor que delimitaban una especie de “patio”, donde solían sentarse al sol, dado que daba hacia el este.

Además de hacer rondas de mates y facturas, los efectivos (en total, eran cuatro que se repartían en turno de uno a la vez, aunque los que estaban fuera de su horario de trabajo cuando podían le hacían compañía a quien se encontraba en servicio) preparaban, en ocasiones, un asado “a la chapa”, cavando un pozo en la tierra para encender el fuego, por lo que en los fondos siempre había un montículo de cenizas, carbón y maderas, y restos de papel de diario y cartones.

Y cuando no comían asado, los policías utilizaban ese sitio para quemar basura, aprovechando que el humo no molestaba a los vecinos. De hecho, ningún residente de los

alrededores se situaba lo suficientemente cerca para tener una vista directa de lo que ocurría en aquel puesto de vigilancia.

A casi nadie le importaba lo que sucedía allí. Es más, el personal de la comisaría de Jakov lo consideraba un destino castigo a nivel profesional, en función de que el trabajo allí era muy poco. Una especie de *freezer* o “exilio” para los efectivos con poca experiencia o que no cumplían con los objetivos que les fijaban sus superiores. Sin embargo, los que recalaban en el puesto encontraban la manera de mantenerse ocupados.

El que parecía entretenido era el ovejero alemán que tiraba de la correa que sostenía el adiestrador de perros, contratado por la Dirección Nacional de Cinotecnia del Ministerio de Seguridad de la Nación, a cargo de las fuerzas federales, para participar de los operativos de rastrijajes en busca de Fernando.

“Mateo”, como se llamaba este can, olfateaba cada mata de pasto seco y montículo de tierra que se cruzaba a su paso acelerado por la parte trasera del puesto policial y ante la atenta mirada de los efectivos que participaban de la diligencia y que confiaban en dicho animal dado que éste había intervenido exitosamente en otras búsquedas de personas en las que terminó hallando restos óseos y objetos personales que resultaron claves en esas investigaciones.

Uno de esos casos fue el de *Sebastián*, un joven militante por los derechos de los pueblos originarios que en el invierno de 2017 había sido visto con vida por última vez cuando, en medio de un procedimiento de la Gendarmería Nacional (GN) para desalojar un piquete en una ruta junto a unos terrenos supuestamente ocupados de manera ilegal, intentó cruzar un río helado en plena estepa patagónica.

Seba fue buscado durante ochenta días, y en medio de los operativos, Mateo halló cerca de la orilla un collar artesanal del desaparecido, a quien finalmente encontraron

muerto por ahogamiento, unos quinientos metros río arriba de donde había caído al agua, cuando la corriente fluía hacia abajo y con una fuerza tremenda.

En ese expediente, la familia del joven, al igual que la de Fernando, pidió que una serie de gendarmes fuesen imputados de “desaparición forzada de persona”; pero eso nunca ocurrió y la causa quedó en un cajón de los despachos del juzgado federal interviniente, más allá de que hubo testigos que declararon haber escuchado a dos de los efectivos sospechosos decir que habían detenido a una persona con la que se les había ido “la mano”.

Por su parte, Franco tenía muy presente los acontecimientos de esa causa penal, aunque su fundación no intervino en la misma; pero no quería comentarle las similitudes con el caso de Fernando a la madre de éste, quien lo acompañaba aquel mediodía en el allanamiento en Bleriot, para no desalentarla.

De la diligencia también participaba el fiscal federal Martínez y peritos de la Policía de Seguridad Aeroportuaria (PSA) que utilizaban un georradar de penetración, una herramienta tecnológica sumamente útil para este tipo de procedimientos.

Sin embargo, fue la sangre caliente y el olfato preciso lo que llevó al ovejero alemán a señalar los restos de una pila de residuos carbonizados junto al sector del “asador” de los policías.

Ante esta situación, los peritos en levantamiento de rastros revisaron cuidadosamente el material sospechoso y en él encontraron un trozo de madera con forma de sandía y compuesta de dos mitades, y al separarlas observaron una especie de abeja en el interior ahuecado.

“¡Ay, Dios mío!”, fue la reacción inmediata de Catalina al ver aquella maderita y se llevó la mano derecha al pecho, en el que su corazón latía aceleradamente.

–Señora –el fiscal Martínez se acercó a la mujer, que estaba tomada de la mano izquierda por su abogado–, ¿reconoce este objeto?

–Sí. Es un regalo que mi madre le hizo a Fernando. Mi hija tiene uno igual. Ellos siempre lo llevan encima porque tiene un gran valor afectivo. Sobre todo, desde que mi mamá falleció. Y Fer solía guardarlo en su mochila, como un amuleto.

Todos los presentes callaron y quietos hasta que el fiscal dispuso despejar el área para que los peritos realizaran una serie de excavaciones en el terreno en busca de otros rastros, lo que iba a demandar varias horas más.

–Cata, no sé si es aconsejable que te quedes –Franco habló por lo bajo, cerca del oído de la madre de Fernando, quien se limpiaba la nariz con un pañuelo descartable–. Yo me quedo. Vos andá y si surge algo te llamo, ¿sí?

–Yo de acá no me muevo –respondió la mujer, tajante–. Aunque el cuerpo de mi hijo aparezca enterrado.

–Ok. Nos quedamos –asintió Franco, quien miraba a la distancia cómo trabajaban los peritos, cubiertos por sus trajes de bioseguridad blancos, cofias, tapabocas, lentes, guantes de látex y cubre zapatos; y custodiados por policías federales armados y que vestían uniformes oscuros.

En ese momento sonó el teléfono celular del fiscal, quien, luego de un breve diálogo que Franco no pudo oír porque se encontraba lejos de aquel, se acercó rápidamente hasta el jefe de la brigada de policía y le impartió una serie de indicaciones que hicieron que el efectivo dividiera su grupo en dos.

Entonces, el abogado se acercó hasta el fiscal:

– ¿Qué pasó, doctor Martínez?

–Hubo un llamado al 911 que alertó sobre el hallazgo de una mochila sospechosa y estoy mandando al personal policial a asegurar el área. Los bomberos ya están en camino.

– ¡¿Dónde?!

–Al parecer, es en la desembocadura de un caño de desagüe en el estuario, un tramo antes de llegar desde el sur al control de ingreso a la bahía. Ahora, antes de irme, le paso las coordenadas bien.

–Ok. Gracias –Franco extrajo su celular del bolsillo de su campera y revisó que estuviese encendido y conectado al 4G– ¿Usted va para allá?

–No, no –el fiscal tocaba la pantalla de su móvil–. Tengo que volver a mi despacho.

– ¿Y acá? –Franco abrió grande los ojos.

–No se preocupe. Acá se queda mi secretaria, que es de plena confianza.

Entonces, el abogado vio cómo el fiscal dirigió primero unas palabras a la funcionaria judicial que quedaba a cargo del operativo y finalmente se marchó del lugar, como si nada.

Rápidamente, Franco regresó hasta donde se hallaba la madre de Fernando, quien fumaba sin parar y sin entender por qué la mitad de los policías se retiraba, al igual que el doctor Martínez.

–Cata, van a hacer un nuevo procedimiento, pero yo me tengo que quedar acá. Así que lo voy a pedir a mi hijo que vaya para allá.

– ¿Y por qué no vino tu hijo hoy?

–Porque está encargándose de otra diligencia muy importante, pero quédate tranquila que ahora lo mando para el lugar del nuevo operativo.

– ¿Se sabe de qué se trata?

–Aparentemente apareció una mochila en el estuario.

– ¡Me muero! –la mujer arrojó el cigarrillo al suelo y lo piso hasta hacerlo desaparecer en el pasto.

–No, no, pará que es solo un llamado al 911. Hay que esperar.

– ¿Quieres que vaya para allá para ver si es de Fer?

–Prefiero que te quedes conmigo.

Así te puedo contener mejor, pensó él.

–Está bien, está bien.

Inmediatamente, Franco llamó a Luciano, quien se había ido caminando desde el departamento hasta el domicilio del hijo de José.

–Hijo, necesito que te vayas cuanto antes para un lugar donde están haciendo un procedimiento. ¿Dónde estás?

–Justo te estaba por llamar. Acabo de terminar de hablar personalmente con el hijo del mecánico y me contó algo que es no de creer –el joven abogado seguía su camino a pie por las calles del centro de la ciudad, que se parecía más a una zona abandonada dado que no había tránsito y los comercios permanecían con sus persianas bajas.

– ¿Qué pasó? –Franco se alejó unos pasos de Catalina para hablar con mayor privacidad.

–La esposa del mecánico no está varada acá. Murió de Covid los primeros días de abril, mientras visitaba a su hijo.

– ¡¿Qué?! ¿Estás seguro?

–Sí, sí. El hijo me mostró el certificado de defunción y los papeles de la cremación.

–No entiendo.

–Yo menos.

– ¡Qué raro! Estaba seguro de que el mecánico no nos mentía, sino de que tenía miedo.

–Capaz es como decís vos, también: que quedó mal de la cabeza.

–Es la única explicación que le encuentro a este asunto porque si él no tuvo nada que ver con la muerte de su esposa, ¿para qué lo va a ocultar? No tiene ningún sentido. ¿Y qué más te dijo el hijo?

–Me contó que el padre, por la cuarentena, no pudo viajar a la ciudad ni despedir los restos de su esposa, y que no habla con él desde la muerte de su madre.

–Ah, ok.

–También me dijo que no se lleva bien con su padre porque éste retenía a la madre en el pueblo y ella no quería vivir más ahí, sino que se quería separar. O sea, que todo mal entre ellos.

–Bueno, en eso último el mecánico coincidió, más o menos.

–Claro, claro. ¿Y allá como va todo?

–Por eso te llamaba: acá encontramos algo, pero parece que apareció otra pista nueva en otro lugar, más cerca del ingreso a la bahía. Y necesito que vayas para allá lo más rápido que puedas.

–Pero el auto lo tenés vos. ¿Cómo llego hasta ahí?

–Pedile a alguno de la fundación que te lleve. Yo ahora les aviso.

–Ok. ¿Y qué hago cuando llego?

–Lo principal es que controles que nadie no autorizado pise el lugar, en especial, policías provinciales, ¿sí? No quiero que manipulen la escena ni los objetos que puedan llegar a encontrar, ¿entendiste?

–Sí, sí. ¿Y con el mecánico?

–Después vemos. Yo ya tengo una idea de cómo encarar ese tema. Vos encárgate ahora de llegar cuanto antes al procedimiento. Y en cuanto estés allá y sepas algo me llamas.

–Dale, dale.

–Y mandame fotos de todo lo que levanten. Asegurate de que cumplan con la cadena de custodia de las evidencias.

–No hay problema –se despidió Luciano justo cuando estaba por llegar al departamento.

La sede de la fundación funcionaba también a las pocas cuadras, pero estaba cerrada, así que entró al edificio y se comunicó con el encargado de la misma desde allí, para que lo pasaran a buscar.

El mencionado caño de desagüe que desembocaba en el estuario se situaba aproximadamente a mitad de camino entre el centro de la ciudad y Bleriot, y a tan solo tres kilómetros del control policial sobre la ruta.

A esa altura del camino, el agua alcanzaba casi la calzada a ambos lados de la misma, y a escasa profundidad, el suelo se veía completamente blanco ya que se trataba de un salitral que modificaba drásticamente el paisaje predominantemente verde, amarillento y marrón de toda la zona.

Luciano no recordaba haberlo visto cuando junto a su padre fueron a buscar a José. Tal vez, por el apuro, en aquella ocasión lo pasó por alto. O, quizás, ese día estaba más nublado y la luz de sol no se reflejaba tanto en la sal cristalizada.

En favor del ojo supuestamente crítico y detallista del joven letrado, se trataba de un salitral con una escasa extensión, por lo que si uno pasaba a su lado a bordo de un vehículo a alta velocidad solo lo veía por unos segundos, tras lo cual, el agua ganaba

profundidad o se acumulaba más tierra negra y la vegetación reaparecía en la escena como pinceladas desparejas que se iban intercalando en un lienzo rasgado por la violenta frustración del artista que busca desesperadamente la utópica obra perfecta.

Y en ese cuadro irregularmente expresionista, Luciano advirtió la presencia de un auto bomba colorado estacionado sobre la banquina y a una dotación de bomberos que se había internado en un tramo de barro, apenas elevado, que se extendía al este del asfalto y en dirección a la costa; y en el que sobresalía el grueso y alargado caño de hormigón del desagüe pluvial.

El chofer de la fundación estacionó detrás del vehículo de los bomberos, mientras que por delante de este estaba detenido un automóvil particular. Todavía no se había cortado el tránsito, aunque no había ningún apuro en hacerlo dado que en ese momento nadie más pasaba por allí.

Luciano descendió del coche y comenzó a caminar hacia donde se encontraban los bomberos, pero a los pocos pasos cayó en la cuenta que sin las botas de goma como las que llevaban puesta ellos, él no iba a poder avanzar demasiado en ese terreno fangoso.

El traje que vestía el abogado lo delataba y ante esa situación, el comandante a cargo de la dotación le hizo señas para que lo esperase en la banquina y luego se dirigió a su encuentro.

Mientras Luciano y el comandante dialogaban, y el segundo informaba que habían visualizado una mochila abandonada justo donde terminaba el caño y comenzaba a correr el agua sobre la arcilla del canal natural del estuario, del auto particular estacionado en la banquina descendió el comisario Rouvier, quien iba vestido de civil, aunque se identificó como tal con su respectiva placa.

“Yo me encargo”, le dijo al jefe de bomberos, quien se retiró silenciosamente hacia donde se hallaba el resto de la dotación, quedando el comisario a solas con el letrado.

–Usted no puede estar acá –Luciano ocultó su temor debajo de un gesto adusto–. La justicia federal apartó a la Policía Provincial de la investigación. Sólo las fuerzas federales pueden intervenir.

–Mirá, pibe –Rouvier se abrió la campera como si tuviese calor, aunque su único objetivo era dejar a la vista su arma reglamentaria que lucía en su cintura–: el llamado al 911 que alertó sobre esta pista lo recibimos nosotros, así que tuvimos que intervenir. Además, ¿dónde están las fuerzas federales?

El comisario abrió los brazos y los extendió a ambos lados, como un cristo redentor, y echó un vistazo a su alrededor.

–Ya están en camino –Luciano señaló hacia el sur y por la ruta ya se alcanzaban a divisar las luces de los móviles de la PSA que llegaban desde Bleriot.

¿Por qué mierda tardaron tanto?, se preguntó el joven, que no entendía cómo había hecho él para llegar más rápido que los efectivos que se encontraban prácticamente a la misma distancia del lugar.

–Ok. Me voy –Rouvier subió el cierre de su abrigo y se cubrió la cintura por completo–, pero más vale que todos ustedes dejen de hablar mal de la Policía Provincial porque cuando todo el humo que venden se disipe y las fuerzas federales se vayan con las manos vacías, mi gente es la que va a seguir acá, como siempre.

–¿Me está amenazando?

–No, para nada. Tomalo como una simple advertencia –el comisario le guiñó un ojo y antes de que se hicieran presentes los primeros policías aeroportuarios abordó su auto y abandonó el lugar en dirección a Bleriot.

La noche se sentía fría y seca, pero al menos el viento había amainado cuando Luciano regresó al departamento luego de salir a comprar la cena a una rotisería que, aprovechando las pocas nuevas flexibilizaciones de la cuarentena, ofrecía el servicio de *take away*, que era bastante más rápido y práctico que el *delivery*, dado que la mayoría de los locales gastronómicos contaban con pocos repartidores y muchos pedidos.

Por su parte, Franco había puesto la mesa en la cocina y vuelto al sector de la sala de estar para seguir redactando un escrito que pretendía presentar lo antes posible en el juzgado federal, en el marco de la investigación por la desaparición de Fernando.

–Menos mal que ahora pueden abrir los negocios de comida, sino nos íbamos a morir de hambre, porque ninguno de los dos se anima a cocinar –bromeó Luciano al ver a su padre inmerso en su trabajo, tras lo cual, depositó sobre la mesada los dos paquetes con sendas porciones de carne al horno con papas que acababa de comprar.

–Yo sé cocinar, che –reaccionó Franco apartando la mirada de la pantalla de la computadora por unos instantes–. Pasa que no tengo tiempo.

–Y con los últimos días que hemos tenido... –Luciano se acercó hasta la mesa del living y se sirvió una copa de vino tinto de la botella traída previamente del supermercado y que su padre había abierto un rato antes para beber mientras redactaba.

–Creo que fue tu bautismo de fuego, hijo –Franco se levantó de la silla y volvió a llenar su copa–. Si no te bancás esto, vas a tener que buscarte otro laburo, porque estos casos son siempre así. Siempre.

–Por suerte te tengo a vos –Luciano alzó la copa en dirección a su padre, quien se había vuelto a sentar frente a la *laptop*–, que ya estás acostumbrado a las presiones y amenazas de los malos policías.

–Hablando de eso –el experimentado abogado hizo a un lado su bebida y se concentró en la pantalla–: tengo lista la denuncia contra el comisario Rouvier por amenazas. Después leela, imprimila y firmala.

–Ok, pero ahora vamos a comer que se enfría.

– ¡Ah! –Franco se volvió a levantar y encaró hacia la cocina–. Ahí vi en el portal del diario la nota que hiciste sobre tu encuentro con el denunciado. Estuviste bien.

–Gracias –Luciano cargó la botella de vino hasta la mesa de la cocina y se sentó frente a su plato con un hambre voraz–. ¿Y hubo alguna novedad del tema de la mochila?

–Ninguna buena: le mostré fotos a Catalina y me dijo que no es la de su hijo.

–Era de esperar –Luciano se sirvió de su porción, mientras su padre recién se acomodaba en su asiento.

–Absolutamente. Creo que fue una pista falsa que intentó sembrar la Policía Provincial para alejar la atención de lo que sucedía en el puesto de vigilancia de Bleriot –Franco al fin abrió el paquete con su porción, la cual aún conservaba cierto calor–. No es casualidad que surgió en el mismo momento en que encontramos el amuleto de Fernando.

– ¿Las excavaciones siguen? –Insistió Luciano con la boca media llena.

–No, no. Estos policías son evidentes, pero no tanto.

El joven abogado terminó de masticar y bebió un sorbo de vino antes de continuar.

–Pero se los nota nerviosos. Así que algo bien debemos estar haciendo.

–Por supuesto –Franco tomó su copa y, más relajado, brindó con su hijo, cuyo miedo había descendido de manera inversamente proporcional al aumento de la adrenalina que le recorría todo el cuerpo como una descarga eléctrica.

## IX

El incidente entre el comisario Rouvier y Luciano Pietravallo, y la inmediata denuncia ante la justicia sobre este hecho llegaron rápidamente a los portales de los principales medios periodísticos nacionales que ya habían comenzado a seguir de cerca los acontecimientos que se producían en la investigación por la desaparición de Fernando. Mientras tanto, la prensa local, en Salinas y sus alrededores, lentamente le restaba tiempo y espacio al caso, dado que el mismo adquiría cada vez más un tinte político y salpicaba ciertos intereses cruzados que podían afectar a quienes detentaban el poder en un futuro próximo, cuando los flashes, cámaras y micrófonos dejaran de apuntar hacia allí.

Ante esta situación, el comisario general Piedrabuena decidió separar preventivamente de su cargo al comisario Rouvier, quien pasó a estar sin destino, al menos hasta que le asignaran uno nuevo. Sin embargo, el jefe de la Policía Provincial no adoptó el mismo temperamento con los efectivos investigados por la desaparición de Fernando, aunque los mismos habían asumido hacía bastante tiempo un bajo perfil y una nula exposición mediática. Es más, la principal defensa pública la ejercía justamente el comisario general, quien seguía sosteniendo la inocencia de todos ellos, al tiempo que tampoco sancionó a los integrantes de la Brigada de Investigaciones que habían amenazado a la novia del joven buscado.

“Yo sé cómo se ve, que pinta mal. Pero le aseguro que no es como parece”, le había jurado Rouvier a Piedrabuena, cuando éste lo llamó personalmente para notificarlo de su decisión de apartarlo preventiva de sus funciones.

Por su parte, los abogados Pietravallo se trasladaron hasta la sede de la fiscalía federal para presentar un escrito en el que requerían la detención de los policías investigados y que fuesen imputados como “coautores” del delito de “desaparición

forzada de persona”, en función de las últimas pruebas incorporadas al expediente, entre ellas, el trozo de amuleto de Fernando hallado en el puesto de vigilancia de Bleriot.

Pero este pedido fue rechazado por el fiscal Martínez y la jueza Marrone, por lo que los letrados recurrieron a la Cámara Federal de Apelaciones que, en una audiencia celebrada en cortísimo plazo, mantuvo la decisión de la magistrada.

“Es el maldito partido judicial, siempre se cubren entre ellos”, se quejó Franco apenas fue notificado electrónicamente del fallo de la Cámara que, en unos pocos días, logró frenar el avance de la investigación, aunque los operativos de rastillaje se seguían llevando a cabo en distintos puntos de la bahía y su estuario, cada vez con más efectivos y recursos que aportaba la Procuración General de la Nación a través de su área especializada en la lucha contra la violencia institucional.

–¿Y ahora?–Luciano, a diferencia de su padre, sentía más desencanto que bronca, mientras ambos daban vueltas por el interior del departamento, tratando de definir los pasos a seguir.

–Tenemos que insistir con el mecánico. Ésa es la clave –Franco estaba parado junto a la mesa del living, con ambas manos apoyadas sobre el respaldo de la silla, mirando la pantalla de su computadora portátil.

–Pero ese tipo miente o está loco, ¿de qué nos puede servir? –Luciano se desplomó en el sillón sin darse cuenta que acababa de sentarse sobre un manojito de papeles, varios de los cuales terminaron en tirados en el suelo.

–Creo que conozco un buen psiquiatra con el que podemos desanudar este asunto –Franco se agachó para recoger los documentos caídos y se los entregó a su hijo para que los ordenara–. Hace varios años hubo un caso de un hombre en Villa Gesell, un tipo común y corriente, que tuvo un accidente vial y se golpeó la cabeza, y cuando despertó en el hospital no reconocía a su esposa como tal.

– ¿Tipo amnesia?

–Algo así. Porque, en realidad, a la única persona que no reconocía era a esa mujer, al resto de sus conocidos sí –Franco hizo una pausa y acercó la silla hasta el sillón, y se sentó de cara a Luciano–. El punto es que este tipo, un comerciante, asociaba la imagen de su esposa con el nombre, pero creía que ella era como un doble que se hacía pasar por la verdadera mujer, quien, según él, había muerto en el accidente.

– ¡Ah, sí! –Luciano se echó contra el respaldo del sillón–. Creo que una vez leí algo así. Se llama síndrome de Capgras o delirio del doble, ¿no?

–Exacto –Franco se levantó de la silla y fue hasta la mesa en la que había un vaso del que bebió un sorbo. Instantes después, chequeó su celular, en el que había recibido un nuevo mensaje instantáneo, pero no lo leyó en el momento, sino que sólo observó el remitente que indicaba que se trataba de Catalina.

Por su parte, su hijo comenzó a navegar en la Internet desde su *smartphone* con una velocidad que no dejaba de asombrar a su padre, a quien le costaba entender por qué los jóvenes preferían esas pantallitas tan chicas en vez de la de una computadora, ya sea portátil o de escritorio.

“En el síndrome de Capgras, el paciente cree que una persona cercana a él ha sido sustituida por un ‘doble exacto’ o ‘impostor’, según las palabras frecuentemente utilizadas por el mismo paciente; y la delusión se basa en el hipotético reconocimiento de una persona específica “, leyó Luciano en voz alta.

–Y en el caso de la costa intervino un psiquiatra conocido mío, el doctor *Torres*, quien determinó que el fuerte traumatismo que aquel paciente había sufrido en su cabeza durante el accidente le afectó el hemisferio derecho del cráneo donde funcionaba la memoria emotiva. Pero que también era probable que fuera una manifestación tardía de un trastorno esquizofrénico paranoide de base.

– ¡Uh!, ¡qué complicado!

–Sí, pero este psiquiatra que te digo logró, a través de sesiones de terapia y medicación, que el hombre recobrara la memoria emotiva asociada a su esposa. El problema es que un tratamiento así requiere de una internación clínica y lleva tiempo. Y nosotros, en este momento, no disponemos de todo eso –señaló Franco, quien volvió a acomodar la silla junto a la mesa, pero esta vez, de costado a la *laptop*, tras lo cual, quedó de pie a mitad de la sala.

–Igual, podemos internarlo –Luciano levantó al fin la vista de la pantalla de su móvil–, aunque, claramente, este mecánico no padece el mismo síndrome...

–Síndromes hay muchos. Por ejemplo, también me acuerdo de otro caso, creo que fue en España, que ocurrió hace muchos años y en el que una mujer de unos sesenta años murió por el síndrome de Diógenes.

– ¿Y ése cómo es?

–Yo no soy un especialista en la materia, pero entiendo que esta mujer comenzó a juntar residuos porque creía que estaba en una pobreza extrema y que en algún momento le iban a resultar de utilidad. Es más, estaba convencida de que la basura tenía valor y la colocaba junto a sus joyas, que eran muy valiosas, porque quería ahorrar todo lo que le fuera posible. Y lo peor de todo es que esta persona desatendió por completo su higiene personal y la del hogar.

–Ah, bueno.

–Por eso te digo: hay que ver qué tipo de problema sufre este mecánico y cuán grave es.

–Ojalá sea algo leve.

–Esperemos –asintió Franco, quien luego de leer el mensaje de la madre de Fernando, quien le consultaba por las últimas novedades del caso, buscó entre los

contactos de su teléfono el nombre de Torres, quien había sido perito de parte en otras causas penales en las que también intervino la fundación.

“Espero que este viejo todavía viva”, se dijo el abogado al recordar a su querido colega *Isidro Márques*, quien había trabajado largo y tendido con aquel prestigioso médico psiquiatra y que, por desgracia, había muerto recientemente por problemas de salud derivados de su avanzada edad.

Mientras los rastillajes en busca de Fernando continuaban a cargo de las fuerzas federales y se sucedían las denuncias contra la Policía Provincial, y las críticas de la familia del joven hacia la Justicia, la Comisión Americana por los Derechos Humanos (CADH) emitió un comunicado de prensa con los puntos salientes de su última resolución, la cual otorgaba “medidas cautelares de protección” en favor del desaparecido por considerar que se encontraba en una situación de suma “gravedad y urgencia”.

En ese sentido, la Comisión (integrada por siete miembros elegidos a título personal y sin que representasen a su país de origen o lugar de residencia) solicitó información al Estado argentino sobre las diversas acciones llevadas a cabo para la búsqueda del joven y la investigación sobre los hechos, tanto en el ámbito provincial como federal.

Para la CADH, en el tiempo transcurrido desde la desaparición de Fernando no se observaban datos concretos sobre su paradero o destino, por lo que se hallaba suficientemente establecida la existencia de riesgo de “daño irreparable” para sus derechos a la vida e integridad personal.

Por ello, solicitaba que se adoptasen las medidas necesarias para determinar el paradero de Fernando a través de mecanismos especializados de búsqueda y que las mismas se tomasen con los familiares y representantes del joven; al tiempo que pidió que

se implementasen acciones tendientes a investigar los hechos que motivaron el otorgamiento de esta cautelar y evitar así su repetición.

El comunicado aclaraba, a su vez, que el otorgamiento de dicha medida y su adopción por el Estado no constituía un “prejuzgamiento” sobre una eventual petición ante el sistema internacional por violaciones a los derechos protegidos en la Convención Americana y otros instrumentos aplicables.

Los bares y cafeterías seguían cerrados, por lo que una de las pocas maneras de degustar un cortado o *cappuccino* era a través de una máquina automática que funcionara en la playa de alguna estación de servicios. Por ello, cada vez que los Pietravallo tenían que cargar combustible se tomaban un poco más de tiempo que el habitual para no perder su preciado hábito de consumir bebidas calientes con cafeína, espuma y/o leche.

– ¿Te enteraste del pronunciamiento de la CADH? –Luciano retiró suavemente la tapa plástica de su *café au lait* y arrimó su nariz aguileña, un rasgo que compartía con su padre, aunque no así el color celeste de ojos que había heredado de su madre, al borde del recipiente para disfrutar del humeante aroma que le recordaba aquel mágico viaje a París que había realizado tres años antes, apenas se recibió de abogado y se auto regaló ese premio, con cierta ayuda de sus padres.

–Justo estaba leyéndolo en uno de los portales de noticias –Franco había dejado el vaso plástico de su *macchiato* sobre el techo del auto y sostenía su celular con ambas manos, para acelerar la navegación *online*.

Los letrados se encontraban a la vera de la ruta nacional, a mitad de camino hacia la Capital, luego de que unas horas antes fuesen notificados de que la Procuración General de la Nación disponía que dos fiscales federales especialistas en violencia institucional se

sumaran a la investigación. De todos modos, esto no implicaba, necesariamente, que Menéndez iba a ser apartado del expediente.

*Santiago Alberto y Cristian Hurt* fueron los dos funcionarios judiciales elegidos para colaborar con el fiscal cuestionado; sin embargo, sus tareas iban a ser en remoto, a unos setecientos kilómetros de distancia del lugar de la desaparición de Fernando, dado que no podían trasladarse hasta Salinas ya que, paralelamente, debían atender sus puestos en la Capital.

Y si bien los Pietravallo podían comunicarse con ellos vía telefónica o electrónica, preferían ir a verlos en persona para analizar las nuevas medidas de prueba ordenadas, entre ellas, un análisis más amplio sobre el recorrido de todos los móviles policiales que podrían haber tenido contacto con Fernando o estado en la zona al momento de la desaparición; y la ampliación de las declaraciones testimoniales de los efectivos bajo la lupa.

Lo que los abogados aún no sabían es que estas diligencias, llevadas a cabo con una tecnología rápida y eficaz, habían determinado que una semana después de la desaparición de Fernando, un móvil de la comisaría de Jakov se trasladó hasta el cruce ferroviario y se adentró en el primer tramo de terreno firme del estuario donde permaneció un largo rato a mitad de la noche, lo que resultaba, por lo menos, llamativo.

Y de lo que sí estaban ambos al tanto era que en las testimoniales ampliadas (realizadas por videoconferencias y de las que habían participado en representación del particular damnificado), los policías se mantuvieron en sus respectivas versiones iniciales, como un disco rayado, y a pesar de la batería de preguntas detalladas que les hicieron los nuevos fiscales.

La única que se salió ligeramente del libreto, pero sin aportar datos de interés para la causa, fue Ferrara, quien manifestó que se sentía “muy mal” por haber sido una de las

últimas personas en haber visto a Fernando y que ella solo quería que el joven apareciera “sano y salvo”.

A su vez, Ferrara manifestó que se sentía “hostigada” por las declaraciones públicas de Franco, quien, según ella, cada vez que se cruzaba con un periodista, cámara o micrófono le exigía que contara la verdad y dejara de “encubrir” a sus compañeros.

Por su parte, padre e hijo terminaron sus respectivas bebidas y reanudaron la marcha por la ruta hasta que sonó el teléfono móvil de Franco, quien iba como acompañante y atendió inmediatamente.

“Tenemos que dar la vuelta ahora mismo”, le indicó a Luciano apenas cortó la comunicación.

Luciano obedeció en el acto y cuando ya había acomodado el vehículo en la nueva dirección vio que su padre llamaba a alguien más, que no lo atendía.

“¡La concha de la lora!”, exclamó Franco.

– ¿Me podés decir qué pasó? –el hijo trataba de no apartar la vista de la ruta, pero sus ojos se desviaban hacia su padre, como magnetos a un imán.

–Me avisaron sobre el hallazgo de unas prendas de vestir y unas zapatillas que podrían ser de Fernando –Franco seguía con móvil pegado a su oído derecho, intentando que el receptor lo atendiese.

– ¿Dónde?

–A unos cuatrocientos metros de distancia del caño de desagüe en el que apareció la mochila.

– ¿Será otra pista falsa?

–Podría ser... o no. Qué se yo –Franco apartó el aparato de su oído y comenzó a escribir un mensaje instantáneo–. Estoy tratando de comunicarme con Catalina para que vaya para allá lo antes posible.

–Debe estar trabajando. Por eso no te atiende. Pero siempre está en línea, así que el mensaje lo va a leer seguro –lo alentó Luciano, quien pisó el acelerador y en una maniobra temeraria rebasó a un camión jaula que transportaba ganado a pie e impregnaba el aire que se filtraba al interior del auto con un nauseabundo olor a materia fecal de vaca.

Los nuevos objetos encontrados por efectivos de Prefectura eran un buzo con capucha y rasgado, y un par de zapatillas de lona sucias y agujeradas. Esta vez no hubo llamado anónimo al 911, sino que el personal táctico lo divisó durante un rastrillaje cerca de la costa.

Sin embargo, tanto apuro fue en vano porque tanto el buzo como las zapatillas no pertenecían al joven buscado, según reconocería al final del día la propia Catalina, lo que le generaba en ella una sensación ambivalente: por un lado, mantenía la esperanza de que su hijo seguía con vida; y por el otro, descartaba una nueva pista y esto alimentaba su angustia y desaparición.

A veces es mejor chocar de frente contra la verdad, por más dura y cruel que esta sea, a que no saber absolutamente nada, se repetía mentalmente la mujer.

Y Franco operaba también bajo esa convicción, la cual había incorporado como un mantra después de haber trabajado tantos años junto a familiares de desaparecidos, incluyendo víctimas del terrorismo de Estado cometido durante la última dictadura militar y que desde 2003 había derivado en una larga serie de juicios por delitos de Lesa Humanidad, incluso en los tribunales de Salinas, con jurisdicción en la Base Naval de la Marina, que había funcionado como centro clandestino de detención y de torturas y desde donde se sospechaba que habían partido aeronaves que llevaban a cabo los denominados “vuelos de la muerte”, en los que se arrojaban al mar a las personas que llevaba privadas de su libertad.

Hasta entonces, Catalina se había mantenido al margen de aquellos asuntos político-judiciales porque nunca la habían tocado de cerca y los veía como parte de un mundo completamente ajeno, aunque ahora la absorbía de a poco, gota a gota.

Y por más fuerte que luchase cada noche, la mujer se derrumbaba sobre la cama y se pasaba horas mirando fotos y leyendo mensajes de su hijo en su celular hasta que algo o alguien la interrumpía.

Esta vez fue Franco, quien le envió la imagen de un trozo de cadenita de alpaca hallada en el baúl de un patrullero que, de acuerdo a las últimas pericias, había estado en el estuario de manera sospechosa siete días después de la desaparición y completamente a solas y en medio de la oscuridad.

“Eso es parte del colgante que Fer usaba como amuleto”, le respondió al letrado, sobresaltada.

“¡Ok! Se está empezando a cerrar el cerco sobre los policías. Con esto tenemos que ir a la Cámara de Apelaciones y reiterar nuestro pedido para los que imputen y detengan de una buena vez. Además, ahora seguro tendremos un dictamen a favor de los nuevos fiscales, que no lo quieren a Menéndez, algo que nos faltó en nuestro requerimiento anterior”, le escribió el abogado, quien al despedirse de la mujer se sirvió otra copa de vino y permaneció frente a la pantalla del televisor hasta que acabó la botella, mientras que su hijo descansaba en su habitación.

Y a partir de las últimas novedades que le había brindado Franco, Catalina, tal vez, iba a poder dormir un rato y así, al menos, las pastillas que le había recetado el médico psiquiatra de su abogado permanecerían un tiempo más adentro del frasco cerrado y que ella dejaba junto al velador de su mesita de luz.

## X

El arribo formal del invierno al hemisferio sur marcó, paradójicamente, el punto más alto en el termómetro de la gente que, a pesar del clima frío y de no contar con un permiso para circular en cuarentena, se volcó masivamente a las calles de todo el país, donde la pandemia se cobraba cada vez más contagiados y, sobre todo, muertos.

Es que la mayoría de estas personas eran empleados informales que necesitaban urgentemente salir a trabajar para no solo llegar a fin de mes, sino para poder comer. Y a esta urgencia básica se le sumaba el hartazgo total a estar encerrados en sus casas, lo que deterioraba, a su vez, la salud mental y las relaciones personales, tanto de pareja como de familiares convivientes.

En cambio, esto no ocurría en el hemisferio norte del planeta, donde la población sí se cuidaba más en épocas de bajas temperaturas y condiciones climáticas adversas, las cuales potenciaban las enfermedades respiratorias como el Covid-19.

Claro que, en esa región de la Tierra, especialmente en países del Primer Mundo, los ciudadanos contaban con un trabajo formal que podían utilizar como un colchón para amortiguar una caída estrepitosa en sus ingresos.

De una forma u otra, la crisis económica y financiera que desencadenó el avance del coronavirus fue global e, irremediablemente, también tuvo consecuencias políticas y sociales.

Fue el doctor Torres quien aprovechó esta apertura forzosa del aislamiento para viajar a Salinas, donde se instaló junto a los Pietravalle y comenzó con las entrevistas a José, quien, inicialmente, se negó a salir de su hogar, por lo que las primeras sesiones se llevaron a cabo en su casa de Bleriot.

Durante los encuentros iniciales, José le contó al psiquiatra un poco sobre su vida: tenía sesenta años, había nacido en una pobre zona rural del interior de la provincia y quedó huérfano desde muy pequeño. Luego fue criado por un tío paterno y sus primos mayores se convirtieron en “hermanos de crianza”. Ya a los dieciocho años lo reclutó la Marina, con la que recorrió medio planeta, hasta la Antártida, donde, según él se jactaba, había logrado hacer un asado al aire libre. Hasta que se estacionó en la base de la bahía, donde conoció a Esperanza y al poco tiempo de estar de novios se casó con ella. Pero como no quiso criar a su hijo recién nacido en la ciudad, pidió la baja y volvió al “campo”. Así que abrió un taller mecánico en Bleriot, mientras que su esposa dio clases en la escuela local. Pero a la mujer y a su hijo, cuando este fue creciendo, no les gustaba vivir “en el medio de la nada”, de acuerdo a sus propias palabras.

Repasar la vida del paciente se prolongó más de lo esperado por Torres, quien recién pudo elaborar un diagnóstico del presente al finalizar con el análisis del pasado, y así inició un tratamiento que tuvo un momento determinante cuando, en una de las sesiones, estuvo presente el hijo del mecánico y quedó expuesta la verdad sobre lo que le había ocurrido a Esperanza.

El médico psiquiatra apoyó su maletín de cuero marrón sobre la mesita ratona junto al juego de sillones y extrajo del interior de la misma una carpeta con tapa de cartón y elástico negro que contenía un puñado de fojas escritas con computadora, mientras Franco apoyaba en un rincón del mismo mueble dos tazas de símil porcelana blanca que contenía un café recién preparado con la máquina de filtro que funcionaba en la cocina del departamento.

El médico se sentó en el sillón de dos plazas y comenzó a repasar las hojas de su informe preliminar, al tiempo que el abogado se ubicó a un costado, en uno de los sillones

individuales, junto a la lámpara de pie que le daba un tono cálido al living, y bebió un sorbo de su café, cortado con un chorrito de leche y sin azúcar.

–Entonces, doc, ¿sabemos qué tiene este hombre? –el letrado no regresó la taza a la mesita, sino que la sostuvo sobre un plato del mismo material apoyado sobre el muslo que cruzaba por arriba del otro.

Afuera caía la noche y Luciano había salido a comprar comida para la cena, por lo que en ese momento estaban ellos dos solos.

–No puedo afirmarlo, todavía –el médico hizo a un lado las fojas y se quitó sus anteojos de marco grueso y de un color que combinaba con el maletín–, pero creo que estamos ante un caso de fuga disociativa.

–Ajá –el abogado miró fijamente al doctor, quien luego de beber de su taza continuó con su explicación.

–Para que me entienda: es un trastorno por el que una persona realiza viajes inesperados –al pronunciar estas dos últimas palabras el médico dibujó en el aire un par de comillas con los dedos índice y mayor de ambas manos–, lejos de su entorno habitual y no puede recordar su pasado.

– ¿Viajes? –Franco estiró las piernas, se inclinó hacia la mesita y dejó sobre la misma la taza semivacía.

–Es una forma de describir ese alejamiento de su entorno, pero no necesariamente implica que se traslade físicamente de un lugar a otro. De hecho, la persona aparenta normal, no llama la atención con su conducta y no presenta síntomas de un trastorno mental ni alteraciones cognitivas.

–Pero siempre hay algo que llama la atención, doc.

–Sí, por supuesto. En ciertas ocasiones esta persona puede perder su propia identidad o asumir una nueva, aunque no es este el caso que nos atañe ahora.

–Entiendo.

–Existen varios subtipos de fuga –continuó Torres–: está la clásica, en la que sí se produce un viaje a un lugar desconocido donde la persona presenta amnesia autobiográfica, pérdida parcial o total de la propia identidad y la asunción de una nueva; tenemos la de amnesia de identidad personal, en la que hay una pérdida de memoria autobiográfica junto con su identidad, pero no se cree otra persona; y, por último, hallamos la del regreso a periodo anterior de la propia vida, que es, justamente, la que afecta a José.

–Claro, eso tiene sentido.

–Este último subtipo de fuga implica una vuelta, a nivel psíquico, hacia un periodo anterior de la propia vida y una amnesia respecto de lo ocurrido durante el tiempo que transcurrió desde el momento en cuestión y la actualidad. Y más allá de esto, la identidad personal del individuo sigue intacta, como en el caso del mecánico.

–Es decir que Pepe se fugó hacia un período en el que su esposa aún vivía y estaba de visita en la casa de su hijo. ¿Algo así?

–Algo así.

–¿Y cuál sería la causa de eso?

–Bueno, generalmente, las personas que presentan este tipo de fugas sufrieron algún evento muy estresante y traumático, como un abuso sexual, una guerra o un desastre natural.

–O la muerte de un ser querido...

–También –el médico volvió a colocarse los anteojos y repasó una de las fojas–. Es como si la psique se fuga para evitar el dolor que generó ese evento, entre el que podría estar, además, un abuso de sustancias, trastornos como la epilepsia y hasta un fuerte

traumatismo encéfalo craneano, como en el caso de aquel comerciante de Villa Gesell que siempre mencionamos.

– ¿Y puede haber ocurrido junto con la muerte de la esposa de José otro evento estresante y traumático con la policía, por ejemplo, y que terminó siendo el desencadenante?

–Es posible –Torres le pasó las fojas al abogado–. Pero todavía no llegamos a ese punto. Ahora estamos procesando el duelo por la muerte de Esperanza...

–Necesitamos saber qué recuerda del día en que desapareció Fernando, doc. ¿Me entiende?

–Sí, sí. Pero eso va a llevar tiempo.

–Y otra cosa muy importante –Franco se levantó del sillón individual y se sentó en el doble, al lado del doctor–: ¿Va a poder recuperar la memoria?

–En la gran mayoría de estos casos la persona recupera la memoria y su identidad. No se preocupe por eso. Pero no le puedo decir cuándo ni cómo se va a sentir esta persona al hacerlo, ya que suelen experimentar confusión, depresión, angustia, irritabilidad, impulsividad y ansiedad, entre otros malestares...

–Ah, ¿sí?

–En ocasiones sienten tanta culpa, porque la fuga deterioró su trabajo y/o pareja, que pueden intentar suicidarse.

– ¡Uh!

–Por eso, el tratamiento está centrado en la recuperación y control de los síntomas, para prevenir también que haya nuevas figas, aunque en la mayoría de los casos hay un único episodio.

–Ok.

–Hay que trabajar con el paciente sobre las causas de la fuga y qué supone para él esta situación; concentrarse principalmente en la expresión emocional y la gestión del estrés.

– ¿Y qué técnicas se usan?

–La hipnosis y la sugestión pueden servir para desbloquear contenidos de la mente del paciente; pero las entrevistas con la persona y su entorno, ya sea familia o pareja, pueden ser más tranquilizadoras y, a la postre, más efectivas.

–Bien –Franco golpeó con los puños llenos de satisfacción el almohadón que lo separaba del doctor y se levantó de su asiento, tras lo cual, Torres hizo lo mismo y se encaminó hacia el baño, justo en el preciso instante en que Luciano entraba al departamento con dos bolsas de supermercado.

“¿Todo bien?”, le preguntó a su padre, quien asintió con una sonrisa y le guiñó un ojo.

Las lombrices de tierra estaban encogidas debajo de las piedras y los detritos vegetales, en medio de ese estado de letargo en el que se sumergían durante la estación invernal, cuando su metabolismo decrecía hasta un nivel muy bajo, inferior a lo normal. Así, permanecían aisladas del frío y hacían cesar su actividad, como también ocurría con determinadas personas, aunque estas no hibernaban.

La temperatura dentro del sustrato del *compostador* en el jardín de la casa de los Pietravallo, ubicada en la Capital, había bajado de los cuatro grados centígrados, por lo que las lombrices no se reproducían ni elaboraban humus, a raíz de lo cual, Sonia le había agregado una capa de estiércol que, al degradarse, generaba calor y también cubierto con un nailon, procurando revertir esa situación de estancamiento que podía derivar en la muerte.

Por su parte, Franco miraba por la puerta ventana que daba al jardín desde la cocina comedor, en la que compartía unos mates con su esposa, luego de haber regresado por unos días de Salinas junto a Luciano, quien aún dormía porque era sábado y, además, el final de la semana había significado un golpe anímico muy duro ya que la Cámara de Apelaciones confirmó el fallo de la jueza Marrone quien, por segunda vez, rechazó imputar y detener a los policías investigados, sin hacer lugar siquiera al dictamen de los fiscales Albert y Hurt, que habían acompañado el requerimiento del particular damnificado.

Mientras tanto, en El Fortín tampoco había buenas noticias y Catalina debía trabajar horas extra en el laboratorio de análisis clínicos, el cual ese día abría a doble turno dado que el lunes siguiente era feriado.

Ese fin de semana largo de agosto comenzó con una cuarentena menos estricta en función de que el gobierno nacional y el provincial, más los municipales, habían cedido ante la desobediencia civil y desoído a los médicos que diagnosticaban una situación sanitaria y epidemiológica bastante mala y en la que se registraban cerca de siete mil nuevos contagios diarios, entre ellos, el del comisario general Piedrabuena. De todos modos, el cuadro del jefe policial era leve y permanecía en reposo y aislado en su casa.

La justicia federal también se relajó luego de haber pasado meses secuestrando miles de vehículos y procesando a aun más personas por violar el ASPO, acumulando así una montaña de causas y desperdiciando recursos que podrían haberse utilizado para combatir otros delitos más graves como el narcotráfico, los secuestros extorsivos y también la desaparición forzada de personas, no muy frecuente en los últimos años de democracia, aunque, de todos modos, seguía ocurriendo.

Y al no haber tantos retenes policiales en las calles controlando los permisos para circular, las personas salían a pasear y esparcirse, como tres amigos que decidieron ir a pescar a un cangrejal contiguo a Cuatrerros, ubicado entre el puente ferroviario sobre la desembocadura del arroyo y la estación de trenes para convoyes de carga que aun funcionaba junto al puerto.

Este sitio estaba dentro de la denominada “zona vieja” de *San Basilio*, un partido con casi doce mil kilómetros cuadrados que había sido fundado en honor a un piloto naval de finales del Siglo XVIII, reconocido explorador y un aficionado investigador de la fauna de la costa de la región, en la que se destacaban los crustáceos.

Tanto los cangrejos de mar como los del estuario comían peces, otros crustáceos más pequeños, crías de tortuga, algas, plancton, gusanos y cadáveres de aves acuáticas, así como cualquier resto de animal muerto.

Pero no atacaban normalmente a los seres humanos y si lo hacían sólo provocan heridas menores, como unos pinchazos apenas imperceptibles.

A su vez, San Basilio era el partido al que pertenecían administrativamente todas las demás localidades en las que Fernando había sido buscado, excepto por Salinas, que tenía su propia autonomía.

“¿Cómo viene el caso?”, preguntó Sonia a su marido, quien seguía con la vista apuntando al jardín, pero desenfocado, como si su mente se hubiera trasladado a otro lugar. Ni siquiera tenía su celular a mano. Solo sostenía el mate vacío.

“¡Ey!”, la mujer le llamó la atención de Franco, que no solo no respondía, sino que tampoco se había volteado hacia ella tras la pregunta. “¿Me escuchaste?”, insistió Sonia.

Recién entonces, el abogado giró la cabeza y miró hacia su esposa, quien estaba sentada frente a él, al otro lado de la mesa, junto a la pava de agua caliente.

–¿Qué me decías? –Franco le devolvió el mate porque ella era la cebadora oficial del hogar.

–Te pregunté cómo va el caso.

–Ahí anda –el hombre se encogió de hombros–. Entró como en un pozo, así que no hay demasiadas novedades en el expediente. Solo se suman informes con los resultados negativos de los rastrillajes, que son cada vez menos.

–¿Y qué pasó con ese testigo que trataron con el psiquiatra? –la mujer le deslizó el mate cebado sobre la madera de la mesa hasta acercarlo a las manos de él–. ¿No tenía datos importantes para dar?

–Sí, sí. Los tiene. Ya comenzó a recordar, pero no todo. Todavía falta. Además, el psiquiatra dice que aún no está en condiciones, desde el punto de vista de salud mental, de declarar ante la justicia, por lo que en la causa no figura nada de lo que tiene para decir y hasta entonces no podemos adelantar nada, ni el más mínimo detalle. Así que seguimos trabajando en eso... y esperando.

–Y bueno... Paciencia, entonces.

Franco volvió a chupar de la bombilla, tragando una mezcla de resignación y ansiedad.

“*Juancho*”, uno de los tres amigos, tomó su caña de pescar y su caja de herramientas en las que guardaba sus carnadas, anzuelos, tanzas y demás accesorios; y se separó de los otros dos, tomando por un canal distinto en procura de hallar un sitio en la orilla donde pudiera atrapar peces con mayor facilidad.

El joven pescador también cargaba una mochila en la que llevaba el termo, el mate y unos bizcochitos de grasa. En cambio, sus amigos preferían alguna bebida alcohólica blanca para, según ellos “calentar motores”, y pasar de forma más amena los ratos en que no había demasiado pique, al tiempo que se divertían contando historias, en su mayoría inventadas o compuestas por mentiras, sobre fútbol y mujeres.

Juancho se calzó las botas de goma para la lluvia y bordeó un islote sobre el que se levantaban unos juncos amarillentos y cuando enfiló hacia la costa, distante a unos cien metros de su posición ya que la marea seguía baja, divisó a su lado, semienterrado en la arena húmeda, un bulto sospechoso. Primero pensó que se trataba de un animal muerto, pero al acercarse observó que estaba cubierto por prendas de vestir. Entonces dejó su caña y la caja de herramientas a un costado, sobre el piso, e intentó tocarlo, pero se detuvo justo antes de hacerlo.

“¡Chicos!, ¡chicos! ¡Vengan para acá!”, gritó Juancho, tras unos segundos de parálisis, hacia el sector en el que se encontraban sus amigos, a quienes apenas podía alcanzar a ver a la distancia. “¡Rápido!”, insistió agitando sus brazos en el aire.

Minutos después, los tres amigos estaban parados uno al lado del otro, mirando el piso, perplejos. Ninguno procuraba moverse ni tampoco se animaban a hablar, hasta que Juancho sacó del bolsillo de su pantalón su celular.

– ¿Qué vas a hacer? –Le preguntó quién estaba junto a él– Ni se te ocurra sacar una foto, eh.

– ¡¿Estás en pedo?! –Juancho abrió los ojos, alzando el entrecejo–. Voy a llamar al 911. Así que no chupen más porque va a venir la Policía.

– ¿Quién creés que puede llegar a ser? –su amigo le tomó el brazo del que sostenía el móvil.

– ¿Y vos qué pensás? –Juancho se apartó de su amigo y marcó el número de emergencias.

–Yo no quiero estar acá cuando lleguen los policías.

–Yo tampoco –intervino el tercer pescador, quien ya había dado unos pasos hacia atrás, alejándose de los otros dos.

–No se preocupen. Ustedes vayan –Juancho movió la cabeza en dirección al terreno firme cercano a la ruta–. Yo me quedé y hablé con los polis. Eso sí, no voy a mentir y les voy a decir que estaba con ustedes. Solito no me como este garrón...

Entonces los otros dos amigos regresaron hasta donde se encontraban ambos hasta que los llamó Juancho y guardaron en sus respectivas mochilas los envases de bebidas alcohólicas vacíos que habían dejado tirados, tras lo cual, se quedaron sentados allí, con sus equipos de pesca a la vista, atentos a los movimientos del tercer integrante del grupo, que no se movió de su posición.

Los efectivos de las fuerzas federales y de bomberos arribaron rápidamente al lugar, donde advirtieron que el acceso hasta allí era sumamente difícil por las condiciones fangosas del terreno, a lo que se sumaba una tenue luz natural producto de la abundante nubosidad y a que se acercaba la hora del crepúsculo.

Sin embargo, los peritos alcanzaron a descubrir que el bulto sospechoso era un cuerpo humano esqueletizado y semienterrado, por lo que de inmediato dieron intervención a la justicia federal, que dispuso un operativo que se tornó extremadamente dificultoso.

Mientras Juancho declaraba como testigo ante funcionarios judiciales y policiales y aportaba los pocos datos con los que contaba, desde la fiscalía federal notificaron del hallazgo a Franco, quien, a su vez, se comunicó inmediatamente con Catalina, tras lo cual,

él salió inmediatamente junto a su hijo y a bordo de su automóvil hacia la bahía, conduciendo toda la noche y la madrugada para arribar con las primeras luces de la mañana del domingo, cuando ya se habían sumado al operativo expertos en Antropología Forense de la Procuración, que viajaron especialmente desde la Capital para sumarse al Comité de Crisis puesto a disposición de la búsqueda de Fernando.

Recién entonces, Catalina, quien había llegado al lugar horas antes, y los abogados, pudieron acceder al sitio donde los peritos trabajaban sobre los restos óseos humanos que eran imposibles de reconocer a simple vista.

El viento del mar arreciaba y el día permaneció cubierto por un cielo plomizo que absorbía casi toda la claridad. En el aire volaba la arena y la subida lenta, pero continua, de la marea amenazaba con alterar la escena del hallazgo, en la que los forenses se apuraban por levantar los restos óseos y demás rastros, y conservar la cadena de custodia para su posterior análisis de laboratorio.

En tanto, los policías y bomberos rastrellaban los alrededores en busca de otros elementos de interés para la causa. Así fue que a unos cincuenta metros de dónde se encontró el esqueleto secuestraron una zapatilla del mismo tipo y color que las de Fernando, por lo que convocaron a Catalina, quien permanecía afuera del perímetro delimitado por los expertos, esperando junto a los Pietravallo.

“Esa zapatilla es la de mi hijo, pero, ¿cómo puede ser que esté intacta?”, sostuvo la mujer, prácticamente a los gritos, mientras uno de los peritos sostenía el calzado en cuestión delicadamente entre sus guantes de látex, justo antes de fotografiarlo y colocarlo en una bolsa plástica para evidencias, la cual sería cerrada y lacrada cuidadosamente para no alterar los posteriores resultados científicos.

Por su parte, en el terraplén junto a la ruta se fueron acumulando los vehículos de los funcionarios policiales, judiciales y demás personal afectado al operativo, a los que se sumaron los de los periodistas, que desde la noche anterior habían publicado la noticia del hallazgo.

*“Encuentran restos humanos enterrados en el estuario e investigan si pertenecen a Fernando Andrade”*, fue el título más repetido en los diferentes portales de noticias, canales de televisión, emisoras de radio y también las redes sociales.

“Ya sé que científicamente nadie puede afirmar que sea Fer, pero yo estoy convencida de que sí es él, de la misma manera que creo que su cuerpo fue plantado en este lugar”, afirmó Catalina ante los micrófonos y las cámaras cuando se retiró del estuario pasado el mediodía.

Es que, según la mujer, este sitio, ubicado unos quince kilómetros en línea recta y al este del cruce de vías sobre la ruta en el que Fernando había sido visto con vida por última vez, ya había sido rastreado anteriormente, pero por la Policía Provincial.

## XI

La ubicación del cuerpo esqueletizado y semienterrado en el cangrejal del estuario de la bahía reforzaba una de las principales hipótesis que siempre sostuvieron desde un comienzo la Policía Provincial, el fiscal Martínez y la jueza Marrone: que Fernando había caminado unas tres horas, aproximadamente, desde el cruce de vías sobre la ruta y a través de un terreno fangoso e irregular, exponiéndose al peligro de que la marea vespertina subiese repentinamente y él quedase atrapado allí, en medio de la oscuridad y sin que nadie pudiese ayudarlo ya que se trataba de una zona apartada e inaccesible para quienes no la conocían lo suficiente.

En tanto, el frente de la casa de Catalina estaba rodeado por los móviles periodísticos que habían pasado la noche en El Fortín, luego de trasladarse desde el lugar del hallazgo, una vez que los peritos retiraron los restos óseos que serían llevados en avión a la Morgue Judicial de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, en la Capital, para ser sometido a la autopsia de rigor y así determinar primero la identidad de la víctima y, segundo, la causa y la data de la muerte. Y para ello, a la mujer le extrajeron una muestra de ADN para comparar su perfil genético con el del esqueleto. Sin embargo, todo este procedimiento demandaría más tiempo que lo habitual debido al estado del cuerpo encontrado y por ello también intervendrían los peritos más reconocidos del país y bajo procedimientos sumamente avanzados.

La mujer se sentía furiosa y quería descargarse, por lo que le pidió a los Pietravallo que la acompañaran a hablar con los periodistas apostados en la puerta de su casa y que no se retirarían de allí hasta que ella, o alguien más de su entorno, efectuara alguna declaración.

“No digas nada de lo que no estés completamente segura, Catalina”, la aconsejó Franco y antes de que la mujer saliera de su domicilio echa una tromba marina miró a su hijo y agachó la cabeza, ante lo cual, Luciano le devolvió un gesto con las manos como preguntándole “¿qué hacemos?”

“Vos quedate adentro y pone la tele, así después me contás cómo se vio”, le indicó por lo bajo e, inmediatamente después, salió detrás de Catalina, quien cruzó el jardín delantero de su vivienda y se detuvo en la vereda ante una maraña de cámaras y micrófonos sostenidos por los movileros, algunos de los cuales estaban parados sobre el tapial que marcaba la línea municipal de la propiedad.

“Más allá del dolor que me genera toda esta situación no puedo pasar por alto la bronca que me dio ver al fiscal Martínez en el lugar del hallazgo hablando por teléfono con el comisario general Piedrabuena, cuando no tenía por qué hacerlo ya que la Policía Provincial es la responsable de lo que le pasó a mi hijo y por eso fue apartada de la investigación”, afirmó la mujer a través de un tapaboca particular que ella había confeccionado con un trozo de tela blanco en el que pintó la frase “aparición con vida de Fernando”; lo que hacía juego con la remera del mismo color y con la foto de su hijo que vestía por encima del pullover de lana que se alcanzaba a ver debajo de su campera que la protegía del viento frío que seguía soplando desde el sudeste.

– ¿Sigue insistiendo en que el cuerpo fue plantado por la Policía? –vociferó uno de los periodistas enviados desde la Capital por el canal de televisión pública.

–Claro que sí.

–Pero si todavía no está confirmado si son los restos de su hijo –intervino otro movilero, a cargo de la corresponsalía que transmitía para el noticiero central de la tarde de *Primera Hora*, el principal grupo multimedia privado del país.

–Mi instinto de madre me dice que es él –Catalina miró al movilero con media sonrisa–. Y si no llega a ser, que no creo, quiere decir que la Policía plantó restos de otra persona, vaya uno a saber de quién, solo para desviar la investigación, como lo hizo desde un primer momento...

–Pero eso se parece más a una mafia que a unos pocos policías corruptos... – retrucó el movilero.

–Perdón, perdón, perdón –intercedió Franco, visiblemente molesto por el tono socarrón del periodista del noticiero central–, pero acá está bajo investigación no sólo el accionar de unos pocos policías, sino también la postura de toda la fuerza y su conducción política ante este caso, en connivencia con la justicia.

Todos los periodistas presentes comenzaron a gritar una pregunta tras otra, sin que los entrevistados pudiesen distinguirlas, por lo que el abogado y Catalina dieron unos pasos hacia atrás para regresar al interior de la casa, y cuando la mujer se adelantó lo suficiente como para quedar alejada de los periodistas, Franco se dio media vuelta y agregó:

–Sólo basta con repasar un poco la historia de la segunda mitad del Siglo XX de este país para darse cuenta que no sería la primera vez que la Policía y la Justicia actúan como una mafia.

Y ante el griterío típico con el que los periodistas solían reaccionar ante comentarios polémicos, Franco continuó, como en un monólogo:

–También existe un determinado sector de la política que debería replantearse cómo abordar la situación actual e instruir a las fuerzas de seguridad para que tengan en claro que este aislamiento no es un estado de sitio en el que se suspenden las garantías institucionales de los ciudadanos.

Típico pensamiento de los abogados que curran con los derechos humanos, se dijo el movilero, quien se quedó con sus palabras atragantadas por la abrupta partida del letrado, que siguió rápidamente a Catalina y entró a la casa detrás de ella.

–Estuvimos bien, ¿no? –Franco se paró junto a su hijo en medio del living, donde el joven miraba el noticiero central en la televisión.

–Yo creo que sí –Luciano tomó el control remoto y bajó el volumen dado que la transmisión en vivo había ido a un corte publicitario–. ¡Qué tipo garca ese movilero, eh!

–En ese multimedio son todos iguales –Franco se sentó en el sillón y se desajustó el primer botón de la camisa–. Siempre del lado del poder. No les importa otra cosa, menos llegar a la verdad.

Por su parte, Catalina se dirigió a la cocina, donde se sirvió un vaso de agua y se quedó mirando por la ventana que daba al patio trasero, desde donde pudo advertir que algunos de los móviles se retiraban por la calle de tierra, al tiempo que varios perros que andaban sueltos los corrían a los ladridos.

Y al cabo de unos minutos, un Franco más calmado se le acercó y también bebió un poco de agua. Sin embargo, enseguida le sonó su teléfono celular y volvió a sobresaltarse.

“Sí, sí. Está aquí conmigo. Ya le pregunto a ella, pero estimo que no va a haber ningún problema. Gracias, gracias. Adiós”, señaló el abogado antes de cortar la comunicación, mientras Catalina lo observaba desde la mesa, junto a la que se acababa de sentar a descansar las piernas porque había pasado la mayor parte del día de pie.

–Cata, ¿viste que te dije que vamos a tener que ir en unos días a Capital para declarar ante los fiscales de allá y proponer nuestros peritos de parte para la autopsia? – el abogado se sentó frente a la mujer y apoyó el celular sobre el mantel.

–Sí, sí, ¿por? ¿Ya tenemos una fecha? –la madre de Fernando se arrimó al borde de la silla.

–No, todavía. Pero como tenemos que ir para allá, nos invitaron a una reunión con el presidente. Así que, si a vos te parece bien, vamos a hacer una parada previa en la Quinta de Olivos...

–No le veo mucho sentido a esa reunión –Catalina se encogió de hombros–, pero no podemos rechazar una invitación del presidente. Así que iremos...

–Ok, ¿entonces le confirmo a la secretaria privada que recién me llamó?

–Sí, sí.

Franco volvió a tomar el celular, pero justo cuando comenzaba a marcar, su hijo entró raudamente a la cocina.

“Tienen que venir a ver esto”, les indicó Luciano, tras lo cual, los tres se dirigieron hasta el living, en el que se enfocaron en la pantalla que mostraba una entrevista por video llamada con el comisario general Piedrabuena, quien continuaba aislado en su domicilio, aunque asintomático.

“Si bien hay una investigación en curso en la justicia, se le dio intervención a la Auditoría de Asuntos Internos y hasta el momento no se han encontrado elementos que hagan sospechar que el personal policial es responsable de lo sucedido con este joven; por lo que no existe ninguna razón para sancionarlos”, afirmó el jefe de la fuerza provincial, a quien por primera vez se lo veía públicamente sin su tradicional uniforme azul. En cambio, vestía una camisa y un chaleco impermeable encima de la misma, lo único que permitía ver el encuadre de la cámara de su *smartphone*, con el que realizaba la entrevista.

Y agregó: “Lo único que queremos es que el caso se esclarezca lo más rápido posible. Lo más importante es llegar a la verdad.”

“¡Qué cínico!”, expresó Franco una vez que terminó la entrevista.

“Un hijo de puta”, añadió la mujer, quien seguidamente se retiró a su habitación, ante lo cual, los abogados aguardaron hasta que se fuera el último periodista para emprender el regreso en auto a la ciudad sin moros en la costa.

Habían pasado diez días desde del hallazgo de los restos óseos en el cangrejal del estuario de la bahía, cuando el gobierno porteño habilitó a los bares, cafés y restaurantes a atender al público en el exterior del local, con cuatro clientes por mesa, cada uno de ellos con su respectivo tapabocas y respetando el distanciamiento social entre un grupo y el otro.

Catalina, quien había viajado desde El Fortín a la Capital junto a sus abogados que, a su vez, le habían proporcionado un alojamiento temporario a cargo de la fundación, aprovechó ese relajamiento en la cuarentena y acordó con su hija Mariana encontrarse a tomar un café en un negocio de la zona de Tribunales, a pocas cuadras de la sede de la fiscalía de Albert y Hurt; a la que había sido citada para ampliar su declaración testimonial; y de la Morgue Judicial de la Corte, en la que en esa jornada comenzaba la operación de autopsia a cargo de quince peritos, entre los designados oficialmente y los propuestos por los Pietravallo. Y como esta causa carecía aun de imputados, no había peritos de la defensa.

Más allá de eso, los investigadores estimaban que la diligencia llevaría al menos doce horas, por lo que la mujer tenía tiempo para declarar ante los fiscales y reencontrarse con su hija mayor, quien se había tomado un franco compensatorio en su trabajo para acompañar a su madre e interiorizarse de las últimas novedades del caso de su hermano.

Mientras tanto, los Pietravallo se encontraban en la morgue y habían acordado con la madre de Fernando que, una vez que comenzara la autopsia, ellos pasarían a buscarla por el café para acompañarla a declarar.

Madre e hija ocupaban una mesa colocada sobre la vereda y que daba a uno de los laterales de la plaza situada detrás del teatro, en una esquina que, sin la pandemia de por medio, habría estado atestada de transeúntes y vehículos, sobre todo, de motocicletas conducidas por jóvenes repartidores y mensajeros que se desplazaban de una oficina a otra esquivando taxis y colectivos en forma temeraria.

Sin embargo, esa mañana, la *city* se encontraba casi desierta, por lo que en aquella inmensa cafetería que ocupaba toda la ochava había espacio de sobra para ellas dos, las únicas clientas.

Cruzando la manzana sur de la plaza (contaba también con una norte y una central), pasando por una serie de monumentos, placas conmemorativas y árboles, se podía observar el Palacio de Justicia de la Nación. Sin embargo, la clásica feria del libro que solía funcionar en dicho espacio verde, y en el que se podían encontrar obras jurídicas de todo tipo y autor, estaba cerrada y los puestos parecían abandonados, como la gran mayoría de los comercios de la ciudad, y del país.

Faltaban menos de un mes para el inicio de la primavera y las bajas temperaturas no aflojaban, por lo que ambas mujeres se encontraban bien abrigadas, en especial, a esa hora del día, cuando la vereda en la que se hallaban quedaba en sombras debido a que el sol del este permanecía detrás de los edificios.

—Los abogados me dijeron que los resultados de la autopsia se van a conocer recién dentro de un mes, así que no tiene mucho sentido que me quede en la Capital, hija.

—Si tuviera lugar, te diría que te quedaras con nosotros, má. Pero, además de tener poco espacio en el departamento, la guardería está cerrada y *Pablo* trabaja desde casa; así

que los dos están todo el día encerrados entre cuatro paredes. Yo soy la única que salgo apenas un rato.

–Lo sé, lo sé. No te preocupes –Catalina estiró los brazos sobre la mesa de madera y tomó ambas manos de su hija, que temblaba y no sólo de frío.

–Espero que no estés enojada conmigo por no haber ido para allá apenas desapareció Fer –Mariana entornó la mirada.

–No te voy a mentir: necesitaba tenerte allá, pero también sé que era muy difícil trasladarse en medio de la cuarentena y, sobre todo, con un bebé, al que tampoco podés dejar solo con el padre. Así que te entiendo. Quedate tranquila.

Mariana respiró hondo y aflojó la tensión de sus hombros.

–También quería contarte algo –retomó la joven retrayendo sus manos y cobijándolas en los bolsillos de su blazer–: unos días antes de que desapareciera, Fer me llamó y me dijo que no aguantaba más vivir allá, que se quería ir...

–Sí, sabía.

–¿Qué llamó?

–No, no. Que él no se sentía a gusto allá.

Catalina sacó un pañuelo descartable de la cartera apoyada sobre la mesa, junto a su pocillo de café vacío, se corrió el tapaboca y se sonó la nariz.

–Perdón que no te lo dije antes.

–Hija –la mujer hizo un bollo con el pañuelo y lo colocó adentro de cenicero–, eso no tuvo nada que ver con lo que le pasó a tu hermano. Olvidate.

–Ok.

–Además, para toda la familia fue muy duro seguir viviendo allá después de lo que pasó con tu padre. Así que no me sorprende que vos no hayas querido volver y que Fer se haya querido ir.

– ¿Y vos? ¿Nunca quisiste mudarte?

–Muchas veces lo pensé. Sobre todo, desde que quedamos Fer y yo solos. Pero no era una decisión fácil de tomar. Pasé toda mi vida allá...

–Bueno, pero ahora vas a estar completamente sola. Capaz que podés vender la casa y venirte para acá, cerca de mí y de tu nieto.

– ¿Y el trabajo?

–Acá vas a conseguir algo.

– ¿Quién me va a contratar? Si soy una vieja.

–Pero famosa, eh –Mariana sonrió y levantó de la silla ubicada junto a la suya la edición impresa de un matutino, en cuya tapa se podía ver una fotografía de Catalina junto al Presidente de la Nación, ante lo cual, la madre largó una carcajada que atrajo la atención de los dos meseros de la cafetería que cuchicheaban entre ellos en la puerta de entrada al local y las miraban de soslayo.

–Fui a verlo porque me invitó, sino, ni me molestaba –Catalina recobró un tono más serio–, porque no creo que él pueda hacer algo por el caso.

–Pero, ¿qué te dijo?

–No mucho: se puso a disposición, me dejó en claro que para él es un hecho sumamente grave, y me prometió todo su apoyo; pero también me advirtió que los tiempos de la justicia no son los mismos que los de la política. Lo típico, supongo.

–Y sí. Todos los políticos tienen un discurso preparado para cada ocasión.

–Igual, debo reconocer que el tipo me cayó bien. O, al menos, me sonó sincero cuando me hablaba. Charlamos de otros temas también, aunque él más que yo –Catalina se inclinó hacia adelante–. Imaginate que yo estaba súper nerviosa –agregó por lo bajo, como si todavía le persistiera la vergüenza de aquel encuentro con la máxima autoridad del Poder Ejecutivo de la república, ni más ni menos.

–A mí me da la impresión de que es una persona sencilla, ¿o no?

–Tal cual. De tan sencilla que es, el cargo le queda grande. Pero bueno... Es lo que hay.

–¿Estaba la ministra de Seguridad de la Nación también?

–Ajá. Pero ella no habló mucho. Él me inspiró más confianza.

Quién sí se refirió esa misma mañana al caso, y lo hizo por primera vez desde que el mismo se hizo público, fue el ministro de Seguridad Provincial, *Alberto Castro*, el responsable político de la policía de esa jurisdicción y que durante un acto de entrega de patrulleros en el conurbano manifestó en conferencia de prensa que él estaba “comprometido personalmente a llegar a la verdad” del asunto y que no le iba a “temblar la mano” para castigar a los policías que fueran hallados responsables de lo sucedido.

Pero a Catalina no le importaban aquellas frases rimbombantes porque consideraba al ministro como un encubridor más del ilegal accionar de los policías investigados.

–¿Y ahora cómo sigue, má? –preguntó Mariana al regresar del baño de la cafetería.

–Ahora mismo tengo que ir a declarar –la madre de Fernando miró hacia un costado, en dirección a la plaza–. Ahí vienen los abogados, así que ya nos tenemos que ir –añadió la mujer sin apartar la vista de los Pietravallo, quienes caminaban apurados por la vereda de baldosas hacia el local de la ochava.

–¿Querés que te acompañe? –Mariana permanecía parada junto a la mesa mientras se abotonaba su abrigo.

–Dale, me gustaría. Pero déjame que lo consulte con ellos –Catalina se levantó de la silla y fue a saludar a Franco y Luciano con el puño cerrado, otro de los hábitos de la “nueva normalidad”.

“No quedó nada por decir”, afirmó Franco a los periodistas que, por la tarde, lo abordaron cuando se retiraba de los tribunales junto a Luciano por la entrada principal, mientras que Catalina lo hizo con su hija por otra lateral, para bajar un poco su grado de exposición mediático.

El sol del oeste alcanzaba a filtrarse por la calle e iluminaba un sector de la plaza, donde el letrado se detuvo a dialogar con los cronistas y movileros, en tanto que su hijo se dirigió a buscar el auto al estacionamiento privado que funcionaba a la vuelta.

Según comentó Franco, la declaración de Catalina fue extensa y la testigo pidió expresamente que de la misma no participara el fiscal Martínez, ni siquiera por videoconferencia; sino que la audiencia estuviera a cargo de Albert y Hurt. Por esos días, este último estaba interinamente a cargo de la Fiscalía General ante la Cámara Federal, dado que el titular se encontraba de licencia por enfermedad, por lo que era el “jefe” de todos sus colegas del fuero.

“Habló de todo: sobre la vida de Fernando, sus amigos, sus familiares, la relación con el padre, lo que le ocurrió al papá, los antecedentes con la policía local, y de todo aquello que le preguntaron los fiscales, que fueron muy detallistas, por cierto, no como otros”, explicó Franco.

El letrado sostuvo que Albert y Hurt seguían la hipótesis de un “homicidio”, y no la de un “suicidio” o “accidente” como Martínez, por lo que las preguntas a la testigo estuvieron orientadas en ese sentido.

“Catalina está convencida de que Fernando murió a manos de los policías que lo interceptaron en la ruta y que hubo otros efectivos que encubrieron lo sucedido, y se basó en pruebas contundentes como los elementos secuestrados en el puesto de vigilancia y en uno de los patrulleros”, afirmó el letrado.

–Pero esos elementos, ¿implican necesariamente que lo mataron? –una movilera radial acercó su celular, con el que grababa la improvisada conferencia de prensa, a Franco, quien respondió:

–Es al menos llamativo porque los propios policías dijeron que en ningún momento lo subieron al patrullero ni lo trasladaron al puesto de vigilancia; o sea, ¿cómo llegaron esos elementos a dichos lugares?

–Sin embargo, la jueza de la causa sostiene que esos mismos elementos podrían pertenecer a otras personas, que forman parte de objetos que se producen en masa y que cualquiera los puede tener, si así lo quiere –intervino un periodista de televisión.

–Catalina fue muy contundente al momento de reconocer estos elementos. De hecho, hoy le volvieron a mostrar imágenes de los mismos y no dudó en ningún momento en identificarlos como los de su hijo.

–¿Y es cierto, doctor Pietravallo, que propusieron un testigo nuevo que podría ser clave? ¿Qué es lo que podría aportar? –la movilera radial volvió a la carga elevando el volumen de su voz.

–Hemos propuesto una serie de medidas, entre ellas, la incorporación de esta testimonial. Pero, por el momento, no puedo adelantarles nada al respecto –Franco dio unos pasos al costado, alejándose unos centímetros de los micrófonos y celulares, pero no pudo avanzar más porque los periodistas no se movían de sus respectivas posiciones y lo tenían rodeado.

–Se dice que los datos de este testigo surgieron de la propia Policía. ¿Podría ser un testigo falso? –la joven del móvil de la radio volvió a llevar su teléfono hasta la boca del letrado, quien tuvo que girar el rostro de costado para que no le apoyaran el aparato en los labios.

–Discúlpeme, pero no puedo brindar más detalles al respecto. Al menos hasta que esta persona declare y su testimonio quede efectivamente incorporado al expediente –sentenció el letrado, quien con un ligero empujón de brazos se hizo del espacio para sortear el cerco mediático.

¿Quién carajo habrá filtrado el dato de José?, se preguntó Franco, una vez que estuvo alejado de los periodistas y bajaba la escalera del estacionamiento subterráneo en el que en su auto lo aguardaban Luciano, Catalina y la hija de ésta.

Y recién al final del día, cuando padre e hijo estuvieron solos en su estudio jurídico, luego de haber dejado a Catalina en el domicilio de su hija, Franco interrogó a Luciano, quien le juró que él no había hablado con nadie sobre el testimonio del mecánico, el cual podía llegar a ser tan determinante, como el resultado de la autopsia que terminó cerca de la medianoche.

## XII

“Recuerdo que eran tres uniformados, dos hombres y una mujer; y una cuarta que estaba vestida de civil de civil. Aparecieron de la nada en el taller. Me sentaron en una silla y me rodearon. Empezaron a insultarme, me amenazaron, me dijeron que yo no había visto nada y que no tenía que hablar con nadie. Y que si alguien venía a preguntarme qué sabía yo, solo tenía que decir que había sido un día normal, como cualquier otro. Yo no entendía de qué me hablaban ni por qué dos de ellos me sujetaban de los brazos hacia atrás del respaldo y otro me pegaba, pero no de manera muy violenta, porque evidentemente no quería dejarme marcas. Mientras tanto, el restante hacía de campana, aunque se iban cambiando de roles entre ellos. Siempre me decían que si hablaba de más me iban a matar. La única que pedía que pararan era la que no estaba uniformada, pero los otros no le hacían caso, se le reían, como hienas. No sé cuánto habrá durado todo. Me pareció una eternidad. Nunca antes me había pasado algo así. También me pedían que no los mirara a la cara, que bajara la cabeza, mientras ellos seguían atacándome. Así que me empezó a doler todo el cuerpo y me mareé. Me zumbaban los oídos y perdí el equilibrio, pero ellos me sostenían, hasta que en un momento se me apagó la luz. Seguramente me desmayé. No sé cuánto tiempo estuve inconsciente y cuando me desperté me encontré solo, tirado en el suelo, al costado de la silla, y sin poder recordar nada de lo que me había pasado.”

– ¿Estos son las personas que lo agredieron? –Franco deslizó sobre la mesa las fotografías de los cuatro policías investigados por la muerte de Fernando para ponerlas al alcance de José, quien se encontraba sentado enfrente, junto al doctor Torres.

–Sí, son ellos –el mecánico, que se había colocado sus anteojos para leer de cerca, observaba las imágenes con detenimiento.

– ¿Y son los mismos que había visto un rato antes en la ruta, a la altura del cruce ferroviario, a bordo de un patrullero y con Fernando esposado?

–Eso no podría asegurarlo –José apartó la vista de las fotos y lo miró al abogado–, porque apenas los crucé. Fue todo muy rápido y no les presté demasiada atención. Es más, ni siquiera puedo afirmar quién era el joven que se llevaban detenido en ese momento.

–No se preocupe –Franco cruzó su mano por encima de las fotos y la apoyó sobre la del mecánico, que se veía arrugada y machucada por tantos años de trabajar en el taller con elementos pesados–. De todos modos, coincide con el lugar y la hora exactos de la desaparición de Fernando. Además, si no hubiesen sido ellos, ¿por qué habrían de atacarlo a usted poco después?

–En la ruta yo solo alcancé a ver la camioneta policial, que creo era conducida por una mujer, y dos efectivos iban en la caja con el pibe, al que yo tenía de espaldas, por lo que nunca le vi la cara.

–De acuerdo. ¿Y no observó si había otro auto particular delante o detrás del patrullero conducido por otra mujer, que podría ser la que no estaba uniformada cuando fueron a buscarlo a su taller?

–Puede ser que haya habido otro auto, pero no recuerdo qué modelo ni marca, ni quién lo manejaba.

–Ok. Tranquilo, José, tranquilo –el doctor Torres lo palmeó suavemente en el lomo encorvado.

– ¿Y recuerda también qué fue lo que hizo el resto de aquel día, previo al incidente? –insistió Franco.

–Claro: esa mañana salí con mi camioneta e intenté llegar a Salinas para visitar los restos de mi esposa en el cementerio de la ciudad, aunque a mí me gustaría tenerlos

más cerca de casa, pero bue... Y al llegar al puesto de control no me animé a cruzarlo sin permiso. No me detuve por miedo a los policías, porque no les temo, pero sí para evitar que me secuestraran la camioneta, que es una de mis principales herramientas de trabajo, ¿saben? Yo con lo chata voy y vengo de comprar repuestos y esas cosas.... Y cuando volvía para casa pasó lo que pasó con los policías y ese chico.

–Se entiende José, se entiende. Ahora quédese tranquilo –añadió el abogado suavizando el tono de su voz al ver que el mecánico derramaba unas lágrimas por sus mejillas sonrojadas.

–Y otra cosa que recordé en este último tiempo es que unos días después del hecho vino a verme el comisario de Jakov.

– ¿Rouvier? –Franco lo miró sorprendido al mecánico.

–Sí, ése –José sacó una tarjeta de cartón del bolsillo de su pantalón de trabajo y se la entregó al abogado, quien descubrió que en la misma figuraban el nombre, apellido y cargo del policía mencionado.

– ¿Y qué quería? –reaccionó el letrado luego de apoyar la tarjeta junto a las fotos.

–Me trajo su auto para que lo revisara, pero después me preguntó si había visto algo sospechoso en los últimos días porque un joven estaba desaparecido y lo andaban buscando.

– ¿Qué le dijo usted?

–Nada. Creo. No me acuerdo tanto de los detalles.

– ¿Lo había tenido antes como cliente en el taller?

–No, nunca. Es más, si no me equivoco, el auto no tenía nada raro.

Fue una excusa. Lo vino a tantear para ver si recordaba algo del día del hecho, aunque se supone que el comisario no sabía del encuentro de los otros policías con el mecánico, se dijo Franco, quien, de todos modos, ya estaba satisfecho con los dichos de

José sobre los efectivos investigados. Y, a su vez, lo de Rouvier podría llegar a ser una maniobra de “encubrimiento”, pero primero tenía que probar el delito cometido por los otros uniformados.

“Con esto debería de alcanzar”, le comentó Franco al doctor Torres luego de la entrevista con el mecánico y ambos coincidieron en que estaban dadas las condiciones para llevar a José a declarar a la Capital, ante los fiscales Albert y Hurt, quienes habían confirmado mediante el cotejo de ADN que los restos hallados en el cangrejal pertenecían a Fernando.

De hecho, a principios de septiembre, la propia jueza de la causa emitió un escueto comunicado de prensa para divulgar oficialmente esa información, al tiempo que aguardaba que los peritos presentaran sus conclusiones sobre la autopsia.

Para entonces, Catalina ya se encontraba de regreso en El Fortín, donde retomó su trabajo y se sentía un poco mejor, tras haber pasado unos días junto a su hija y, sobre todo, su pequeño nieto, a quien solo había visto una vez durante las últimas fiestas de Navidad y Año Nuevo.

Y si bien los resultados de los análisis genéticos le habían generado un profundo dolor, también le aportaron cierto alivio, dado que gran parte de la incertidumbre que ella sentía se había resuelto, aunque aún restaba despejar las dudas sobre las circunstancias de la muerte de su hijo.

Por ello afrontó la inhumación de los restos de Fernando con entereza y acompañada de Mariana y la familia de ésta, que viajaron desde la Capital, al igual que los Pietravallo, a quienes la mujer ya consideraba como parientes suyos.

La ceremonia se llevó a cabo en el cementerio de El Fortín, junto a la lápida de Julio, y contó únicamente con la presencia de los amigos y familiares más cercanos de Catalina, quien, en esta ocasión, prefirió no realizar ninguna declaración ante los

periodistas, a los que no se le permitió el acceso a la inhumación ni registrar imágenes de la misma.

Fue un encuentro tan hermético como la manera en la que se manejaban los peritos forenses a la hora de redactar el informe que elevarían a la magistrada y que iba a ser clave para el devenir de la investigación, la cual continuó con distintas diligencias dispuestas por los nuevos fiscales, aunque en reiteradas ocasiones chocaron con la oposición de la jueza.

El domingo al mediodía hubo un almuerzo familiar en la casa de Catalina, al que fueron invitados los Pietravalle, quienes habían decidido pasar el fin de semana siguiente a la inhumación de los restos de Fernando en el departamento de Salinas.

Aprovechando que estaban habilitadas las reuniones sociales al aire libre de hasta diez personas y que se trataba de una jornada soleada y con una temperatura agradable, Pablo hizo un asado a la parrilla en el jardín de la vivienda, donde Mariana se encargó de preparar las ensaladas y colocó un tablón de madera sobre un par de caballetes para ubicar a los comensales, entre los que también se encontraba Lucía, quien había viajado desde Salinas para estar presente en el entierro de su novio. Y junto a la joven estaba Lucas, otro de los considerados por la dueña de casa como de la familia, aunque en su caso, el muchacho llegó caminando y sobre la hora al domicilio de su difunto amigo.

En un extremo del tablón se sentaron Catalina, Mariana con su pequeño hijo a upa, el asador y Franco, quien le dio una mano a Pablo, especialmente para prender el fuego. Mientras que en la punta opuesta se ubicaron Luciano, Lucas y Lucía, quienes eligieron posicionarse lejos de la parrilla para no ahumarse.

–No vaya a ser que nos caiga la Policía y nos inicien una causa por violar la cuarentena –bromeó Mariana, quien apenas había tenido tiempo de terminar su plato dado que su hijo estaba inquieto y no quería comer.

–Lo único que nos falta– reaccionó inmediatamente Catalina, a quien el vino tinto que los Pietravalle aportaron al almuerzo le comenzaba a provocar un ligero dolor de cabeza ya que, en el último tiempo, sobre todo desde que tomaba pastillas para dormir, había evitado ingerir bebidas alcohólicas.

–No se preocupen porque estamos afuera y no superamos el número máximo– intervino Luciano, quien se acercó hasta la ubicación de su padre para rellenar su copa con un malbec que maridaba a la perfección con la carne y las achuras.

–Menos mal que tenemos a los abogados con nosotros –chicaneó, desde la cabecera, Pablo, en cuyos dedos aún se veían algunas manchas negruzcas producto de la manipulación del carbón.

–Bueno –Lucía se levantó de su silla–, voy a buscar el postre, ¿les parece?

–¿Qué trajiste, Lu? –La dueña de casa también se paró y encaró hacia la cocina.

–Iba a traer helado, pero como todavía está fresco, preferí unas masas finas –la joven rodeó la mesa y comenzó a caminar hacia el interior de la vivienda.

–Ok –Catalina dio unos pasos a la par de Lucía–. Te acompaño, así te ayudo y también pongo a hacer café para acompañar las masitas.

Pero cuando las dos mujeres regresaron a la mesa con el postre y el café, los abogados se habían levantado y hablaban entre ellos a un costado del resto de los presentes.

–¿Qué pasó, Franco? –Catalina miró al letrado con preocupación.

–Nos acaban de llamar para avisarnos que un pescador encontró una mochila en el cangrejal, cerca de donde se halló el cuerpo.

– ¿Será la de Fer? –la mujer apoyó la bandeja de cartón con las masas sobre el tablón y se acercó a Franco, quien sostenía su celular en su mano derecha.

–Todo indica que sí porque adentro de la mochila estaba la licencia de conducir de Fernando, la misma que les mostró a los policías que lo interceptaron en la ruta, así que...

– ¿Y necesitás que vaya a reconocerla? –Catalina posó ambas manos sobre su pecho y se sentó en la primera silla que halló disponible, ante lo cual, los demás la rodearon en silencio.

–Dejanos que vayamos nosotros primero al destacamento de Prefectura al que llevaron la mochila y quedó bajo custodia, y después te aviso, ¿sí? –Franco se paró junto a la mujer, quien tenía los ojos clavados en la tierra debajo de sus pies.

Al cabo de unos instantes, Catalina alzó la mirada y asintió, tras lo cual, los Pietravallo salieron en su auto en dirección a la sede de dicha fuerza federal que funcionaba en el puerto de Salinas, en tanto que la madre de Fernando desistió del postre y se fue a recostar a su habitación, por lo que el resto de los presentes comieron y bebieron sin comentar lo sucedido y procurando no hacer demasiado barullo para no molestarla.

De hecho, Mariana se encargó de ordenar y limpiar todo, con la ayuda de Lucía, luego de que su hijo se durmió la siesta; y Pablo, acompañado de Lucas, dejó en condiciones óptimas la parrilla y el jardín.

Haber visto la lápida de su padre junto a la de Fernando y la de Julio fue un golpe sumamente duro para el ánimo, de por sí sensible, de Lucas, quien no solía visitar el cementerio tan seguido como su amigo. Catalina descansaba; Mariana, Pablo y el nene también se habían retirado a su habitación, y el joven permaneció con Lucía en el jardín, tratando de pasar un rato con calma después de tantos días de agitación.

–Me acuerdo que cuando falleció mi viejo, yo me sentía un poco culpable porque pensaba que no había pasado mucho tiempo con él. Y Fer me dijo que me quedara tranquilo, que había sido un buen hijo porque estuve con él en la clínica hasta el final y eso era mucho más importante que cualquier otra cosa –Lucas alzó la cabeza, cruzó los brazos detrás de la nuca y cerró los ojos para que los rayos del sol bañaran sus párpados necesitados de vitamina D, la cual era muy recomendada por los médicos durante la pandemia.

–Nunca te pregunté sobre ese tema –Lucía, quien también experimentaba cierta culpa respecto a lo sucedido con su novio, imitó la pose de su amigo, por lo que ambos quedaron sentados a la par, hablando hacia el frente, como si, en realidad, estuviesen solos.

–No hay mucho por decir después de tanto tiempo: la verdad es que cuando Fer me dijo que yo tenía que valorar haber acompañado a mi viejo hasta el día de su muerte porque él nunca había podido despedirse del suyo, me empecé a sentir mejor. Pero creo que este tipo de cosas uno nunca las termina de superar.

–Y ahora menos –Lucía abrió los ojos, del que comenzaron a caer las lágrimas–. Sin Fer va a ser muy difícil...

–Casi imposible –Lucas acercó su silla a la de la joven y la abrazó.

Ni siquiera el suave y distante canto de los pájaros, que habían salido a dar un paseo vespertino bajo un cielo despejado, pudo endulzar en una pizca aquel momento de profundo dolor que envolvía a los dos chicos, cuyas vidas estaban cambiando para siempre y, lamentablemente, la etapa de la juventud, que debía ser un período de sueños y proyecciones positivas, se convertía en una pesadilla inimaginable.

### XIII

Los abogados Pietravallo llegaron a la sede de Prefectura a media tarde y allí les informaron que, además de la licencia de conducir, en el interior de la mochila había dos teléfonos celulares deteriorados y sin chip; y una muda de ropa que presentaba daños, por lo que todos los elementos fueron catalogados como evidencia y preparados para que el juzgado interviniente ordene su traslado a los laboratorios y así fuesen sometidos los distintos peritajes de rigor.

Pero antes de iniciar la cadena de custodia, los peritos les entregaron a los letrados fotografías de todo el material incautado, las cuales fueron exhibidas al final de aquella jornada por Franco a Catalina, quien reconoció la mochila y el pantalón, a pesar de que se veían bastante sucios y rasgados. ¿Cómo no lo habían visto antes los efectivos que rastrillaron la zona cuando se produjo el hallazgo de los restos del joven? ¿Acaso la mochila había sido arrojada allí *a posteriori* por los responsables de la muerte de Fernando?

Los siguientes días pasaron sin que se produjeran mayores novedades en la causa por la muerte de Fernando y la espera resultaba decididamente insoportable para Catalina y también, aunque en menor medida, para los Pietravallo.

Hasta que a principios de octubre la jueza Marrone emitió un nuevo comunicado oficial en el que informó los resultados de la autopsia al cuerpo de Fernando; mientras que, por su lado, los fiscales Albert y Hurt revelaban a la prensa que los expertos del Cuerpo de Investigaciones Judiciales de la Procuración habían determinado que el DNI del joven fue utilizado dos días después de su desaparición para dar de alta a dos líneas de telefonía móvil, por lo que los peritos iniciaron un estudio mediante la técnica “chip–

off' para extraer la mayor información posible de los celulares encontrados adentro de la mochila y establecer si estaban vinculados a esas dos líneas abiertas vaya uno a saber por quién.

En tanto, Franco y Luciano se hallaban en la sede central de la fundación, en pleno corazón porteño, donde analizaban el resumen de tres páginas que la magistrada había enviado a las partes con las conclusiones principales de la autopsia y suscripto por el equipo de peritos integrado por cuatro antropólogos, tres médicos, una odontóloga, una radióloga, un entomólogo, un especialista en diatomeas continentales, otro experto en tafonomía, un arqueólogo y la doctora *Valeria Kramer*, una eminencia en medicina legal y que había actuado en representación al particular damnificado.

Los abogados habían recibido un adelanto vía telefónica por la doctora Kramer, quien justo viajaba al exterior para dar una conferencia, y luego tendrían acceso al extenso informe completo de los peritos que constaba en el expediente; pero, de todos modos, Franco quería repasar cada detalle del resumen de tres páginas.

–Bueno –Pietravallo padre estaba de pie junto al escritorio en el que su hijo tipeaba en su *laptop*–, en el primer ítem dice que los resultados del estudio biológico en la médula ósea determinaron la presencia de un número significativamente alto de restos de algas microscópicas, coincidentes con las de las muestras ambientales de agua y sedimentos tomadas en el lugar del hallazgo.

– ¿Esas con las diatomeas? –Luciano no apartaba la vista de la pantalla, al igual que Franco lo hacía con las hojas impresas que llevaba en su mano y que estaban rubricadas con la firma de la jueza Marrone.

–Entiendo que sí.

–Ok. Sigamos.

–Dichos resultados permiten aseverar, con el rigor científico necesario, que la muerte se produjo por asfixia por sumersión, es decir, ahogamiento. Sin embargo, aclaran que el fenómeno *Pink Teeth*, o diente rosado, observado en las piezas dentales anteriores del maxilar inferior debe ser considerado orientador, pero inespecífico para establecer la causa de muerte.

– ¿O sea?

–No lo sé exactamente. En este resumen se detalla que la odontóloga forense explicó que si este fenómeno se produce de manera aislada puede hallarse en patologías infecciosas, como la fiebre tifoidea; en alteraciones de la hemoglobina o químicas con cambios bruscos de presión, como accidentes aéreos; en un fenómeno *post mortem* en cuerpos hallados en ambientes fríos y húmedos; o en muertes violentas por asfixias mecánicas o químicas, ya sea ahogamiento, estrangulación o intoxicación por monóxido de carbono –Franco hizo una pausa y bebió un sorbo del vaso con agua que estaba sobre el escritorio–. Sin embargo, la presencia de diatomeas en médula ósea complementa la condición de una asfixia por sumersión.

–Entonces, si bien no fueron categóricos, todo indica que la causa de muerte fue el ahogamiento –Luciano colocó entre comillas “muerte por asfixia por sumersión.”

–Así parece. Los peritos refieren que el hallazgo de esas diatomeas, o algas microscópicas, es altamente indicativo, para ponerlo en sus propias palabras.

Y Luciano escribió exactamente esa frase: “altamente indicativo.”

–Y acá hay algo clave: para los peritos se trató de una muerte violenta, por no ser natural, pero el avanzado estado de esqueletización del cadáver limitó las posibilidades de conocer el modo de la muerte, no pudiendo la ciencia forense determinar con rigor científico si se trató de un suicidio, homicidio o accidente.

–Ok. Ése párrafo lo transcribo completo, tal cual lo dijiste.

–Por favor. Y agregá esto también: los restos óseos estudiados no presentaban lesiones vitales, de origen traumático, ni otras previas a la muerte.

Los dedos de Luciano se movían sobre el teclado como suma velocidad, por lo que al cabo de unos pocos segundos terminó de redactar lo que su padre acababa de recitar en voz alta.

– ¿Qué más, pá?

–También dice que en las diferentes piezas óseas observadas no se evidenciaron estructuras de densidad metálica, similares a elementos que puedan corresponderse con proyectiles de arma de fuego o segmentos de arma blanca. Y que no se detectaron signos del uso de sustancias ácidas, alcalinas o de exposición a una fuente emisora de calor.

–Ok.

–Tampoco observaron signos de participación de terceras personas sobre los restos estudiados y afirman que todas las lesiones y ausencia de algunas partes del cuerpo son posteriores a la muerte, producto de depredadores cánidos de pequeño tamaño, como el zorro gris, y la exposición medioambiental. De hecho, aclaran que uno de los brazos fue encontrado a setenta metros del resto del cadáver y que una de las piernas también sufrió un desplazamiento por la misma causa.

– ¡Qué carnívoros son estos zorros, eh!

–Y añaden otros detalles sobre este asunto que a nosotros no nos interesa tanto porque no refuerzan nuestra principal hipótesis.

– ¿Y cuál sería la principal hipótesis de estos peritos?

–La verdad es que este informe arroja más dudas que certezas –Franco se sentó en la silla reclinable colocada al otro lado del escritorio, enfrente de la posición de su hijo, quien había dejado de escribir y apoyaba los codos con las manos en alto y los dedos entrelazados–. Es más, creen que el movimiento del cuerpo y la pérdida de las prendas de

vestir fue acción de las mareas y la presencia de otros invertebrados, como los cangrejos, y las aves.

– ¿Y qué dicen sobre la data de la muerte?

–Nada revelador: que sería no menor a treinta días –Franco arrojó las hojas sobre el escritorio–. ¡Qué novedad!

Luciano recogió las hojas y leyó uno de los últimos ítems en el que se agregaba que del estudio forense tampoco surgían elementos que permitiesen suponer que los restos humanos hayan estado en otro ambiente distinto al del hallazgo durante el intervalo *post mortem* consignado, lo que prácticamente descartaba la hipótesis de que el cuerpo había sido “plantado” en el cangrejal.

–Hay algo que no entiendo –retomó Franco–: si Fernando se fue caminando por las vías, y las vías están en un terraplén alto que nunca queda bajo el agua, ¿cómo lo alcanzó la marea?

–Algo le pasó, claramente. Pero no sabemos bien qué. Tal vez se tropezó, cayó, se golpeó la cabeza y quedó inconsciente; y en ese estado lo alcanzó la marea.

–Y si fue un accidente, ¿los policías se van a arriesgar a casi matar a un testigo como José? Es todo muy raro, hijo. Nunca en tantos años de profesión me tocó un caso así. Nunca.

–Nos queda la hipótesis del suicidio también.

–Eso sí que es menos probable que la del accidente porque este chico, según todos los testigos, no tenía antecedentes suicidas, sino que contaba con proyectos de vida y fuertes lazos con la comunidad. Más allá de que ya no quería vivir más con su madre, en el pueblo, y del trauma que tenía con lo sucedido con su padre.

– ¿Entonces?

–Hay que seguir el mismo camino, hijo.

-¿Cuál?

-El de la testimonial de José. Con eso nos debería alcanzar para pedir la imputación y detención de los policías. Los fiscales nuevos nos van a acompañar. Total, el no de la jueza seguramente ya lo tenemos. Pero nuestro deber y compromiso con Catalina es seguir con nuestra hipótesis inicial hasta que se demuestre lo contrario.

Franco tenía razón y así quedó comprobado cuando una semana más tarde la jueza Marrone rechazó el nuevo requerimiento del particular damnificado y la fiscalía por considerar que las partes acusadoras no buscaban la verdad sino compeler la responsabilidad policial.

La magistrada solo dispuso enviar copia de la testimonial del mecánico a la Fiscalía de Instrucción de turno en el fuero Criminal y Correccional para investigar la denuncia del testigo contra los cuatro policías, quienes, llegado el caso, podían enfrentar cargos por los delitos de privación ilegal de la libertad, amenazas y lesiones; no por la muerte de Fernando.

Y ante esta postura de la jueza, los Pietravalle y los fiscales Albert y Hurt pidieron la recusación de la misma por “parcialidad”.

En su dictamen, los fiscales incluyeron un informe sobre la intervención, hasta ese momento de la cuarentena, de su oficina en causas de violencia institucional para describir el accionar de las fuerzas policiales y de seguridad durante el ASPO, una situación sin precedentes y sin punto de comparación.

En términos generales, el documento refirió que, si bien en algunos casos recibidos en la fiscalía no tenía competencia directa por tratarse del accionar de fuerzas provinciales, se estableció contacto con todas las personas denunciantes, se asesoró a las víctimas y, llegado el caso, se radicaron las denuncias correspondientes.

Las consultas recibidas, en su gran mayoría, dieron cuenta de situaciones de hostigamiento y de accionar abusivo por parte de las fuerzas de seguridad sobre las personas que, por diversos motivos, se encontraban circulando en la vía pública.

Y en ese sentido, los fiscales citaron fragmentos de las declaraciones de algunas de estas víctimas:

*“No es la primera vez que sufro agresiones y acusaciones de ser una mala madre por parte de los policías por salir a comprar comida para mis hijos y dejarlos un rato solos mientras voy al mercado. Los chicos se largan a llorar cada vez que ven un efectivo uniformado porque tienen miedo de que me lleven detenida y se queden más tiempo sin su madre. Es una locura. No se puede vivir así”*, describió una mujer de bajos recursos que residía en un barrio de emergencia del conurbano.

*“Los inspectores municipales creyeron que un chico del barrio había robado una moto porque lo vieron empujándola en la calle cuando, en realidad, se había quedado sin nafta; y no sólo la retuvieron la moto, sino que llamaron a la Policía. Este chico se enojó y los insultó, entonces los efectivos lo golpearon. La verdad que no se entiende por qué actúan así contra un menor de edad que no estaba haciendo nada malo”*, contó un vecino que vivía en una zona de casas bajas, con alumbrado público, cloacas, agua de red y gas natural; es decir, un conglomerado con los servicios mínimos que merece cualquier ciudadano.

*“Pasamos por el control policial en el que no nos pararon y seguimos hasta una veterinaria que estaba de turno para atender a mi perra. Cuando volvíamos y pasamos por el mismo control nos pararon dos uniformadas que nos pidieron nuestros datos personales de manera muy intimidatoria y prepotente. Y nos labraron un acta por violar el aislamiento, la cual nos obligaron a firmar mediante amenazas de que nos iban a llevar detenidos. Con mi mujer les tratamos de explicar que la cachorra casi se muere, que se*

*trató de una urgencia, pero no nos escucharon. Es más, nos filmaron con un teléfono celular y no sé por qué motivo”,* relató un comerciante que había salido en bicicleta junto a su esposa, quien llevaba a la mascota enferma en el canasto de su rodado.

De acuerdo al informe, la fiscalía intervino en 59 causas, 21 de las cuales fueron delegadas, en tanto que en 32 de ellas se brindó colaboración, proponiendo cursos de acción y medidas de prueba, entre otros actos procesales.

Para los fiscales, el aislamiento “presentó un desafío para la custodia de los derechos de la población y obligó a un posicionamiento activo para prevenir y denunciar a los posibles excesos que las fuerzas de seguridad pudieran cometer al momento de hacer cumplir el decreto” presidencial.

Por ello, la fiscalía implementó una serie de estrategias de trabajo con el objetivo de mantener el contacto habitual con las personas víctimas de violencia institucional, tanto en los ámbitos carcelarios como las poblaciones factibles de ser abordadas por las fuerzas de seguridad en la vía pública.

*“Nos sentimos satisfechos con el trabajo que hemos hecho. Logramos bajar la curva de contagios y que empiece a ceder, paulatinamente, en muchos lugares. Esto nos da una relativa tranquilidad, porque si seguimos cumpliendo con las pautas sanitarias, seguramente conseguiremos los objetivos que estamos buscando. Gracias a Dios, funcionó todo el esfuerzo que pusimos para que el sistema público de respuestas. Pero el problema no se superó. Por eso les pido a mis hermanos y hermanas de todo el país que se sigan cuidando. Hay que guardar el distanciamiento, usar el barbijo y lavarse las manos. La unidad y el diálogo han sido el camino para afrontar juntos esta cuarentena y lo serán para encarar esta nueva etapa de la pandemia, la cual, en realidad, no dista mucho de lo que es hoy, porque fuimos abriendo muchas actividades en el último*

*tiempo*”, sostuvo el presidente en su discurso de mediados de noviembre en el que anunció que a fines de ese mes se pasaba del asilamiento a una etapa con menos restricciones denominada Distanciamiento Social Preventivo y Obligatorio (DISPO).

En realidad, se trató de una resolución casi sin efecto inmediato porque, a esa altura del año, ya nadie respetaba el ASPO, sobre todo, desde el inicio de la primavera y el fin de la estación del frío.

Era viernes por la tarde y Franco se encontraba en el jardín de su casa, tomando un poco de sol y bebiendo un aperitivo, tras una jornada laboral que había culminado antes de lo previsto, lo que motivó que el abogado, después de mucho tiempo, estuviese temprano en su hogar, junto a Sonia.

“Los dirigentes siguen repitiendo que vamos a salir unidos y mejores de todo esto, pero yo creo que estamos saliendo separados y peores”, le comentó Franco a su mujer luego de escuchar el anuncio oficial del presidente sobre el DISPO, en el cual se iba a poder circular sin un permiso especial, incluso en el transporte público; aunque el uso del tapabocas seguiría siendo obligatorio. A su vez, se ampliaba el cupo de personas en reuniones en espacios cerrados y abiertos; por ende, la economía respiraba y la añorada normalidad parecía más cerca de regresar.

Solo continuarían en asilamiento diez distritos del país en los que el número de contagios y muertes seguían siendo altos; en tanto que la otra medida anunciada que generaba cierto alivio en la población era el acuerdo para obtener veinte millones de vacunas a aplicar en dos dosis, en primer lugar, a las personas mayores y de riesgo.

“Para mí, la cuarentena, en vez de funcionar como un antídoto ante el temor a morir por la pandemia, agitó los demonios internos de cada persona; lo que es muy peligroso para todos porque con el paso del tiempo estos demonios no solo toman el

control de sus propios anfitriones, sino también de ciertas situaciones colectivas; y hoy por hoy, nadie puede asegurar cómo va a resultar esto. De hecho, todo indica que va a terminar mal, muy mal”, opinó el letrado.

“Siempre tan optimista vos”, indicó su mujer, quien se había sentado en la reposera de al lado a la de su esposo y preparado un trago para brindar con Franco.

– ¿Tan equivocado estoy? –el abogado miró a su esposa, quien llevaba puestos unos anteojos para proteger sus ojos celestes de la claridad del atardecer.

–Es que no me parece nada nuevo que la gente haga lo que quiera, sin importarle las consecuencias que eso puede tener para las personas que la rodean...

–Pero eso pasa porque nadie controla nada.

–No metas a todos en la misma bolsa, Fran –la mujer ladeó la cabeza hacia su marido–. Una cosa es la responsabilidad del Estado y otra la de la sociedad civil.

–En eso tenés razón.

Claro que la tengo, pensó ella, risueña.

–La verdad –continuó Franco–, es que no entiendo por qué no volvés a trabajar con nosotros en la fundación. Tus conceptos son tan claros como útiles.

–Gracias, amor; pero prefiero seguir con mi práctica privada –Sonia despegó su espalda de la reposera y le tiró un beso a su marido, quien continuaba todo despatarrado, con sus piernas al desnudo ya que vestía un *short* de baño, sumado a una remera de mangas cortas; como si estuviera de vacaciones en una playa paradisíaca.

En esas circunstancias, el abogado recibió en la casilla de correo de su *smartphone* una notificación electrónica de parte de la Cámara Federal de Casación de la Nación, máximo órgano judicial en materia de Derecho Penal, que le comunicaba que finalmente aceptaban el pedido de recusación y ordenaban apartar de la causa a la jueza Marrone y también al fiscal Martínez.

De esta manera, el principal obstáculo que hasta entonces habían encontrado los Pietravallo, Catalina y los fiscales Albert y Hurt quedaba definitivamente sorteado. Sin embargo, el tiempo que se había perdido en el desarrollo de la pesquisa, y que no se iba a recuperar jamás, obligaba a los investigadores a comenzar prácticamente todo de nuevo.

*Buenos Aires, junio de 2022.*